

7



JOAQUIN  
DICENTA



DE PEDRA  
À PEDRA



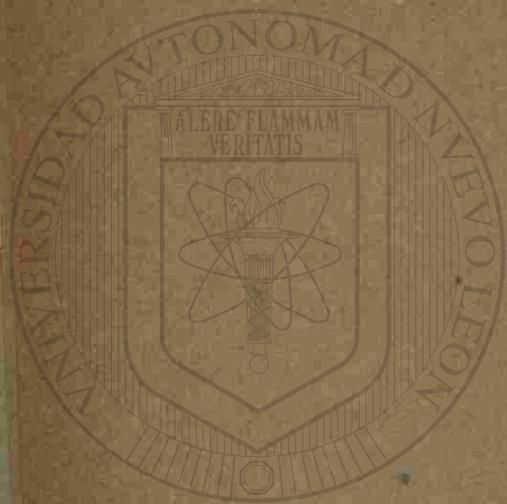
PQ6507  
.I3  
P5



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS





# UANL

DE PIEDRA Á PIEDRA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas. 9146  
Núm. Autor 2546d  
Núm. Adq. 33318  
Procedencia -8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó CS  
Catalogó \_\_\_\_\_

JOAQUÍN DICENTA



De piedra  
a piedra

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

CARTAGENA

Artes Gráficas de Levante

San Francisco número 7

1905

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1625 MONTERREY, N.L.

098561

33318



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Esta obra es propiedad  
de la sociedad ARTES GRA-  
FICAS DE LEVANTE, sin cuyo  
permiso nadie podrá reim-  
primir ni publicarla en  
los países del habla espa-  
ñola.

Queda hecho el depósito

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## ANTELIBRO

*Afanes de soledad y urgencias del trabajo  
me llevaron á Monserrat y á Piedra.*

*Allí, sin propósito serio de ninguna índole,  
sin plan y sin orden, escribí estas cuartillas,  
que fueron llegando, con disperso viajar á las  
columnas de uno y otro periódico. Hoy se  
reúnen en un tomo. Tal vez anden muy sor-  
prendidas de verse juntas.*

*Impresiones, nada más que impresiones son;  
impresiones exteriorizadas al correr de la plu-  
ma. Irá malamente quien pretenda encon-  
trar en ellas un volumen metodizado ó una  
guía del viajero, á que la literatura sirva de  
disfraz.*

86  
2  
" Ni una cosa, ni otra es mi libro.

Sensaciones y sentimientos provocados en mí por el espectáculo encantador del Piedra y por el sublime espectáculo de Monserrat; bocetos hechos sin concierto, sin meditación, sin cuidado, hojas dispersas, dibujos á medio terminar, apuntes que ni siquiera trato de corregir. Esto es lo que hay en DE PIEDRA Á PIEDRA.

De ahí que lo avise, á fuer de honrado, en los comienzos de este libro, para que si alguien esperaba hallar entre sus páginas cosa mayor, no se tome la molestia de seguir adelante.

Joaquín Dicenta.

PIEDRA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



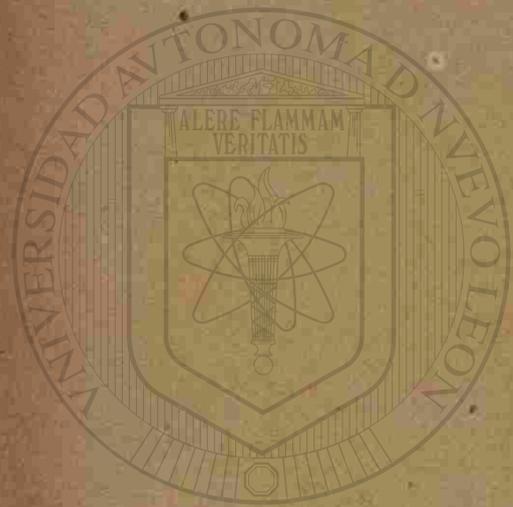
U A N L

Corriendo estaciones

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES



### Corriendo estaciones

Era jueves santo. Yo, á imitación de los fieles católicos, decidí correr las estaciones. Solo que mis estaciones, no fueron esas que, cumpliendo religiosos preceptos y haciendo abstención de joyas y galas, recorren los católicos en tal día; fueron otras: aquellas donde los rails se entrecruzan y los hombres trabajan; donde las chimeneas chorrean agua y las frentes sudor.

Si ciertos políticos que solo se atreven á abordar de soslayo las cuestiones sociales, me hubiesen acompañado aquel jueves por el trayecto ferroviario que separa Alhama de Madrid, hubiesen comprendido que el proble-

ma obrero no admite dilaciones y compases de espera; que la injusta explotación de los trabajadores por los patronos necesita inmediato remedio; que las insurrecciones de abajo, cada día más frecuentes y más formidables, no podrán ser dominadas con los tricorrios de la guardia civil y con los maüssers de la tropa, sino con los respetos al derecho humano y con los artículos de una ley fraternal; que las reclamaciones de la miseria no hay que ahogarlas con torrentes de sangre; hay que oxigenarlas con aires de justicia.

Así pensaba yo, mientras iba el tren via adelante, despidiendo reflejos metálicos al contacto del sol y resoplidos de humo por la chimenea de la máquina; así pensaba, contemplando desde la ventanilla, á cada curva que trazaba el camino, la silueta azul del maquinista ó la ennegrecida imagen del fogonero; así pensaba, cuando, al detenernos en las estaciones del tránsito, veía al conductor del tren y al guardafreno conversando con jefes, revisores y mozos, ó contemplaba los astrosos grupos de aldeanos, que, con las herramientas al hombro, y la miseria claramente acusadas en los girones de su ropa y en las livideces de su carne subían á los coches de tercera y emprendían su viaje hacia la conquista del mendrugo.

Así pensaba yo, frente á aquellos símbolos del trabajo servil, del esfuerzo humano esclavizado por la codicia, de la necesidad explotada por el egoísmo; mientras los ricos, los explotadores, los hartos, se arrodillaban ante un Dios, símbolo de fraternidad y justicia, para lucir, entre resplandores de cirios y nubes de incienso, galas, joyas y vanidades.....

No; no se le puede decir que espere, que tenga paciencia al conductor del tren, que, desempeñando ímprobos tareas y sujeto á enormes responsabilidades, tiene, como suprema aspiración la de percibir, cuando llegue á viejo, un sueldo de mil setecientas pesetas; la de disfrutar, si queda inútil, una limosna de tres reales diarios. No se puede decir que esperen al guardafreno que asoma su rostro por el ventanillo de la estrecha garita; al revisor que salta de estribo en estribo jugándose la vida contra tres pesetas; al jefe de estación que es, á un tiempo, en las de último orden, jefe, factor, telegrafista y mozo de equipajes; al maquinista que se tuesta en verano y se hiela en invierno, y arriesga su existencia en todo minuto; ni al guarda vía, ni al guarda agujas. A ellos no se les puede decir que tengan paciencia, que aguarden, con la juventud encarcelada, la madurez triste y la vejez hambrienta, á que los gobiernos resuel-

van el problema social; no se les puede decir que esperen cuando los potentados disfrutan y gozan y las grandes compañías se atracan de oro y sus consejeros — ex-ministros, personajes políticos en su casi totalidad — cobran siete mil pesetas al año.

No; á esos no puede decirseles que tengan paciencia y esperen; como no se le puede decir tampoco á los trabajadores del campo que desfallecen de hambre sobre las tierras que fecundan y á los obreros de la ciudad que convierten su sangre en oro útil á las diversiones del patrono. Y no se les puede decir porque hace muchos siglos que tienen paciencia y aguardan; porque el sentimiento se ha convertido en odio, porque la razón anda más de prisa que la bala de un mausers... y llega más lejos.

En todo esto pensaba yo cuando llegamos á la estación de Alhama.

\*  
\*  
\*

Monté en el carruaje que debía transportarme á Piedra y comenzó este á subir la cuesta que á Piedra conduce. La máquina del tren, lanzando un pitido, vibrante como el toque guerrero de un clarín, arrastró va-

gones y vagones... Dentro de ellos iba empaquetado un ejército de seres hambrientos de justicia y de pan.

Con ellos se fué el intranquilo vivir social. Comenzaba para mí el vivir magestuoso de la Naturaleza.

Los montes alzaban á un lado y otro del camino sus crestas rojizas coronadas por los rayos del sol poniente; el aire, embalsamado con el áspero perfume de los tomillos y romeros, metíase en los pulmones como una caricia de salud; del cielo, gris claro, pendían nubecillas blancas que remedaban contornos desdibujados de mujeres y de hombres, de ángeles y de bestias; los bandos de perdices volaban en busca de reposo hacia las ensombrecidas cañadas; sonaban las campanillas de las mulas, mezclándose á las esquilas del ganado y á los cantares del gañán; una paz augusta descendía del infinito. La naturaleza preparaba su lecho disponiéndose á descansar, y la luna se asomaba á los balcones de la cordillera para verla dormir.

Así fuimos subiendo, subiendo entre un silencio triste, solo turbado por el pataleo de las caballerías y por los trinos de algún pájaro trasnochador; así caminábamos ya cinco cuartos de hora, cuando en una vuelta del camino surgió delante de mis ojos una ima-

gen extraña, que la indecisa luz del crepúsculo, hacía más extraña aún.

Era un montón de rocas bermejas que subían desde el fondo del valle con aspecto de fortaleza natural. En la cima de tales rocas distinguíase algo como unos agujeros irregulares por los cuales brotaban rayos luminosos. Parecía que el monte se había incendiado por dentro y que los resplandores del incendio asomaban entre las junturas de las peñas.

Eso parecía; y, no obstante, lo que yo consideraba monte incendiado, era Nuévalos, un pueblecillo de tan rara construcción, de casas, por tal modo identificadas con la roca que las sostiene, tan soldadas á ella, tan penetradas con ella, que resulta difícil saber, contemplando el espectáculo que ofrece el pueblo, visto desde abajo, dónde acaba la piedra y dónde empieza la humanidad.

Subimos la cuesta; dirigí una postrera ojeada á Nuévalos, que visto desde arriba—desventajas de mirar desde arriba—parece un nacimiento de los baratos que se venden en la Plaza Mayor, y, á la media hora de camino, al remate de una pendiente encerrada por dos hileras de árboles, distinguí un trozo de muralla, una torre señorial de gallarda y fuerte arquitectura y un ancho portalón em-

potrado en un arco gótico. Estaba en el Monasterio de Piedra.

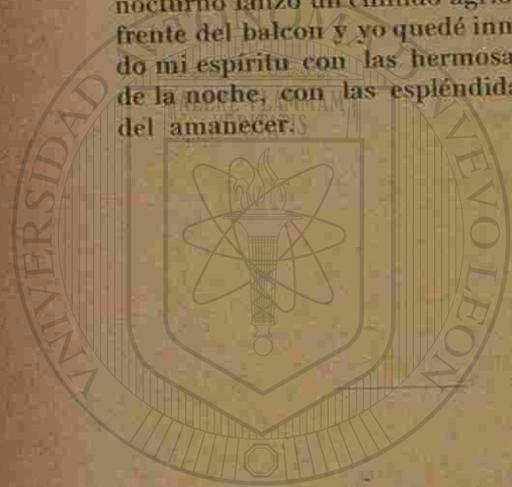
En el patio, á falta de Abad con señorío de de alta y baja justicia, me aguardaba Carlos Muntadas, amigo cariñoso y heredero presunto de esta maravilla terrestre.

Nos dimos un abrazo; echó el mozo delante de nosotros con las maletas, echamos nosotros detrás; recorrimos envueltos por una semi-sombra augusta, el espacioso claustro entre cuyos arcos repercutían nuestras pisadas; atravesamos la puerta de encina, repujada en cuero, subimos la escalera monumental, cruzamos un pasillo, abrieron una puercecilla de roble y me encontré dentro de mi celda.

Solo quedé en ella, acodado contra el ancho balcon de la galería é iluminado por la luz de la luna que derramaba por todos los rincones del valle su luz.

Cerca de mí sonaba la canción amorosa de los ruiseñores; lejos, el rumor imponente de las cascadas. Brillaban éstas, como chorros gigantescos de plata en fusión, sobre la mancha verde de hierbas y de árboles; el cielo de un azul purísimo se cubría poco á poco de estrellas; el perfume penetrante de las tierras, fecundadas por la primavera, subía hasta mí; sobre una roca se destacaba el

contorno blanco de una ermita; un pájaro nocturno lanzó un chillido agrio al pasar por frente del balcón y yo quedé inmóvil, llenando mi espíritu con las hermosas realidades de la noche, con las espléndidas promesas del amanecer.



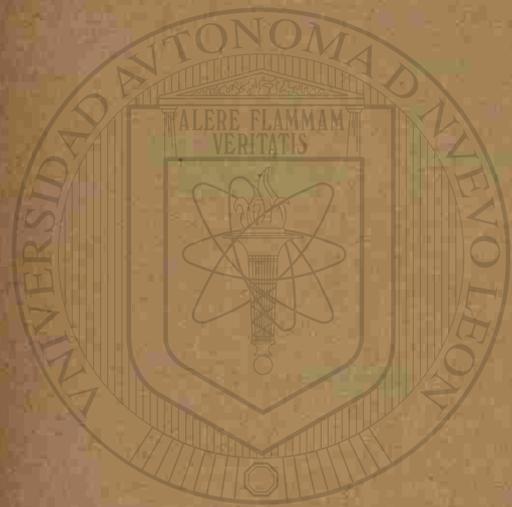
# UANL

El amanecer

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1926 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE



### El amanecer

La primera noche dormí mal. Me revolví dentro de mi cama, inquieto, desasosegado. Mis ojos, de par en par abiertos, veían dibujarse entre las sombras de la celda, los arcos góticos del claustro, ostentando la bronceada pátina que siete siglos habían extendido sobre ellos. Por entre los arcos asomábanse anchos ventanales, arrojando contra las paredes una luz lechosa, cernida por los transparentes de mármol; la monumental escalera, la inmensa bóveda que la cubre, entrecruzada de graciosas aristas, se abocetaban en la obscuridad, y tras ellas aparecía la visión completa del Monasterio; la iglesia, con sus cru-

ceros medio hundidos; con sus pilares rotos, semejantes á monstruosos huesos fracturados; con sus vidrios de colores múltiples; con sus retablos medioevales. A continuación las puertas salpicadas de clavos; los muros cubiertos de hiedra; la torre señorial de puerta chala y rectangulares almenas y elegantes ojivas; los patios ruinosos, las crujías desiertas, los altares sin imágenes, las celdas sin monjes... el contorno material y moral de este gigantesco sepulcro.

Todo surgía de entre las tinieblas, todo pasaba por delante de mí, como una procesión de fantasmas que iban y venían confusamente, atropellándose, confundándose, superponiéndose, para acudir juntos á mi encuentro y girar en torno de mi lecho con obstinación invencible.

Tardé muchas horas en conciliar el sueño y, apenas lo había descabezado, cuando penetraron en mis oídos, haciéndome abrir los ojos otra vez, ecos suaves, dulcísimos, algo así como las notas de una flauta, preludiando en la lejanía un cantar melancólico... Aquellas notas producían un pajarillo pidiendo junto á mis balcones. Acompañábale en su canto el rumor solemne de las cascadas, que, saltando bruscamente desde las peñas, se sumergían en el valle. Un rayo de luz te-

nue, muy tenue, penetraba por una rendija... Abrí por completo los ojos, estiré los brazos, salté de la cama, vestíme á tientas, empujé las vidrieras y me dí de cara con la aurora.

El cielo, pálido aún por el beso frío de la noche, tenía matices opalinosiguales á los del agua cuando se mezcla con unas gotas de aguardiente... Algunas estrellas lo esmaltaban aún; brillaba el lucero de la mañana como diamante de primorosísimas facetas, y hacia Oriente una línea color naranja, anunciaba la presencia del sol...

Abajo, en la tierra, adquirían forma y relieve las cosas, los objetos, los paisajes varios que yo había entrevisto á la luz de la luna. Al fondo se alzaban los montes salpicados, de trecho en trecho, por matas verdinegras y por rojizas desconchaduras; luego aparecía la muralla del Monasterio, trazando en el horizonte ángulos y curvas, interrumpidos á espacios iguales por cubos coronados de almenas; á continuación de ella venían los árboles, en cuyas ramas peleaban furiosamente las tonalidades grises del invierno y las verdes entonaciones de la primavera. Aquellos árboles, escalonados de peñote en peñote, asaltaban los ásperos declives de piedra hasta llegar al fondo del valle. La inmensa alfombra de violetas que el

valle tejió para el viajero se perdía bajo una bóveda de ramas.

Entre ramas y hojas, entre peñascos y entre hierbas, saltaba el río, sacudiendo su corriente loca, esmaltada de espuma. Río sin cauce, torrente en libertad, que por todo atropellaba y todo lo invadía formando aquí remansos pacíficos, allá, dormidos lagos, más lejos fuentes cristalinas, más cerca plañideros arroyos; en este lado vertiginosos remolinos, en aquel blancas cabelleras deshechas; suspirando en un sitio, rugiendo en otro; esparciéndose por todas partes á la vez, para reunirse sobre el borde amenazador de los abismos y precipitarse á ellos con brineo formidable, con bárbaro vértigo suicida, y rodar por el hueco de la cascada y romperse en polvo de plata contra las aristas del fondo, y detenerse un punto en él como aturrido por el golpe brutal, para seguir luego su marcha con caminar suave y resignada mansedumbre.

El valle se divisaba á trechos desde las naturales ventanas que abría ante mis ojos la espléndida vegetación. Veredas misteriosas, perdidas entre espinos y zarzas; peñas huecas, alcobas nupciales, á cuyo fondo obscuro servía la hierba de dosel y el césped de lecho; plazoletas alegres, que el río festejaba con el

murmurio de sus ondas; rampas cenizas, que el musgo tenía encargo de vestir; promesas de algo muy grande, muy poético, que allá, en los bajos del paisaje, donde no podía llegar mi vista, aguardaba que descendiera yo para hacerme el don generoso de su hermosura!...

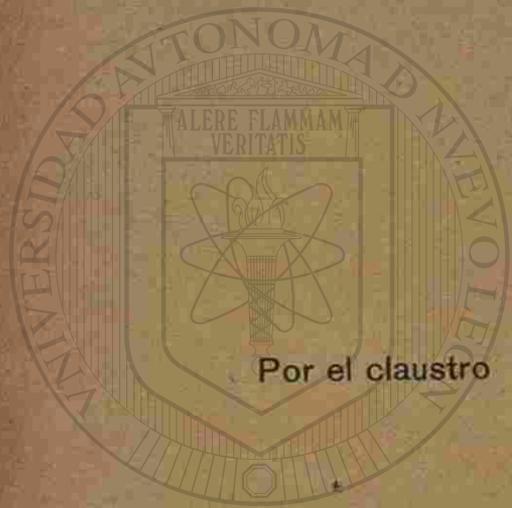
Sublime espectáculo que detuvo mi atención por completo, y del cual vino á sacarme un beso caliente de luz recibido en el rostro.

Al sentirlo alcé los ojos al espacio. Ya no era el cielo que vi entonces, el cielo color ópalo de antes; era un cielo azul, salpicado de nubecillas blancas; las estrellas habían desaparecido; el lucero de la mañana no mandaba á la tierra sus brillantísimos resplandores; la franja color naranja no existía; en su puesto mostrábase un inmenso abanico de rayos rojos, abriéndose sobre las crestas de la sierra. Era el sol que se desperezaba.

A su anuncio, los peñascos grises brillaron con reflejos de plomo; las bermejas desconchaduras remedaron manchas de sangre fresca; los tonos grises y los tonos verdes de los árboles acentuaron su vigor; hiedras, musgos, retamas, tomillos, todas las hierbas del campo, en fin, adquirieron brillo, alegría, poder; las ondas del río despidieron acerados destellos; las cascadas parecían, no caudales

de agua despeñándose desde un abismo, cortinas de tisú cayendo sobre un lecho de novios; los pájaros cruzaban el aire preludiando amores con gorjeos y trinos; las perdices comenzaban à requebrarse de peña en peña; un bando de palomas, luego de humedecer sus alas en las espumas del torrente, emprendió su vuelo camino del espacio azul, y el sol, surgiendo por encima de la montaña como victorioso sultán, hizo llegar hasta el fondo del valle los primeros rayos de su lumbré.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN<sup>®</sup>  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Por el claustro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



Por el claustro

El paso de mi celda, inundada de sol, al claustro, cubierto de sombras, ha sido salto brusco desde un mediodía á un anochecer.

Las ventanas, puestas á gran distancia las unas de las otras, se encuentran á medio cerrar. La luz se descompone en los vidrios rayados y los filtra en menudísima lluvia gris, las bóvedas se desvanecen entre misticas nieblas que sudan frialdad; el pavimento suena á tumba falta de inquilino; las columnas amarillosas de los arcos se medio asoman por las desconchaduras del yeso que los cubre; parecen esqueletos arrojados con sudarios rotos.

La abertura de una ventana me enseña un patio medioeval, un pedazo de la antigua abadía que olvidaron enterrar los siglos.

En su piso nace la hierba como trasquilada cabellera, los musgos amarillean en las paredes, supurando humedad, la luz tiene palideces fúnebres, el aire mortuoria quietud. Aquello es un cadáver que se pudre al sol...

Me separo de la ventana y sigo mi viaje por el claustro.

Un tragaluz abierto en la bóveda me cubre de resplandores áureos, la puerta, mal entornada, de una celda, trae á mis ojos el espectáculo de dos amantes que se acarician; las vidrieras del comedor transparentan una moza de mirar vivo y caderas anchas que recoge los manteles entonando la jota. El sol, el amor y la juventud se han reunido para cometer el delicioso sacrilegio de violar la clausura.

Al término de aquella galería se descubre la escalera monumental. Está dividida en dos brazos que descienden con majestuosa arrogancia al claustro inferior. Recibe la escalera claridades melancólicas de unos rosetones encristalados con láminas de jaspe; en los artesones alterna el cedro con el oro; en la ciclópea barandilla, el nogal con el hierro.

Una campana, la misma tal vez que llamaba frailes á la oración, avisa ahora para comer. Sus vibraciones van de arco en arco con ecos de sollozo...

El claustro bajo, frío, húmedo, construido con piedra gris, tiene las poéticas entonaciones de los días nublados. Una de sus galerías desemboca en la sala capitular, gallarda muestra de arquitectura gótica, que los últimos religiosos usufructuarios de la finca pintarrajearon de amarillo y azul.

Solemne, grave, alzando al espacio sus airosas columnas, empavesadas por los siglos, mostraríase antiguamente el ancho salón, provocando las oraciones del católico y el recogimiento del artista. Los últimos frailes, es decir, no los últimos—¡ojalá!—los que embrutecieron la España de Carlos IV y Fernando VII, los antecesores de las Comunidades que hormiguean en la España de Alfonso XIII, se dedicaron, como sus herederos, á mancharlo y á estropearlo todo, los edificios y las conciencias. Menos mal que unos y otras tienen remedio todavía; es cuestión de raspar un poco.

Sólo dos cosas se libraron de profanaciones estéticas en la sala capitular. La primera es un nicho, huérfano de imagen; sus calados no parecen hechos en la piedra con el marti-

llo, parecen tejidos á mano por una encajera de Bruselas. La segunda es una puertecilla donde la madera se ha vuelto carne para ofrecernos alegre procesión de niños con alas que se remontan á una nube.

El artífice, padre de tan deliciosa labor, debía sentir más hondamente las impresiones de la Naturaleza que las del ascetismo. Los ángeles de la puertecilla no son creaciones extraterrenas, espíritus á quienes la carne sirve de pretexto para estar en el mundo; no son figuras tenues, transparentes, casi intangibles, que asoman por entre alas enormes, cabeecitas esqueléticas, de ojos estáticos y labios sin relieve; son cuerpos robustos, redondeados, en los cuales hace roscas la carne, caras gordinflonas, alegradas por hoyuelos que dibuja la risa; niños *de verdad*, que repugnan sus alas minúsculas, vergonzantemente escondidas entre las musculosidades del omóplato. No son ellos criaturas celestes, engendradas por la fantasía de un místico, son hijos de mujeres y de hombres, engendrados con besos de amor.

Paso de largo por el refectorio y sigo recorriendo el claustro, hasta que doblo uno de sus ángulos con objeto de salir al patio exterior.

En las proximidades de éste, el claustro se

angosta, la piedra se vuelve más oscura, la bóveda más sombría; más opaca la luz.

Resto único de la fábrica primitiva, aquella galería tiene imponente y austera sencillez. Con más apariencias de fortaleza que de convento, recuerda, por sus robustísimos sillares, por la puerta de hierro que la defiende, por los garfios que salen del muro en actitud de garras, los antiguos abades que se ponían la armadura debajo del hábito, la espada en el cordón de la Orden, el capacete de hierro sobre la capucha y la homicida lanza en la mano de echar bendiciones.

¡Tiempos felices para aquellos santos religiosos! Tiempos en que el abad tenía señorío de alta y baja justicia sobre sus feligreses, y podía colgar y colgaba á sus vasallos de una encina á poco que éstos molestasen á las alimañas del bosque ó á los peces del río. Hoy el bosque, libre de colgajos humanos, trae hasta mí el murmullo sordo de sus ramas acariciadas por el viento; también el río trae hasta mí el rumor alegre de sus ondas limpias de sangre.

El patio exterior es un ancho corral ocupado por un hotel, por cuatro ó cinco casas donde viven el telegrafista, el administrador y los guardias civiles custodios de aquel término, y por las ruinas de la iglesia sobre cu-

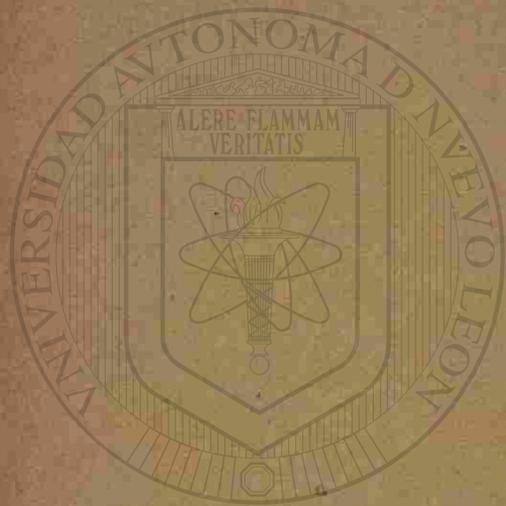
ya portada se yerguen las estatuas de Jaime y Pedro I de Aragón. Los chiquillos de Piedra que toman de blanco á los monarcas aragoneses, han conseguido dejar tuerto al primero y chato al segundo.

Entrar en la iglesia es hacer profesión de difunto. Los muros agrietados crujen, las bóvedas se deseneuadernan; los pilares vacilan, el suelo se abre bajo los pies. Altares desnudos sirven de casa á los reptiles; nichos sin imágenes, de nido á las aves nocturnas. Sobre el altar mayor se descubre una repisa de jaspe, encima de ella hay una especie de cajón con molduras doradas; la cara más visible de este cajón está constituida por dos puertecillas doradas también y desprendidas de sus goznes. Era el tabernáculo. Un rayo de sol, cernido por las vidrieras de colores, viene á iluminarlo, y un lagarto aprovecha el rayo de sol y la repisa del tabernáculo para convertirse dentro de él en un ídolo de esmeralda.

A riesgo de que la bóveda se desplome contra mi cabeza, tomo asiento junto á una tumba adornada por la escultura yacente de un noble. Allí permanezco quieto, mudo, sin pensar en nada, con los ojos abiertos de par en par y el cerebro dormido.

Y transcurre el tiempo, y los muros agrie-

tados siguen crujendo sordamente, y el aire choca con dejos de suspiro contra las bóvedas cuarteadas, y los reptiles entran y salen libremente por las rajás de los altares sin vestir, y las aves nocturnas aguardan el crepúsculo en los nichos faltos de imágenes; y el lagarto, el ídolo de esmeralda que substituye al símbolo católico en el tabernáculo, me contempla con sus ojillos vivos y tenaces, mientras el noble de piedra, el antiguo defensor de todo aquel mundo en pudridero, oprime con sus dos manos faltas de calor el inútil mandoble...



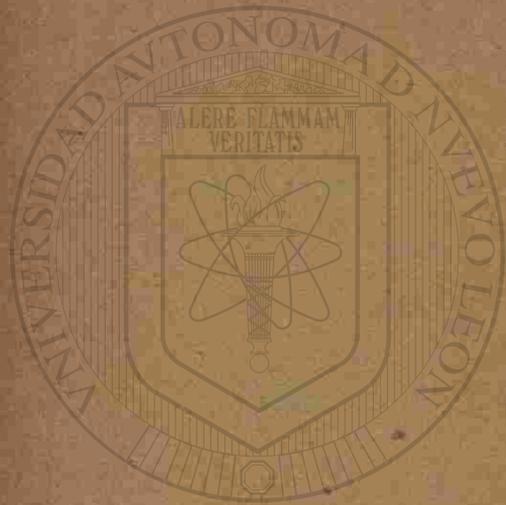
U A N L

El río de los muertos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

41



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

### El río de los muertos

Emprendí el camino con profunda tristeza. Los detalles de la muerte de *Fernanflor*, los elogios que todos los periódicos madrileños dedicaban al escritor difunto, habían conmovido mi alma, ya dolorida por el anuncio primero de aquella desgracia.

Horas antes de tomar el tren que me condujo á este Monasterio, estuve conversando con Isidoro Fernández Flórez, en la calle del Turco, á pocos pasos de *El Liberal*, del periódico fundado por él.

El periodista insigne llevaba dentro de su espíritu, el espíritu de su siglo, el conocimiento exacto de la justicia en que se inspi-

33318<sup>3</sup>

ran las grandes reivindicaciones sociales; y esos anhelos de justicia, esas ansias de reivindicación humana, que sólo podían expresarse, antes de él, en diarios de muy reducida publicidad, hallaron por virtud suya, puerta franca y tribuna libre, en un periódico de gran circulación.

Téngase esto en cuenta; y cuando se evoque el recuerdo de Fernanflor para aplaudir al escritor político, al cronista ingenioso, al padre de *El Catedrático* y *La noche buena de Periquín*, apláudase también al hombre que, respetando todos los intereses y todos los recelos de las clases altas, supo defender y patrocinar todas las esperanzas y todos los derechos de las clases humildes.

Pensando en él recorría yo senderos y atravesaba subterráneos y subía escaleras y escalaba rocas, siguiendo los extraños dibujos que sobre peñascos y matorrales, entre árboles y céspedes, traza la corriente del Piedra.

También anduvo Fernández Flórez por las márgenes de este río, al que con justicia puede llamarse río de los muertos, porque á cada paso evoca el recuerdo de un gran poeta, de un filósofo insigne, de un pintor ilustre, de un orador extraordinario, de un dramaturgo excepcional, que pudren ya en el interior de una tumba la carne y los huesos que sir-

vieron de estuche á sus inmortales ideas.

Todos ellos bordearon el Piedra; todos escogieron en sus márgenes, sitio adecuado á la estructura intelectual de sus personas.

Allí, junto á aquella fuente, siempre cristalina, merced á un filtro natural que cierra el paso y detiene en su marcha á las arenas rojas arrastradas por las grandes turbias; fuente cuyo chorro cae recto y firme sobre una roca que con su persistencia horada, tomaba asiento Pi y Margall, el hombre constante, enérgico, sereno, de conciencia nunca enturbiada por la ambición ó por el egoísmo. Más lejos, al volver de un recodo, hay un banco á los pies del cual se extiende ancha plazoleta donde las violetas forman tapiz y los árboles bóveda, por entre los claros de la bóveda se descubren girones de cielo; á la izquierda sacude el río sus espumas de plata, contra negros peñotes; allí escribía Campoamor sus poemas, mezcla sublime de dulcísimas nimiedades y de pensamientos profundos, de elegantes y epigramáticas ironías, que dejan asomar, bellas siempre pero hechas pedazos siempre también, las humanas creencias; de alegres y blancas esperanzas que concluyen por estrellarse contra sombríos desengaños. Más lejos aún, á distancia igual de dos cascadas, una que cae á plomo

en un cerco de rocas semejante á un antro infernal y otra que se deshace en hebras de purísima nieve sobre un tapiz de musgo; frente á un bosque que el río atraviesa dibujando primores de espuma, está la silla de Carlos Hués, el sitio donde el gran paisajista extendía sus lienzos y presentaba batalla á la Naturaleza.

Y sigue la marcha del río: y continúa el desfile de los grandes muertos.

Al pie de un torrente que se precipita soberbio por un derrumbadero de antipática hechura, álzase una roca color de sangre, inclinándose hacia el abismo, mal segura sobre su cimiento, amenazando caer al fondo del valle y aplastar con su caída árboles y personas. En tal roca solía buscar descanso Cánovas, el hombre que aplastó con su política funesta, nuestro poderío colonial.

En la parte baja de la sierra, junto á una torrecilla gótica descúbrese un montón de peñas erizadas de zarzas y rosales silvestres. Un sendero, bordeado por lirios y azucenas, conduce á un lago de aguas mansas, transparentes, verdosas; en su fondo debe residir alguna ondina que al llegar la noche asoma por entre las ondas su frente virgen para recibir el beso de la luna. Allí descansaba Zorrilla.

Cerca de este sitio y separado de él por un pedazo de montaña, vése un rincón húmedo donde los juncos balancean sus tallos y maduran los nogales sus frutos y el musgo festona las piedras; varios poyos de granito se agrupan en torno de una fuente; en su taza lavan las mujeres sus ropas; en su chorro llenan cántaros y botijos en aquel poético rincón estudiaba Plasencia. Saliendo del rincón aquel tropiézase el paseante con una cortadura, especie de montaña construída por la Naturaleza para enseñar el valle entero. Tal vez á los bordes de esa cortadura ha sacudido Ayala su melena de león africano, meditando las peripecias de *Consuelo* y ha entornado Tamayo sus ojillos vivos y penetrantes para ver con absoluta claridad las vigorosas escenas de sus dramas.

Por fin, río abajo, siempre río abajo, se llega á un punto donde las aguas, acrecidas en su velocidad se amontonan y se detienen un instante para caer después formando imponente cascada.

Esta cascada se desploma de cincuenta metros de altitud, cubriendo una gruta en la portada de la cual remeda el granito seres enormes, angelotes desdibujados, aves monstruosas, torsos gigantescos, formidables mandíbulas entreabiertas, contornos titánicos de

mujeres y de hombres... Allí rugen el agua como una fiera y los pájaros cantan como un coro de querubines; la espuma se deshace en nieblas arcoiris; los árboles son más enérgicos de color, más fuertes de tronco; las violetas se multiplican, ayudadas por la frescura de la perpétua sombra; las bandas de palomas alegran el espacio con sus aleteos; el cielo tiene más transparencia en su azul y el sol refleja como un joyel de oro sobre el arranque cristalino del salto.

Ese sitio, el más grandioso de cuanto Piedra encierra en sus límites, era el sifio de Castellar, del orador más grande del mundo, del que ha llevado á su oratoria todos los tonos y la ha esmaltado con todos los matices, desde el matiz suave de los idilios juveniles, hasta el matiz brutal de las visiones apocalípticas...

Y sigue el desfile de los muertos ilustres, de los representantes de una generación próxima á desaparecer, y sigue el río su camino, juguetón y alegre al entrar en la sierra, esperanzado y animoso al extenderse por los infinitos cáuces abiertos ante él; enérgico al reunirse en el borde de las cascadas, formidable y revuelto al lanzarse contra el abismo, bravío y jadeante al retorcerse en el espumoso tazón, humilde, manso y perezoso

cuando lo abandona y se dirige por cáuces áridos en busca del mar.

Así son las generaciones: alegres y juguetonas en su infancia; esperanzadas en su mocedad; ansiosas de lucha al encontrarse llenas de juventud enfrente de la vida; enérgicas y valerosas al lanzarse á la lucha; presas de vértigos conquistadores al revolverse en ella hasta que, rendidas, deshechas, siguen su viaje sin poder y sin ilusiones para hundirse en el insaciable mar de la muerte...



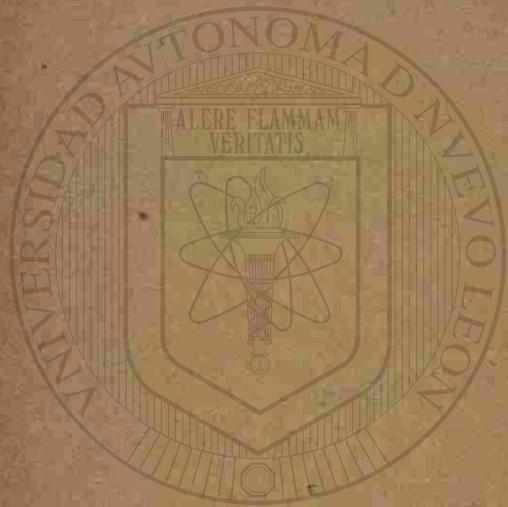
UANI

Siesta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE



### Siesta

El ganado sestea á la sombra de los charros y carrascas que pueblan el monte; el sol de Agosto se deshace en lluvia de fuego sobre las peñas; palomas torcaes y tórtolas se arrullan en torno de sus nidos á medio fabricar; las perdices cantan amores, persiguiéndose entre los tomillos resecos; la fuente destila el chorro de sus aguas en la ancha taza de piedra ceñida por espadañas y por juncos, y el pastor dormita junto á la fuente con el báculo entre las piernas y el mastín á los pies.

Aquel monte, donde la planta humana entra rara vez, es el reino indisputado del

solitario guardián de ovejas; allí está un día y otro, silencioso, esquivo, escuchando el canto de las aves, el monótono correr de la fuente, el murmullo del aire al quebrarse sobre las hojas, el melancólico balar del ganado. La aurora le sorprende despierto; el crepúsculo de la tarde á punto de dormir; el calor y el frío tocan, sin penetrarla, su piel rugosa y dura: una canción de ritmo salvaje brota á las veces por sus labios y sus ojos inexpresivos sólo se alegran al oír el paso del chicuelo que todas las semanas sube á traerle los siete panes de dos libras y las cuatro pesetas que constituyen su jornal.

El pastor no baja al pueblo nunca. Ni tiene mujer, ni hijos, ni familia. Amigos, uno: el perro que le ayuda á guardar las reses y á comer los mendrugos y á defenderse de los lobos. El pastor habla con su amo cuando éste llega al monte y le dirige la palabra. Habla con él durante el esquila; mientras ganaderos y marchantes platican, retírase á un lado y permanece sólo dirigiéndoles miradas donde lucen relámpagos de desprecio y de odio.

Cuando se sienta sobre una roca, confundiendo con la roca las entonaciones pardas de su traje, y con el traje las entonaciones morenas de su cutis, parece estatua tallada

en piedra viva: la misma estatua, puesta en movimiento, cuando abraza el cayado y echa á andar animando á las ovejas con un ¡Ohe! brusco y á su mastín con un silbido. Si el lobo muerde en él ó en el perro, con igual machacadura de hierbas montaraces cura las carnes desgarradas del uno y del otro.

Nada quiere; nada desea; nada pide. En las noches claras contempla las estrellas del cielo; en las oscuras las sombras del espacio.

Llegaos á él cuando dormita junto á la fuente; tocadle en el hombro, y al volver hacia vosotros su cara inexpresiva y dura, decidle:

«¿Por qué estás solo siempre? ¿No deseas vivir como los otros hombres? ¿No apeteces su trato? ¿No echas de menos la compañía suya?...»

Preguntádselo y os responderá.

«Aquí vine desde muy pequeño; no levantaba lo que el corderillo que trisca por aquellos breñales. Aquí he crecido entre mis ovejas. Mientras no salí de aquí me consideré el más dichoso de los hombres. Una fuente para apagar mi sed; un árbol para refugiarme á su sombra; un pedazo de pan seguro; unos cuantos reales que no sabía en qué consu-

mir; un peñasco para reclinar la cabeza durante el sueño, y un perro que me acariciaba de día y me custodiaba de noche. ¿Era posible que nadie tuviese en el mundo cosa tan buena?

Una tarde bajé al pueblo y allí ví que mi amo poseía una casa grande, muy grande, con muchas sillas y muchos cuartos; y una cama muy blanca y un pan más blanco que la cama; supe que otros pastores ganaban mayor jornal que yo; y sentí envidia; y pensé que era muy triste y muy... vamos, muy malo que otros se divirtiesen más que yo y fueran más que yo, y comiesen más bien que yo. Luego tropecé con una muchacha y la cortejé y me dijo que sí; y un hombre, un rico, me quitó, me deshonoró! la novia; porque quise vengarme me metieron en la cárcel del pueblo y me dieron de palos; y sentí odio; y el odio es una cosa que le pone á uno con ganas de morder como á los lobos cuando tienen hambre. Sentí odio y ganas de acabar á cayadazos con todos los que me hacían mal, á mí, que no se lo había hecho á nadie.

«Esto me ha ocurrido por bajar al pueblo... Y no bajaré otra vez; no bajaré nunca mientras vengan á decirme que los amos pueden darnos pan negro y comerlo ellos blanco;

que los ricos pueden quitarnos las novias y perderlas y meternos en la cárcel y matarnos á palos si nos quejamos, y no consentimos en darles gusto.

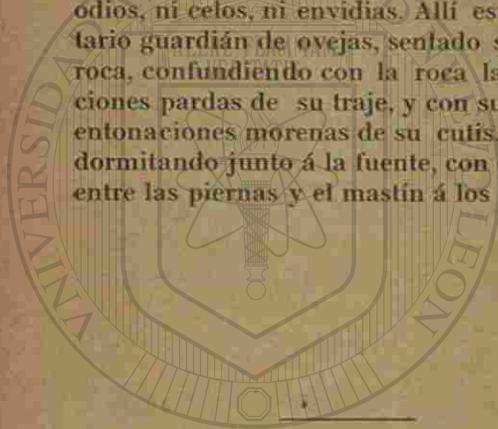
No; no bajaré nunca. Para ver eso y saber eso, bien estoy aquí, con mi perro y con mis ovejas y con los lobos que, al fin y á la postre sólo hacen daño cuando tienen hambre... ¡Solo! Solo se está mejor.»

Os contestará así y os volverá la espalda, yendo á sentarse junto á la fuente como una protesta muda, como una queja petrificada, como un geroglífico, donde pueden leerse los primeros balbuceos del inmenso grito con que una humanidad, sacrificada por otra humanidad, reclama justicia.

Allí lo veréis siempre, en las horas del mediodía

Allí está el pastor, junto á la fuente, que destila el chorro de sus aguas sobre la ancha taza, ceñida de espadañas y juncos, mientras el ganado sesteá á la sombra de chaparros y carrascales, y el sol de Agosto se deshace en lluvia de fuego sobre las peñas, y palomas torcaces y tórtolas se arrullan en torno de sus nidos á medio fabricar, y las perdices cantan sus amores, persiguiéndose entre los tomillos resecos. Allí está él, solo, esperando que llegue el momento en que vengan á de-

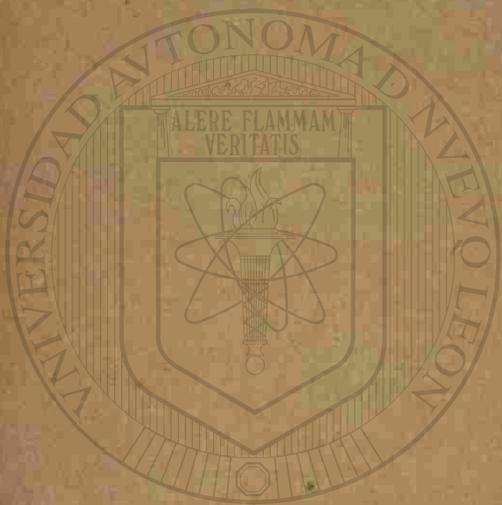
cirle que no hay diferencias entre los hombres; que todos son hermanos; que el trato con ellos no puede despertar ambiciones, ni odios, ni celos, ni envidias. Allí está el solitario guardián de ovejas, sentado sobre una roca, confundiendo con la roca las entonaciones pardas de su traje, y con su traje las entonaciones morenas de su cutis. Allí está dormitando junto á la fuente, con el cayado entre las piernas y el mastín á los pies...



U A N L  
Turbia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS



### Turbia

El cielo estaba cubierto de nubes plomizas; el agua caía á torrentes sobre las montañas; doblaban su ramaje los árboles, doblaban hierbas y verduras sus tallos al choque de la brutal ducha atmosférica; era más imponente el rumor lejano de las cascadas, más fría la temperatura, más que nunca melancólico el aspecto del valle. Las peñas negras, humedecidas por el chaparrón, brillaban como sillares de ébano, las peñas rojas como pulimentos de jaspe. Ni un pájaro cruzaba los aires; ni un insecto el espacio, ni una criatura humana las sendas. Un silencio triste extendíase por todas partes: solamente

se oía el cuchicheo de la lluvia al hundirse en la tierra.

Así había transcurrido toda la noche; así transcurrieron, luego de amanecer, cuatro horas mortales, que yo conté perezosamente desde un sillón próximo á las vidrieras de mi celda.

Cesó la lluvia: un viento fuerte y revolucionario embistió las nubes, empujándolas hacia el Norte, partiéndolas en jirones, dispersándolas, derrotándolas y abriendo paso al sol, que saludando á la tierra con un espléndido arco iris, tuvo la bondad de acariciarme con sus rayos.

Abrí los balcones; y apoyándome contra la baranda de madera, dirigí la vista hacia el campo.

Todo había cambiado con la fulgurante visita del sol. Árboles y hierbas erguían sus ramas y sus tallos, donde las gotas de agua brillaban como diamantes de maravillosas facetas; las peñas negras despedían reflejos de acero empavonado; las rojas, destellos de rubí; las aves, luego de sacudir sus alas, lanzábanse al espacio, entonando cánticos alegres, retozones gorjeos; los insectos zumbaban en el aire; hombres y mujeres caminaban por los senderos; la tierra despedía un vaho color rosa, un fuerte olor de fecundidad, y la es-

pléndida vegetación del valle relucía como una piocha de esmeraldas...

El rumor de las cascadas me hizo encaminar hacia ellas la vista. ¡Y cual fué mi asombro al contemplarlas caer de entre los peñascos, no como purísimo cortinaje repujado de espumas blancas, como torrente de sangre salpicado de burbujas rojas!

¡Turbia!... ¡Turbia!, gritaban los chiquillos, corriendo precipitadamente hacia los diversos caminos que conducen al valle. ¡Turbia!

Impresionado por el espectáculo que ofrecían desde lejos las caídas de agua quise contemplarlo de cerca y eché á correr con los chiquillos.

Los que hayan visto el Piedra en los días de primavera y de verano, cuando sus aguas, transparentes, descubren, con los más insignificantes detalles, el fondo de su cauce y las palpitaciones de su marcha; los que le hayan visto rodar sobre las peñas y erizarse en penachos de nieve y caer por las amenazadoras cortaduras como un gigante de cristal, no le hubiesen conocido entonces, como no le hubieran conocido tampoco los que vienen á Piedra en invierno para ver al río inmóvil, prisionero en su cauce, y contemplado tristemente por los árboles sin hojas que extienden hacia él sus brazos desnudos; no

le hubiesen conocido los que, en tal época se dirigen hacia al río en busca de cascadas convertidas en fantásticas catedrales de hielos, de los torrentes paralizados, por cuyos remates llora el agua con gotas anchas su entumecedora quietud... No le hubieran conocido, no.

El Piedra era, cuando mis pupilas absortas lo vieron, un río de sangre.

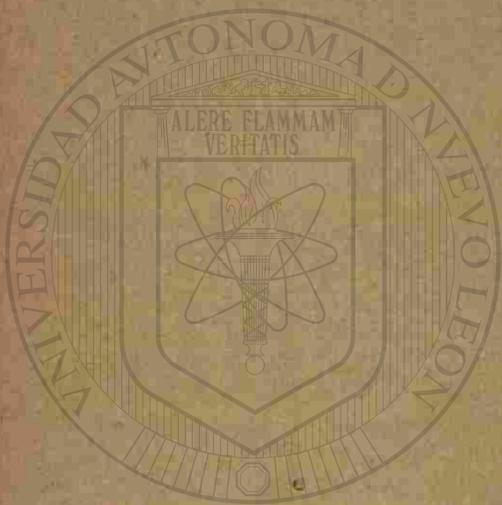
La corriente, arrastrando en su desbordamiento las tierras rojas que á un lado y otro de ella existen, las había absorbido, impregnándose de matices bermejos para marchar entre las desiguales orillas, como la sangre por los bordes de una herida recién abierta.

Saltando en burbujas sobre las peñas, perdiéndose en hilos finísimos entre las verduras, salpicando gotas espesas contra los juncos, saliendo con chorro inatajable de las fuentes, formando en los remansos coágulos y en los bordes de la ribera vertiginosos borbotones rojizos, era sangría suelta, algo así como si la tierra acabara de librar un combate á muerte con algún monstruo, y herida por cien golpes á un tiempo, agonizase perdiendo sangre, toda su sangre, que, al brotar por las arterias rotas, teñía con purpúreas entonaciones su cuerpo de gigante vencido.

Corriente de sangre, sangría suelta era el Piedra entonces; sangría que iluminaba el sol con sus rayos de fuego erizando las espumas bermejas, abriantando ondas y remansos, convirtiendo los caudales de agua enrojecida en torrentes de oro que se fundía junto al borde de las cascadas para desplomarse con magestuoso derroche sobre las tazas de granito.

Río de sangre era, pero de sangre generosa veñida por la madre tierra para fecundar campos, y fortalecer gérmenes y nutrir raíces; caudal rojo que causaba placer en vez de producir repugnancia, porque llevaba la sublime misión de perpetuar la vida de la Naturaleza.

De ahí que los niños lo saludaron con sus carcajadas inocentes y el padre de la luz con sus rayos...

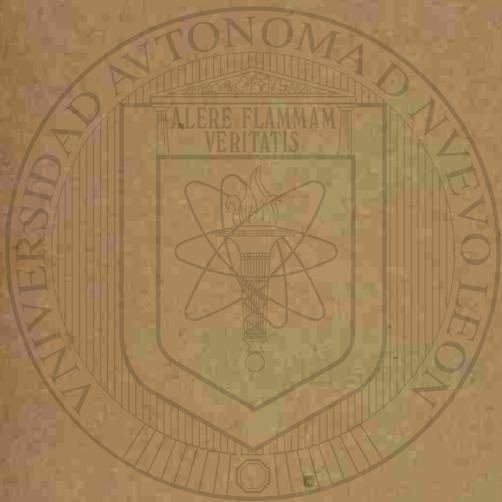


UANL

Beso de fuego

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



### Beso de fuego

Semejaba el sol gigantesca hoguera invertida volcando sobre la tierra chorros de luz; la tierra era un rescoldo que despedía asfixiante calor; las nubes, refugiadas en el fondo del horizonte, para remontarse lo más lejos posible del celeste volcán, iluminábanse de tiempo en tiempo, con resplandores cardeños y zig-zags rojizos. Ni un pájaro cortaba la incendiada atmósfera con su vuelo, ni una bestia los sedientos campos con su marcha. Erguíanse las mieses con metálica rigidez, como planchas de oro, sin que un golpe de viento las hiciera oscilar: el viento mismo, no pudiendo sustraerse al letargo experimen-

tado por la Naturaleza en aquella mañana de Junio, permanecía inmóvil.

Todo reposaba, buscando en el reposo lenitivo contra el calor: las bestias en sus guaridas, el aire en sí propio, las aves sobre los imperceptibles sombreros del surco, las nubes tras el abanico colosal de los montes...

Todo reposaba... Es decir, todo no. Allá, lejos, entre las mieses, brutalmente recortada por la franja azul del medio día, mirábase á unas siluetas negras ir y venir con vaivén continuo. Vistas á distancia parecían un grupo de reses mordiendo la paja madura. Vistas de cerca parecían lo que eran: un grupo de hombres y mujeres encorvados; una cuadrilla de segadores.

A tal hora, cuando buscaban sombra hasta los reptiles, buscaban los segadores su pan, segando pan para otros. En la extensa planicie, falta de árboles y de arroyos, el humano grupo esgrimía sus hoces cercenando las rubias espigas que caían á un lado y otro de los surcos como trasquilada cabellera de una Ceres gigante. Esgrimían las hoces, recibiendo sobre sus cabezas el planazo asesino del sol y aireando sus pulmones con polvillo de paja envuelto en ráfagas de lumbre. Saltaba el sudor en gotas anchas y calientes de las cabezas tocadas con sombreros de pleita;

escurríase como un chorro de lava por los rostros mugrientos, surcándolos de churretes lustrosos; teñía de sucia y mal oliente humedad camisa y corpiños, y cuando algunas manos, luego de llenarse, al restregar en ellas, con el sudor que inundaba las frentes, lo sacudía, golpeaba el sudor los tallos resecos como una lluvia de rocío; rocío fabricado con sangre humana, á cuyo contacto solo podían prosperar gérmenes de odio.

Allí estaban aquellas mujeres y aquellos hombres jadeando al igual de hostigadas reses, rechupándose labios y carrillos para traer saliva á las bocas; dejando al sol cocer su cuerpo en la obscura pringue exudada por ellos; encorvando el espinazo para dimitir la actitud humana y adquirir la actitud bestial; trabajando en silencio, sin cantos alegradores del trabajo, sin risas, sin palabras, sin otro acompañamiento que el «ras» seco de la hoz cortando las espigas que caían á un lado y otro de los surcos como trasquilada cabellera de una Ceres gigante.

Allí estaban alineados, pasivos, ganando un puñadillo de cuartos negros y un menudrugo de pan más negro que los cuartos; allí estaban desde el amanecer, moviendo sus músculos con uniforme movimiento de máquina; infelices víctimas de dos verdugos in-

placables, el sol que los consumía desde el cielo y el egoísmo social que los estrujaba en la tierra.

Allí estaban, en aquel asfixiante día de Junio, trabajando ellos solos, mientras la Naturaleza entera se entregaba al reposo, desde las bestias replegadas en sus guaridas, hasta el aire replegado en sí mismo; desde las aves dormidas tras los imperceptibles sombreros del surco, hasta las nubes perapetadas tras el abanico colosal de los montes. ¡Y ellos eran hombres!...

¡Pobres hombres! ¡Pobres mujeres!... Venían de muy lejos, prefiriendo morir de asfixia á morir de hambre; para lograr su triste propósito trabajaban de sol á sol, con pasividad uniforme de máquina, esgrimiendo sus hoces, chorreando sudor, respirando polvo caliente, silenciosos, encorvados, sin cantares, sin palabras, sin risas, esperando acaso con mesiánica mansedumbre la llegada de un redentor que les hiciera libres...

Doce campanadas lentas, muy lentas, como si la iglesia del pueblo tuviese gusto en prolongar el martirio de los segadores, llegaron á la extensa planicie. Los segadores soltaron las hoces de golpe y de golpe se pusieron también en pie. ¡Las doce! ¡A comer!... gritó una voz enronquecida por el cansancio;

y, todos juntos, hombres y mujeres, emprendieron la marcha hacia la casuca inmediata.

Dije todos y dije mal. No fueron todos juntos.

Como distraídos, haciéndose los remolones, retrasáronse una moza y un mozo. Los dos eran fuertes, sanos, robustos. La moza tendría quince años, el mozo veinte. Ella con el sombrero echado hacia atrás, las negras crenchas del pelo apelotonadas sobre la frente y las mejillas, encendido el rostro, dilatadas las narices, entreabierto la boca, y desabrochado el corpiño, que descubría el nacimiento del seno cubierto de sudor, sonreía al mozo. Él, sudando también con sudor que trascendía á fuerza y á fecundidad, dilatado el pecho á impulsos de su respiración varónil, y embellecida la churretosa cara por el deseo y por el cariño avanzó hacia la moza.

¡Seis horas sin hablarnos!... —gritó el mozo.— ¡Ya era hora!... Es mucho aguardar «pa» un querer como el nuestro. ¡Ven «pa» acá, Manuela!

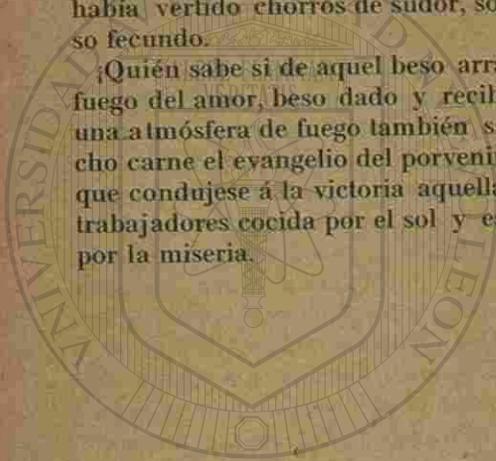
Y tendió á la joven sus dos brazos abiertos.

¡Tienes razón, Manuel!—respondió la muchacha, dejándose caer en los brazos del hombre.— ¡Ya era hora!

Y en aquella planicie donde el sol, pareci-

do á una inmensa hoguera, vaciaba chorros de luz y el inicuo trabajo de la servidumbre había vertido chorros de sudor, sonó un beso fecundo.

¡Quién sabe si de aquel beso arrancado al fuego del amor, beso dado y recibido entre una atmósfera de fuego también saldría hecho carne el evangelio del porvenir, el Cristo que condujese á la victoria aquella raza de trabajadores cocida por el sol y esclavizada por la miseria.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

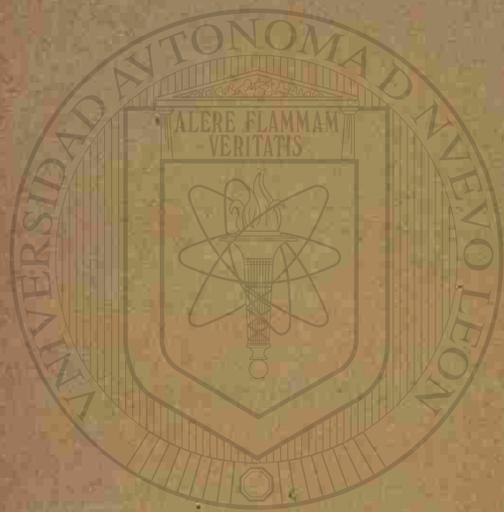
"ALFUNSO REYES"

Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

Nidos huérfanos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



### Nidos huérfanos

En la rama más baja del árbol, apoyándose contra hojas verdes que se entreabren para recibir los besos de la primavera, se descubre un nido. Plumas, espartos, hiervas secas, rebujos de lana, componen aquel hogar de aves, á un mismo tiempo lecho nupcial y cuna, donde reposan media docena de huevecillos faltos del materno calor.

Al pie del árbol, caído boca arriba, con las alas abiertas y el pico salpicado de sangre, hay un pájaro, tal vez la hembra, muerto de un tiro. Su compañero, el que poco tiempo antes repartía con él los goces del amor y las delicias de la paternidad, revoloteaba en-

tonces en torno de las ramas, piando dolorosamente.

Hombres y mujeres, chiquillos y chicuelas pasaban delante de aquel drama sin atenderlo, sin tener una frase de lástima para el infeliz pajarillo asesinado al pie de su casa, sin dirigir una mirada de compasión al otro pajarillo, al viudo, que suspiraba con melódicos trinos la muerte de su hembra.

Después de todo, ¿por qué había de importarle y de conmoverles aquello? Cada uno iba á lo suyo. Los viejos y las viejas á pasear entre flores sus almas apergaminadas donde brotaban los recuerdos al contacto del sol, como brotan los caracteres, escritos con tinta simpática al contacto del fuego; las parejas jóvenes, á hablarse tiernamente con los labios, á besarse millones de veces con los ojos; los chiquillos á respirar luz, á beber oxígeno, á hacer de su alegre inocencia una música de risotadas y del porvenir un juguete; los gastrónomos, á proclamar congesivamente el triunfo de la gula; los enamorados, el apetito brutal de la pasión; los desengaños, el encogimiento de hombros y de sus almas; los llenos de esperanza, el alegre latir de sus corazones contra el pecho, y el cándido relampaguear de la inexperiencia en sus ojos.

¿A qué iban á fijarse en el nido huérfano, en el pájaro asesinado y en el cantor viudo? El viaje humano en esta tierra es largo y penoso. Apenas si cada caminante tiene tiempo de mirar por sí. El que procura por los demás anda expuesto á que los mismos por quienes procura le estropeen de un empujón.

Yo estaba solo y triste, triste probablemente porque estaba solo ó porque mis nervios, al relacionarse con el ambiente, habían dado en vibrar con tristeza. Acaso, y sin acaso, tristezas y alegrías son cuestión de nervios; tal vez un poco de bromuro bien administrado podría matar muchas que hemos decidido llamar penas incurables del alma.

En fin, yo estaba solo y triste.

Indudablemente, por eso me fijé en el cuadro que ofrecían el pájaro muerto y el vivo, y los huevecillos que se recostaban contra el nido faltos de calor.

Un tiro disparado al azar fué suficiente á destruir toda una ventura presente; todo un porvenir oculto en media docena de huevecillos.

La madre muerta no volvería á calentar con el amoroso fuego de su sangre la misteriosa formación de sus hijos; el padre, falto de hembra, dejaría de píar tristemente en torno del nido, para abandonarlo, y abrir las

alas y buscar por los espacios azules, por las verdes ramas, acariciadas por los aires primaverales, otra compañera y otro nido.

Yo pensaba esto, y pensaba por una, no diré angustiada pero sí pérfida relación de ideas, en un nido humano, formado, como los pájaros forman el suyo, sin previa bendición sacerdotal, sin banquete cursivamente prolongador de venturas largo tiempo esperadas.

¡Pobre nido, que una mujer y un hombre formaron con cuatro sillas, un lecho humilde, tibios rayos de sol que entraban por la cristalería de una reja, y cálidos rayos de amor que salían del corazón de ella para filtrarse en el corazón de él, y del corazón de él para entrar en el de ella!

Duraste poco. La hembra murió, aunque todavía sigue andando viva por el mundo; murió para el macho, de un tiro que las traiciones de ella dispararon sobre ella misma, trocándola, de imagen noble, pura y leal, en algo peor que un cadáver, en una mujer como otra cualquiera, por la pérdida de la cual ni dolor podía sentirse.

Murió al pie del nido donde se cobijaron como huevecillos hermanos caricias y promesas, esperanzas y juramentos. Murió al pie del nido; murió, perdiéndose en el recodo de una calle, dejando el recuerdo de la ven-

tura deshecha, caído con ella en los rincones de humilde cuartito y los sueños del porvenir faltos del calor que ella les prestaba y ella ayudaba á conservar.

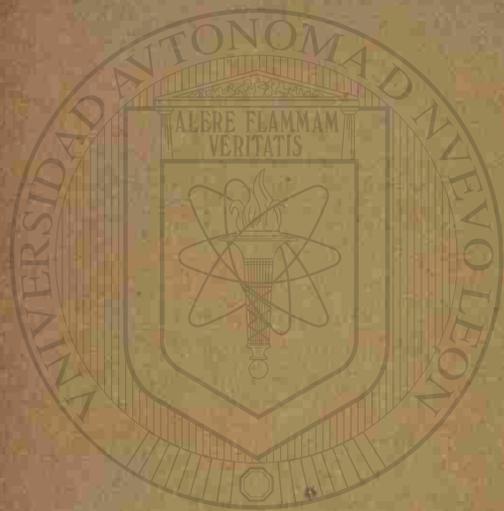
Murió; y el nido fué deshaciéndose poco á poco, como cuerpo falto de vida que se pudre, mientras el macho pasaba y repasaba frente á él, llorando hacia adentro, sin lágrimas visibles, por la hembra muerta para él y todavía viva para el mundo.

Nido deshecho el que yo ví en el campo; nido deshecho el que construyeron en la ciudad una mujer y un hombre. ¿Quién puede fijarse en vosotros y en el drama que vosotros representáis?

Nadie. Y hacen bien todos en no fijarse.

¿Por qué han de hacerlo ellos, si el pájaro vivo abandonará á la hembra muerta y á los huevecillos nonnatos, para buscar nueva compañera? ¿Por qué han de recordaros los otros, si dentro de poco él tampoco os recordará?

A imagen suya, el hombre y la mujer, muertos uno para otro, labrarán nuevos nidos para satisfacer el ansia inagotable que sienten en la Naturaleza los seres todos por reproducirse y amar.



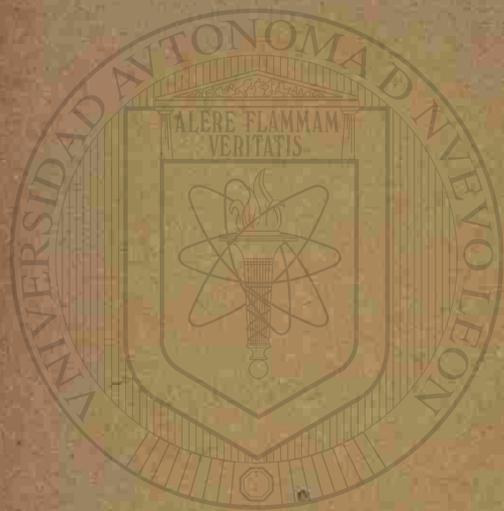
UANL

La cruz de Gayarre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN



### La cruz de Gayarre

Caía la tarde. Los últimos rayos del sol adornaban las nubes con entonaciones hermejas; los montes iban cubriéndose de sombra; el valle de melancolía. Las tierras de sembradura mostrábanse á lo lejos, unas rojas como inmensos coágulos de sangre, otras amarillentas como gigantescos esputos de bilis; las más remotas recortaban junto á la carretera sus perfiles morenos envejecidos por el arado; las más próximas, la verde superficie de sus tallos que, á impulsos del viento de la tarde, se movían con tranquilo ir y venir de marea en bonanza; los formidables ruidos del despeñado Piedra sonaban

ocultos de los ojos por la tupida vegetación; uníanse en el viento las notas de las esquilas y los balidos del ganado con el silbar de los pastores y el píar de las aves; paseaba la luna por el horizonte como una nubecilla más, y la cruz de hierro, erguida sobre toscos pilares de granito, extendía sus brazos negros, como si quisiera bendecir la plácida muerte de la luz.

Tomé asiento en uno de los bancos que rodean la cruz, y dejé á mi espíritu bañarse en la calma augusta de aquel anochecer, y á mis ojos distraerse en la contemplación del tocado con que la Naturaleza se ataviaba para dormir...

—Estamos en la cruz de Gayarre— me dijo mi compañero de excursión.

—¿La cruz de Gayarre?...

—Así la llamamos.

—¿Por qué?

—En un crepúsculo muy semejante al que ahora presenciámos, estaba Gayarre ahí mismo, en el asiento que usted ocupa, mirando solemne con sus ojillos á medio cerrar el espectáculo que ofrecían los seres y las cosas, la superficie de la tierra y la superficie del cielo... De repente se puso en pie, avanzó algunos pasos, subió al último escalón de la cruz, apoyó su mano en la áspera base de granito, le-

vantó hacia el espacio el rostro y preludió el *Spirto gentil*... Las notas iban saliendo de su garganta como siempre, es decir, con inimitable vibración artística.

Sólo que en tal instante, frente al monasterio que esbozaba á la izquierda el majestuoso contorno de sus muros; junto á la cruz de hierro, difuminada misteriosamente por la atmósfera; buscando los últimos rayos del sol con sus ojos y arrullando el sueño de la Naturaleza con su voz, parecía Gayarre algo más que un hombre, un espíritu sobrehumano que daba cita á toda una época difunta para que al promediar la noche viniera á reunirse con él en los claustros góticos, bajo los arcos amarillentos de la iglesia en ruínas, al amparo de la bóveda que defiende, como una armadura de piedra, el legendario señorio de la sala capitular.

La voz de Gayarre resucitaba entonces las poéticas tradiciones de los siglos que fueron. Parecía que á su llamamiento sublime iban á salir de las tumbas los reyes con sus cetros, los nobles con sus mesnadas, los abades con sus pendones, los monjes con sus hábitos, todos juntos, para llegar al pie de la cruz y jurar vasallaje al cantor divino...

Calló mi compañero, y yo quedé tan calla-

do como él, dedicando con mi silencio un respetuoso recuerdo al gran artista...

Sí, seguramente: la tarde en que Gayarre cantó el *Spirto gentil* al pie de la cruz, resucitaría con las maravillas de su garganta todas las memorias poéticas y tiernas del señorío monacal.

¡Hermosas memorias, si con ellas no resucitasen otras horribles!...

Yo, pensando en las imágenes que Gayarre evocara, evocaba otras: la del siervo sujeto al terruño por los egoismos del abad; la de los villanos que éste mandaba colgar de los árboles ó exponer en cuartos por los caminos, para que purgasen el crimen horrible de haber cazado en el recinto del monasterio ó pedido al río, que por el recinto del monasterio corre, un tributo de peces que remediaran su hambre, la de la moza sujeta al capricho sensual del encogullado señor, como el mozo lo estaba al capricho guerrero. Y luego de evocar estos recuerdos medioevales, hacía correr el tiempo, desfilar los siglos, y veía á esos abades y á esos monjes empuñando la cruz para quemar sabios, pensadores, filósofos, y para ahogar con los brazos de hierro de la cruz la libertad de la conciencia y del pensamiento, las santas aspiraciones del derecho y de la justicia.

Veía todo esto; veía cómo por obra de los monasterios y fundaciones religiosas, que se extendieron por España como úlceras de piedra, fuimos perdiendo crédito, grandeza, civilización y prestigio, para convertirnos en estorbo y rémora del progreso europeo.

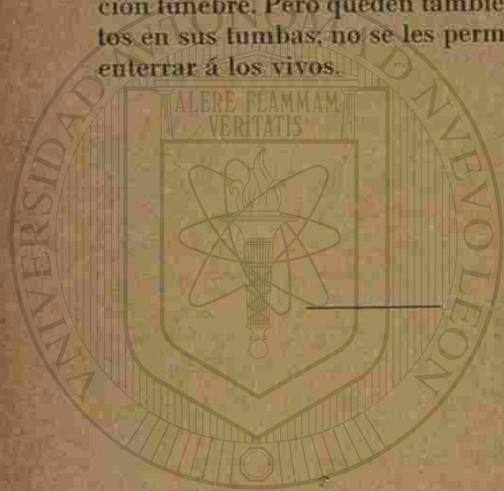
Ese era el pasado que se presentaba ante mis ojos; y tras del pasado venía el presente; este presente, en el cual se trata de volver á los tiempos antiguos, y de restablecer el dominio de las instituciones religiosas que invaden nuestra patria más y más cada vez: que si no destruyen por medio del tormento las inteligencias ya formadas, moldean á su gusto las por formar; y si no ejercen señorío de vida y muerte sobre los cuerpos, quieren ejercerlo sobre las almas y sobre las conciencias.

Eso veía yo contemplando la cruz de Gayarre, y observando desde ella, con los ojos del pensamiento, la actitud cobarde adoptada en la cuestión religiosa por los políticos españoles.

¡El pasado, la tiranía monástica!... ¡Que no vuelvan, que no acaben de volver, mejor dicho, porque su vuelta sería el toque mortuario de la nacionalidad española!...

Quede la cruz de hierro como índice de algo que fué; queden las notas lanzadas por

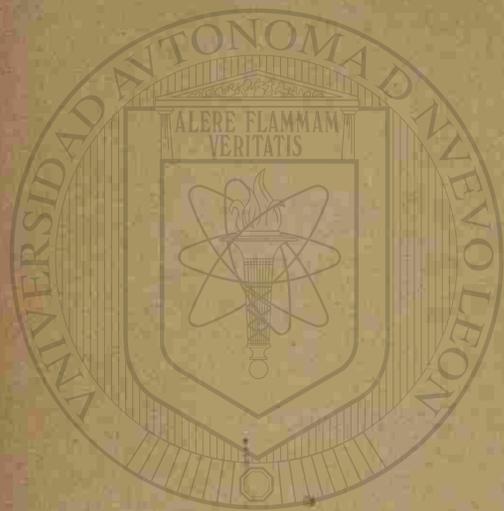
Gayarre al pie de la cruz como sublime oración fúnebre. Pero queden también los muertos en sus tumbas; no se les permita venir á enterrar á los vivos.



UANL  
Crepúsculo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES



### Crepúsculo

El árbol donde me recuesto, invadido por las melancolías que brotan del crepúsculo, es enorme. Su tronco se divide en tres brazos hercúleos, que se inclinan bruscamente hacia atrás, como si se tuviesen antipalía y les contrariara su misión de vivir juntos años y años... el centenar de años transcurrido desde que rompieron la superficie de la tierra para recibir los primeros besos del sol. De los tres brazos arrancan ramas numerosas, que convierten la encina en gigantesco pulpo pronto á envolver con sus tentáculos los arbustos que circundan la plazoleta; dos ó tres parejas de gorriones picotean los bro-

tecillos verdes, afanosos de convertirse en hojas; la atmósfera, teñida con entonaciones de un gris azulado, absorbe la luz, cuyo engendradora agoniza sobre el fondo del horizonte, convirtiendo las nubes en sanguinolentos espantos; por el boquete hecho en la caperuza de una choza, hogar de pastores, sale un penacho de humo; el aire trae á mis oídos ecos de algo que pasa muy cerca de mí sin que mis ojos puedan mirarlo: rodar de carros, tintineo de cencerros, balidos de ovejas, gritos de hombres y niños, un canto de mujer, que se desvanece poco á poco en la lejanía...

El río acompaña con la música de sus ondas en viaje el lejano cantar, y la Naturaleza toda se dispone á envolverse en la noche para dormir su sueño de hembra enamorada y fecunda.

Sueño tranquilo el suyo; placentero y feliz descanso; porque cuenta con las seguridades del amanecer.

Luego de su labor eterna y sublime, la Naturaleza se entrega descuidadamente al reposo. Está segura de que el rocío refrescará su sueño durante la noche, de que la Aurora vendrá á nutrirla y trajearla á un tiempo, con rayos de sol, con bocanadas de aire puro, para que sigan sus trabajos de engen-

dramiento imperdurable, sus tareas de nodriza inmortal.

Plantas y animales se preparan á dormir el sueño de venturas propio á quien no lleva sobre sus párpados extendidos las zozobras y los temores del mañana.

Los árboles saben de sobra que sus raíces encontrarán sustento en las entrañas de la tierra; abundante lo tienen las matas, entre los surcos del sembrado, y las aves en las campiñas, y los brutos en praderas y montes, como el río lo tiene en las partículas del aire, y los peces en el fondo del río, y el aire en la luz, y la luz en el perpétuo vibrar de sus átomos.

De ahí la confianza absoluta; la calma solemne, la serena quietud que preside al crepúsculo, á ese bostezo luminoso hecho con rayos grises donde se confunden en dulcísimo abrazo la tierra y el sol. La Naturaleza guarda en sus entrañas lo necesario para la felicidad y el mantenimiento de cada ser ó cada cosa que produce; y seres y cosas agítanse sobre ella trabajando para sí mismos y recogiendo de su propio trabajo vida, resistencia y salud.

Un rumor de pasos y de voces viene á arrancarme de estos pensamientos. Por el fondo del camino que se divisa desde la pla-

zoleta avanza un grupo de trabajadores. Vuelven del trabajo, de la ruda y servil labor que comienza en un crepúsculo y termina en el otro. Son veinte ó treinta, jóvenes y viejos, algunos niños menores de doce años: también hay entre ellos mujeres.

Avanzan con lentitud, caídas las cabezas sobre los hombros, arrastrando los pies, dejando oscilar pesadamente el brazo izquierdo, mientras sostienen con el derecho la pesada herramienta; las mujeres llevan sujetos contra las caderas renegridos capazones de esparto. Los hombres hablan ronca y pausadamente, las mujeres envuelven su charla con tonos chillones, agudos; los chicos cantan y corren con inconsciencia de pájaros que regresan al nido.

En todos los semblantes nótase el mismo cansancio; en todas las vestiduras, igual pobreza: la miseria fraterniza en aquellos rostros; el remiendo en aquellos trajes. En el cutis de los viejos, cubierto de arrugas, brilla el polvo como entre surcos; en el de los jóvenes muéstrase con líneas oscuras dibujadas por el chorreo pegajoso del sudor.

También iban los trabajadores en busca del reposo luego de ganar penosamente su mezquino salario; también avanzaban entre las nieblas del crepúsculo para restaurar con

el sueño sus músculos rendidos y esperar la llegada de un amanecer que les trajera con sus primeras luces el mandato imperioso de seguir matándose en beneficio de otros hombres; otros hombres que reposarían descuidadamente en sus lechos, mientras ellos desfloraban con sus herramientas tierras que no serían nunca suyas y las que obligaban á producir en provecho de los propietarios ociosos. También cuando llegaran á sus casas y embaulasen en sus estómagos la poco nutritiva bazofia, caerían en sus camas, en sus incómodos jergones, para dormir sueño letárgico de bestias bien explotadas y mal mantenidas; también eran nota de reposo en el concierto de la hostezante Naturaleza. Sólo que entre todas las notas que festejaban el venir de la noche, ellos constituían la nota triste, el cantar quejumbroso, formado con suspiros de angustia, con voces de miseria y anhelos instintivos de redención.

El grupo de trabajadores pasó por enfrente de mí sin mirarme siquiera. ¿Qué les importaba á ellos aquel individuo tumbado á la larga que veía con curiosos ojos su desfile?

Dos de ellos, viejo uno, el otro como de cuarenta años, se detuvieron un instante mientras sus compañeros proseguían la marcha al hogar.

—¡Que no!—dijo el viejo—se lo he pedido hasta por su madre. Como si le hubiera *cantao* jotas. «Tengo orden del almo y te marchas; desde mañana puedes buscar otro acomodo.» Eso me ha dicho; y aquí me tienes, sin trabajo, sin una peseta, con una mujer de cincuenta años que no puede moverse porque está *baldúa* y un nieto de dos que apenas sabe andar. ¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¿Qué va á ser de nosotros mañana, cuando no haya lumbre que poner en el fogón, ni puchero que poner á la lumbre...

Y continuaron su camino lamentándose el viejo, oyéndole su acompañante con ceñuda atención.

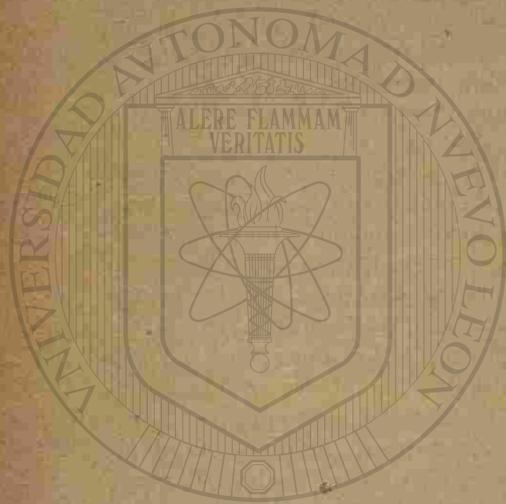
Espectáculo triste el del pobre anciano, que murmuraba sus angustias en el crepúsculo sereno y se disponía á llorar los horrores de un mañana preñados de amarguras y hambre, cuando la Naturaleza se preparaba á dormir en el silencio de la noche, sueño dulcísimo, acariciado por las promesas de una Aurora llena de oxígeno y de luz.

¿Y era la Naturaleza, la eterna engendradora de bienes, la nodriza inmortal, la madre tierna de los seres y de las cosas, quien, haciendo con los hombres excepción de bondades, se convertía en madrastra para dejar á uno de ellos, á muchos de ellos, sin pan, sin

abrigo, sin esperanzas de bienestar, mientras seres y cosas, inferiores al hombre, tenían ciertos alimento, descanso y amor?...

No; no era la Naturaleza; eran los hombres, quienes contrariando leyes sabias de aquélla, producían la miseria y el abandono de otros hombres, hermanos suyos.

Eran hombres que, cegados por el egoísmo, por la ambición y por la codicia, estaban á la Naturaleza, acaparando para uno solo inmensos terrenos que podían sustentar á muchos, corrientes de agua que la Naturaleza hizo brotar del fondo pródigo de la tierra con objeto que todos templasen en ella su sed; la injusticia social era quien, mientras árboles y plantas y animales se disponían á dormir seguros del mañana, condenaba á un pobre viejo á morir de miseria, á miles de hombres á agonizar de sed de justicia, hasta que la justicia viniese á iluminar al mundo como una Aurora color de sangre.

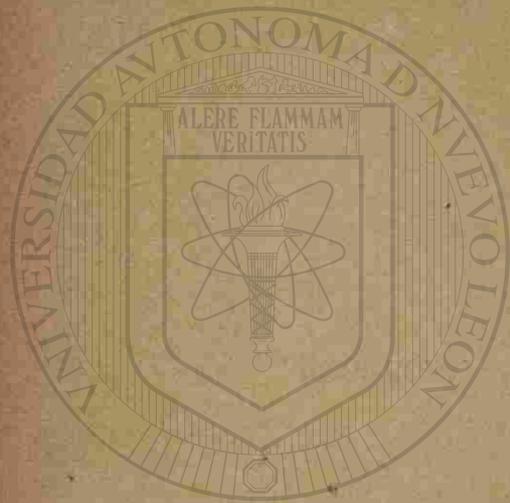


1902-1904  
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cada: 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



1902-1904

Tras una ausencia de año y pico, vuelvo á visitar el poético monasterio. Merezco la ventura de ser huésped suyo por el corto espacio de veinte horas, y—galanterías del azar—me toca dormir, ó no dormir, en la propia celda que ocupé durante mi última excursión.

¡Já! ¡já! ¡já! ¡já!—Soy yo quien ríe.

Acabo de leer sobre uno de los lienzos encuadradores de la galería que enfrenta con el valle, las siguientes iniciales, palabras y fecha.

«L. C. Amor eterno. Mayo, 1902.»

¡Amor eterno!... Conozco á la gentilísima

pareja autora de esas palabras y esas cifras. Los traté en Piedra. Eran dos locos muy simpáticos. Acaso garabatearon aquellas líneas de buena fe, sinceramente, creyendo escribir la verdad.

¡Já! ¡já! ¡já!... La noche antes de emprender este viaje, tropecé con él y con ella; sólo que *él* iba con otra *ella* y *ella* con otro *él*. Tal vez se fueran jurando amor eterno... hasta el año próximo.

¿En qué pared, en qué tronco, en qué roca grabarán las nuevas parejas su nuevo juramento? ¿A quién le tocará reírse á carcajadas de la inscripción?... ¡Vaya usted á averiguarlo!...

La mesa donde llené cientos de cuartillas, mil veces tachadas y rehechas, ocupa el mismo sitio de antes; el lintero es igual; igual el frailuno sillón que me sirve de asiento. La cama debe ser la misma. ¡Cuántos inquilinos habrán pasado por ella desde que dejé de usufructuarla! También esta idea, mezclándose á las sugeridas por la inscripción, me produce enormes ganas de reír.

¡Calla!... En otro lienzo de pared veo escritos con lápiz, veinte ó treinta renglones. Son de letra mía. ¿Versos?... ¡Ah!... Ya hago memoria. ¡Con cuántas ilusiones los compuse hace quince meses, utilizando para cuartilla la lustrosa capa de yeso!

Fué minutos antes del crepúsculo.

El valle, teñido por una luz violeta, envuelto en tenues vapores morados, se vestía poco á poco el traje de dormir. Tras el pico de una montaña comenzaba á ponerse el sol, despidiendo fulgores áureos; en las opuestas cresterías daba cabeceos la luna; los pájaros se enviaban las buenas noches con el musical de sus picos; los árboles, con el suspiro de sus brotes; las cascadas con el bramido de sus ondas. Yo escribía, escribía en la pared aquélla que el sol poniente amarilleaba con reflejos de pergamino. Por fin solté el lápiz. Lleno de orgullo leí los versos en voz alta. ¡Qué estúpidos me parecen hoy!... ¡Vaya! ¡vaya! El cortaplumas les sea leve. ¡Ojalá fuese tan fácil raspar la memoria como raspar una pared!

Mis compañeros de excursión vienen á buscarme. Dirijo una mirada á los objetos que me rodean y emprendo, luego de atravesar el claustro y bajar la monumental escalera y atravesar el portón gótico, el hermosísimo camino del valle.

Hollamos sendas alfombradas con musgos cubiertos de flores amarillas, encarnadas y azules; nos perdimos bajo las bóvedas que forman los árboles al cruzar de sus ramas, encaje verdeoso que filtra mimosamente el sol;

trepamos los escalones contruídos sobre la sierra para facilitar el goce de sus cumbres, y, al término de la ascensión, en una meseta circundada de arbustos, apareció el Piedra desmechonándose como una cabellera loca.

Seguimos su corriente, la caprichosa é indócil corriente que traza al bajar hacia el valle el que con justicia puede llamarse «Río de los muertos», porque á cada paso evoca el recuerdo de un gran poeta, de un filósofo insigne, de un pintor ilustre, de un orador extraordinario, de un dramaturgo excepcional que, cuando vivos, bordearon las orillas del Piedra, escogiendo en sus márgenes sitio adecuado á la moral estructura de sus personas.

Allí está la fuente siempre cristalina, cuyo chorro cae recto y firme contra una piedra, que con su persistencia horada; era el sitio favorito de Pi Margall. Más lejos, la ancha plazoleta llena de flores, endoselada de árboles que muestran por entre sus hojas girinos de cielo, y repujada de peñotes negros que salpican las aguas blancas; en ella escribía Campoamor sus poemas; más lejos aún, la silla de Hæes, el estudio del gran paisajista, puesto entre dos cascadas, una que cae á plomo sobre un cerco de rocas remedadoras de antros infernales, y otra que se deshace en

hebras purísimas sobre una taza hecha con petrificaciones de musgo.

Y sigue el río su camino y seguimos nosotros tras él, y sigue con él el desfile de los grandes muertos.

Al pie de un torrente que se precipita soberbio por entre rocas color de sangre, las cuales, mal seguras sobre sus cimientos, amenazan caer, aplastando en su caída árboles y personas, está el asiento de Cánovas, del hombre que aplastó con su política funesta nuestro poderío colonial; en la parte baja de la sierra, la airosa torrecilla gótica y el poético lago, vivienda inmortal de una ondina, donde Zorrilla descansaba soñando leyendas; próximo á ellos, el húmedo rincón erizado de juncos, sombreados por robustos nogales y alegrado por el rumor de una fuentecilla, frente al cual abocetaba sus cuadros Plasencia; á un centenar de pasos la enorme cortadura, la ventana abierta sobre el valle entero que sirviera de mirador á Tamayo y Ayala cuando imaginaban sus inmortales obras.

Por fin, río abajo, siempre río abajo, llegamos al punto más hermoso de Piedra, á aquel donde las aguas, acrecidas en su velocidad, se amontonan y se detienen un instante, para despeñarse después formando imponente cascada.

Esta cascada, que se precipita de cincuenta metros de altitud, cubre una gruta á cuyo pórtico remeda la roca monstruos apocalípticos, angelotes desdibujados, aves enormes, torsos gigantescos, formidables mandíbulas entreabiertas, contornos titánicos de mujeres y de hombres. En ella ruge el agua como una fiera y cantan los pájaros como querubines y se deshace en nieblas arcoiris la espuma; las flores se multiplican auxiliadas por las frescuras de la perpetua sombra, y los bandos de palomas aletean, y el cielo tiene más transparencia en su azul, y el sol refleja como un joyel de oro sobre el arranque cristalino del salto. Es el sitio de Castelar: La gruta.

Al interior de la gruta vamos empujando la minúscula puertecilla que á ella conduce.

Mejor que andar, deslízase uno entre aquella angostura, recibiendo sobre su cabeza el agua filtrada por la roca en lluvia menudísima y resbalando sus pies contra una superficie gredosa.

A los veinte pasos el boquete se ensancha; rayos de luz penetran por una reja de la bóveda; una desigual escalera, amparada con barandillas rústicas, surge frente á los ojos; y el expedicionario comienza á descender por ella describiendo semicírculos, alumbrados á veces por golpes de luz que vienen de fue-

ra, á veces por resplandores violáceos que brotan de dentro; las rasgaduras de la roca que sirven de respiraderos al sol, ofrecen visiones sorprendentes y rápidas; tan pronto es la visión una franja azul de la cual cae un rocío color lirio, como una franja verde que vomita crespones rosáceos; en ocasiones, algo así como un relámpago salido de una nube de piedra, alumbra bocetos de arquitecturas griegas hechos con estalactitas y estalagmitas; cuando el relámpago pasa y las tinieblas vuelven á dominarlo todo, esmaltándose con cien puntitos de luz, remedan estrellas errantes. Entonces se camina á tientas entre un coro de salvajes rugidos propios á gargantas de fieras que bostezan su hambre y afilan sus uñas.

¿Dónde conduce aquel camino, aquel hundimiento espirálico en las entrañas de la tierra?

El juicio se oscurece, la mente se turba; el hombre llega á creerse un condenado, que por mandato de divinidades católicas ú olímpicas baja á las cavernas de Plutón ó al infierno de Lucifer.

Y más se afirma en su creencia cuando topa con ancho ventanal que descubre un círculo de rocas negras como carbones apagados ó rojas como cuajarones de sangre, en su

centro hierven las aguas como si estuviesen plena ebullición, se ciernen mónstruos petrificados, aves de alas abiertas, garras amenazadoras y carnívoro pico, y caen torrentes espumosos que los reflejos del sol transforman en diluvio de fuego.

Aquella es la gruta, á la que se llega por una rampa que brilla como un plano de acero y resbala como un tapiz de fango.

La gruta, infierno en miniatura que con el color trágico de sus rocas, el moribundo tono verde de sus lagos inmóviles, el horrendo aspecto de los mónstruos que la piedra finge, el hervir revuelto de las aguas, el diluviar ígneo del torrente, el brotar descoyuntado y trágico de la negra vegetación, el pavor de los ecos que vienen y van remedando gritos de angustia de una pared á otra, el constante gotear del agua, el eterno rugir de la espuma y el siniestro brillo de la luz, parecería infierno real, purgatorio de tremendos pecados, palacio de la muerte que sólo muertes puede producir, si las palomas anidadas en él, alegrándolo con su vuelo y entrando y saliendo por los huecos del cortinaje que tiende la cascada sobre la inmensa cortadura, no proclamaran el triunfo del amor y la perpetuación de la vida...

Acabó el paseo. Las últimas luces del cre-

púsculo se extienden sobre claustros y celdas... Pero la melancólica semisombra dura poco. Focos eléctricos aparecen por todas partes; grupos bulliciosos llenan los claustros; de las cocinas brotan olores de festín; en la sala capitular suenan los acordes de un piano; el antiguo refectorio, austero comedor de frailes, es comedor de fonda; el claustro, pasillo donde los glotones se atropellan; las celdas, habitaciones para familias de ambos sexos...

No; no es el de ahora el poético monasterio que visité por Abril hizo un año. Entonces únicamente lo vivían dos ó tres parejas solitarias y amantes que se esquivaban al divisarse en los claustros desiertos... Entonces el valle era Paraíso recién violado; las celdas eran nidos de amor...



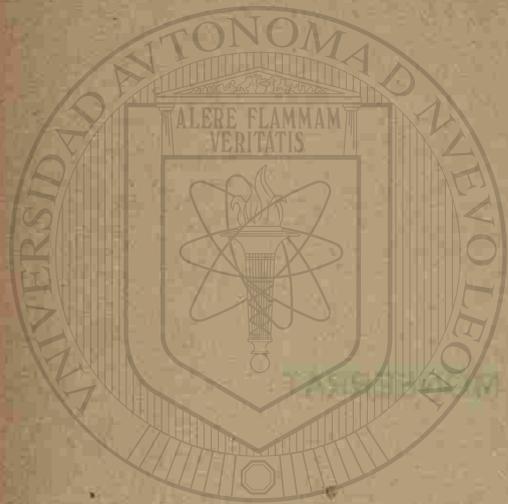
UANL

MONSERRAT

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





U A N L  
Camido del monte

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



### Camino del monte

La primera impresión en mí producida por Monserrat, fué profundamente desagradable.

Aquellos picos grises, en su mayor parte redondos, y semejantes, por su configuración, á monstruosas calaveras humanas; aquellas vertientes plumizas, donde la vegetación parece mohó y las amarillentas desconchaduras coágulos de sangre anémica; aquellos derrumbaderos, no alegados por el caer bullicioso del agua; aquella estrambótica arquitectura con que Naturaleza se ha compla-

cido en dotar al gigante, para hacerlo adorno de teatro, montaña de cartón por torpes manos construída, causan, si se contempla Monserrat desde lejos, un efecto sencillamente desastroso.

Pero cuando se llega al pie; cuando se alzan los ojos y se contempla el desplome bárbaro de la piedra, que cae desde el remate hasta los cimientos de la montaña como rígido é impenetrable cortinón gris; cuando lo que la distancia hace mohoso negruzco, extendido sobre las rocas, vuélvese espléndida vegetación, donde las ramas se entrelazan para brindar nido á los pájaros que las alegran con sus cantos, y las flores se abren ofreciendo alimento al insecto que las acaricia; cuando por las formidables cortaduras se descubren abismos que producen vértigos suicidas y paisajes contorneados á golpe de hacha; cuando las rocas, heridas por el sol, remedan pulimentos de acero, las amarillas desconchaduras láminas de oro, y los picos redondos yelmos de combatiente homérico, y las cañadas ríos de esmeralda, y los senderos arroyos de plomo, y el cielo azul mar invertido que, por respeto cariñoso, no se atreve á inundar la montaña, varía el espectáculo en absoluto; truécase la visión, de desagradable, en sublime; la montaña se va

apoderando de uno poco á poco, dominándole, esclavizándole, obligándole á reconocer su belleza hercúlica y su salvaje majestad.

Y es que Monserrat, el monte favorito de los catalanes, guarda grandes analogías con sus paisanos hombres. El hijo de piedra, amasado por la Naturaleza catalana, es igual á los hijos de carne que la Naturaleza catalana produce. La montaña, antipática á primera vista, se torna en simpática y admirable cuando se la penetra y recorre; también los catalanes son al primer golpe de vista desagradable y antipáticos: precisa tratarlos, estudiarlos, conocerlos á fondo, para hacer justicia á su carácter, por méritos del cual ha llegado Cataluña á merecer puesto de honor entre las regiones españolas.

Cuando se le admira de cerca, Monserrat es algo así como un templo enorme, construído por artífices sobrehumanos, para venerar al Dios tronco, de quien cada religión ha tomado el suyo: la Naturaleza inmortal. Tal vez por eso compendianse en él las diversas arquitecturas con que las múltiples religiones humanas han vestido el domicilio terrestre de sus dioses.

Pagoda india semejan los redondos y panzudos peñascos que coronan las alturas de

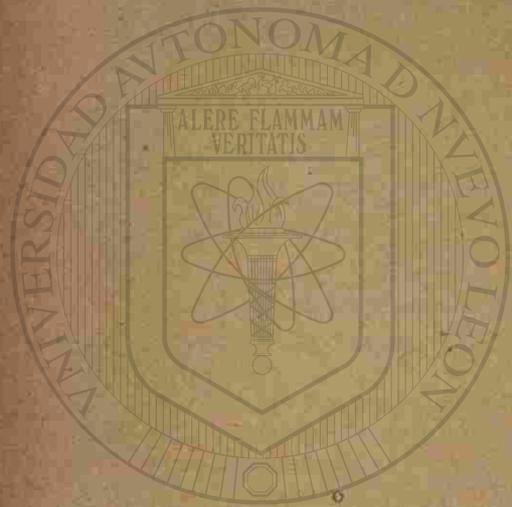
San Jerónimo y de San Juan; columnas griegas, los airosos cilindros que se dirigen hacia la cúspide de la montaña, empenachados de verdura; idolatrorio mejicano, las amarillas rocas, dibujadas extrañamente por el lápiz del rayo; esfinges monstruosas, los peñascos que de las vertientes sobresalen, ostentando jeroglíficos indescifrables que la lluvia escribió sobre ellos: recinto y ara de sacrificios espantosos, las terribles moles cuadradas, á cuyos extremos álzanse arbustos puntiaguados, por cuyos troncos suben lianas que se retuercen como serpientes para formar cobertizos siniestros; góticas y caladas agujas, los picachos que se levantan á la parte del Bruch; inconcluída mezquita árabe, las curvadas líneas de piedra que avanzan sobre los abismos; santuario románico, el que se descubre á Poniente, describiendo un arco purísimo, por cuyo hueco asoma el sol antes de ocultarse como una hostia de lumbre... Todas las arquitecturas religiosas se confunden en el soberbio templo construído por la Naturaleza, para rendirle pleito homenaje, para saludarla como único y absoluto señor...

Emprendimos la subida hacia Monserrat por la parte de Collbató entre el acompasado caminar de los burros, la ininteligible charla de los guías y las rudas caricias del viento,

que remedaba sonos de bocina al encauzarse por las callejas de granito. El sendero es agrio, retorcido y sinuoso como el rastro de una culebra; asciende á la cumbre en forma de espiral, y cada una de sus rápidas é incontables revueltas ofrece á los ojos maravillosos espectáculos.

Tan pronto tropiezan aquéllos con ancha plazoleta, alfombrada de flores azules, rojas y amarillas, lecho perfumado que promete al viadante tranquilidad para su sueño y descanso para su fatiga, como con terrible cortadura, abierta de par en par á modo de ciclópea tumba, desde cuyo fondo extiende la muerte sus brazos; ya se cansa la vista persiguiendo alturas, cuyo fin tropieza en el cielo, ya sondando abismos, por donde los pedruscos ruedan produciendo ecos sordos, cada vez más apagados y cada vez más tristes; unas veces tienen que emplearse los brazos en apartar ramas que cierran, en su afán de enlazarse, el camino; otras hay que dejarlos caer para que no tropiecen contra las salientes de graníticas angosturas, donde el hombre, mejor que andar, ha de deslizarse con aplastamiento de reptil; cuando más seguro está uno de seguir cuesta arriba, tropiézase con una cuesta abajo; cuando imagina que ha de seguir en línea recta, da de





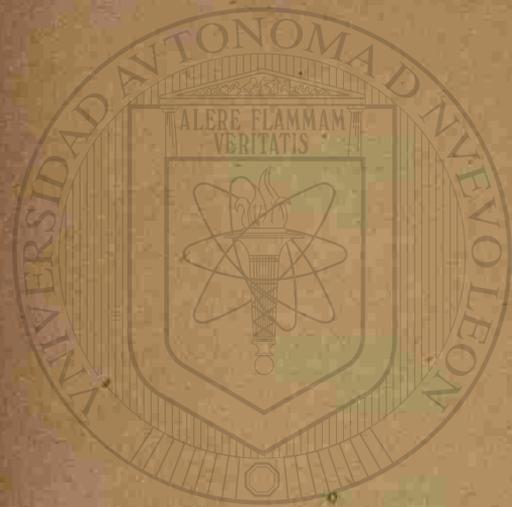
UANL

El Monasterio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES



### El Monasterio

Envié un «Hasta luego!» á mi cristiana cabalgadura, que sin tomarse la molestia de responder, se puso á ruidar los hierbajos que en rededor suyo crecían; bebí un trago de agua y aguardiente en la cantina, puesta junto á una fuentecilla rodeada de árboles, y tomé la rampa que á la plaza del monasterio conduce.

Las puertas de los aposentos, edificados por los dominicos para ofrecer lecho y descanso á excursionistas y creyentes, vomitaban cientos y cientos de personas, las cuales, al llegar al centro de la plaza, formaban grupos y tomaban varias direcciones, como río

que, obligado á saltar entre peñas, se divide en múltiples brazos y discurre alegremente por cauces de ocasión.

Seguían unos el camino de San Jerónimo, perdiéndose por estrechas calles de verdura; otros, la pendiente que lleva á los calvos picos de San Juan: éstos se dirigían á la cueva donde Garín arrastró, para satisfacer sus apetitos de bestia en celo, á la virginal y hermosa criatura que la leyenda nos describe; aquéllos pasaban frente á la ermita, próxima al monasterio, buscando los miradores, los peligrosos balcones de hierro suspendidos sobre dos abismos, que causan horror por su altura y encanto por el panorama que descubren; quiénes echaban monte abajo para saludar la gruta de la Virgen y recrearse en la contemplación de los grupos escultóricos que distraen las fatigas del viaje; cuáles bordeaban la montaña, buscando sombras y hoquedades, lechos de hierba, pabellones de ramas, útiles á la reflexión y al amor; algunos se detenían frente al bazar católico inmediato á la iglesia, y mercaban estampas, rosarios, alfileres, sortijas, lentes de hueso, medallas de oro y plata, en todos los cuales se ostenta la imagen de la Virgen de Monserrat, del reclamo celeste, que multiplica los compradores; muchos de éstos entraban en la iglesia (que

así fuese artística como lujosa) encaminándose después hacia el camarín de la Madre de Dios, para rozar con su manto los objetos mercados, y depositar una limosna en la bandeja que se alza, como una casilla de consumos, á la entrada del místico oratorio; los menos rezaban breves segundos; los más volvían á la plaza, aumentando con su presencia el trajín, el vocerío y el estruendo de aquella feria permanente.

El espectáculo que presenta la plaza es único; no se parece á ninguno de los hasta ahora presenciados por mí.

Obreros endomingados, limpios, satisfechos de soltar, un día siquiera, el pesado é ignominioso yugo del trabajo servil, forman corros felices, ostentando ellos la blusa azul, la gorra de seda, el obscuro pantalón y la blanca alpargata; vistiendo ellas curioso traje de percal, esmaltando su pelo con manojos de flores silvestres, recogidas en sus ascensiones por el monte, y charlando unos y otras con charla bulliciosa y alegre; aficionados de la fotografía asaltan los senderos, aparato en ristre, disponiéndose á fusilar rocas, hombres, bestias y frailes; parejas matrimoniales, más ó menos auténticas, se apartan de la multitud á fin de colonear lugares desiertos; señoritas y señoritos prolongan casorios,

aprovechando las revueltas del monte para darse un apretón de manos ó un beso furtivo; excursionistas extranjeros, que apenas si hablan castellano, vuélvense locos para que les entiendan los que sólo entienden catalán; los payeses-guías dormitan á la sombra de los arbustos; gran parte de la gente se abre en dos hileras con objeto de presenciar el desfile de una música de seminaristas, la cual musiquita presidida por un clérigo, sube al espacio sonando á insoportable murga; los comedores de la fonda muestran por sus ventanas entreabiertas los rostros de los comensales enrojecidos por la gula; en el despacho de aposentos, un dominico reparte llaves de habitaciones, que resultarían gratuitas si un cepillo, puesto en el sitio más visible de aquella oficina, no solicitase, en concepto de limosna, lo que en clase de estipendio rechaza; los mozos van y vienen con sábanas, toallas, palanganas y cubos... Todo se mueve, todo oscila, todo zumba en rededor del monasterio como interminable colmena, que en lugar de mieles lleva hasta el pesetas, duros y billetes de Banco.

Porque allí todos pagan y todos contribuyen al sostenimiento del culto... y del clero. Todos son tributarios del monasterio: los que le visitan y los que le sirven; el fondista

que arrienda el derecho á dar de comer á los fieles; los hosteleros de San Juan y de San Jerónimo; los payeses conductores de las caballerías; los que venden bastones y los que venden aguardiente; los que trafican en imágenes y los que trafican en comestibles; los que expenden láminas santas y los que expenden productos de la Tabacalera. Los viajeros dan al convento sus limosnas, el bosque su leña, el monte su caza, los árboles sus frutos y la atmósfera sus efluvios de energía y salud. Todos son allí contribuyentes; todos pagan algo al convento. El convento no paga, en cambio, nada. Disfruta gratis, sin partírlas con el Erario, los rendimientos que la enorme finca produce, y es en ella señor absoluto.

No es que trate yo de pedir al Estado que administre por su cuenta el productivo recreo de Monserrat, ó que lo arriende á una Compañía explotadora que pagaría por ello alquileres monstruosos; no. Sigán los dominicos administrando el monte. Convento más ó menos, poco significa en este hormiguero de cogullas que se llama España.

Sigán los dominicos administrando Monserrat. Mientras sus colegas de todas órdenes administran y rigen, como ellos, otros señores y otras conciencias, sigan ellos al frente

de la hermosa montaña. Pero, aún así y todo, bueno fuera que en nuestra patria, donde agricultores, industriales, comerciantes y propietarios civiles pagan fuertes contribuciones por ejercer su profesión; donde los pobres, los que nada poseen, satisfacen el odioso impuesto de consumos y cubren solos la terrible contribución de sangre, estos apreciables religiosos, que ni pagan consumos, ni tienen obligación de ser soldados, pagasen por todos los oficios que ejercen en Monserat como fondistas, como cafeteros, como comerciantes, como traficantes en carbón, como panaderos, como almacenistas de liebres y como alquiladores de habitaciones para parejas de ambos sexos...

Así pensaba yo, confundiéndome con la multitud y recorriendo con ella el camino que á la gruta de la Virgen conduce y el ferrocarril de cremallera bordea, afianzándose con sus garras de acero á la audaz y vertiginosa pendiente de la línea; deteniéndome ante la cueva de Garín, del asceta-fauno, á quien los exceso de castidad llevaron á cometer excesos de bruto; asomándome á los miradores de hierro para saturar mis ojos con las indescriptibles bellezas que les ofrecían las riberas fértiles, por las cuales arrastra el Llobregat la líquida plata de sus ondas;

alzándolos más tarde hacia los picachos grises, cabezotas inmensas coronadas de hiedra, que desafían el cielo cara á cara; y poniéndolos al cabo en el espacio infinito y azul donde brillaba el sol, fecundando con caricias de fuego la granítica matriz de la montaña tendida á sus pies.



U A N L

Entre dos cielos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES



### Entre dos cielos

Fué un día poético de San Juan... Estábamos en los picachos de Monserrat que llevan este nombre, á esa hora que junta la noche con el día, cuando comienza el cielo á sentir la anemia de la luz, y la estrella de la tarde se despide del sol, que tiñe las nubes de rojo y las transforma en esputos sangui-  
nolentos de titán próximo á morir.

¡Noche de San Juan!... Noche pagana, que, por serlo, resultas divinamente hermosa, ¡qué comunión de amor y alegría estableces entre todos los hombres, haciéndoles saludarse de un extremo al otro del mundo con el resplandor humoso de tus hogueras!...

¡Noche de San Juan!... Desde los picos que se denominan como el patrón católico, heredero de la deidad mitológica que te presidió antiguamente, evocaba yo los preparativos de tu fiesta: el ir y venir de los mozos y mozas del campo amontonando ramajes en las eras, en las puertas de los caseríos, en los cortijos, en las masías y majadas; el de los que habitan las ciudades, haciendo lo mismo en calles y plazuelas, y el de quienes del mar se nutren, verificándolo sobre las puntiagudas rocas y sobre las playas que las olas acarician con su aliento vivificante y húmedo.

Veíalos arremolinarse junto á los montones de combustible, prontos á arder, y removerlos impacientes, aguardando la definitiva ausencia del sol, para darles fuego, para bailar en torno de las brasas, entonando cantares; para salvarlas con saltos locos, entre gritos de júbilo y carjadas de placer. Eso veía yo, como veía á los ancianos, á los que por despotismos de la edad están sujetos á pasivo existir, contemplando desde las sillas, desde los bancos, desde asientos de césped ó cojines de piedra, el bullicioso pajarear de la gente joven y aguardando también como ella el instante en que, al toque de oración, buscasen las teas los irregulares edificios de leña y paja, y las convirtieran en un

ejército de hogueras capaces de ahogar al espacio con sus brazos calcinadores y producir espanto á la noche con el resplandor de sus llamas y el crujir de sus chispas.

Sobre el picacho de San Juan habían hacinado los habitantes de la hostería ramas secas, matas de tomillo y romero; también ellos esperaban el toque de oración para celebrar su fiesta nocturna.

¿Qué sitio más á propósito — dije á mis compañeros — que esta elevadísima cumbre para presenciar, para ver en toda su belleza, el espectáculo que la noche de San Juan va á ofrecernos?...

El día acaba de desaparecer. Un resplandor lechoso se extendió momentáneamente por el cielo, prólogo tristísimo de la vecina obscuridad; los astros brillaron con fulgor indeciso; la tierra se desvaneció entre una bruma gris. Monserrat tomó las apariencias de un fantasma negro... Un silencio absoluto, no turbado por el más insignificante rumor, envolvía á la soñolienta Naturaleza...

Aquel silencio turbóse de pronto... Las campanas del monasterio sonaron con melancólica lentitud... Cerca de nosotros pasó una sombra agitando un tizón ardiente... Escuchóse algo como un quejido doloroso: eran las ramas crugiendo al contacto del fuego resistién-

dose á arder... Una columna de humo, ténue al principio, densa y sofocante muy pronto, elevóse al espacio; por entre aquella columna de humo saltaron, primero, cinco ó seis chispas rojas; luego apareció un hilo de lumbre; por fin, un torrente de llamas. La hoguera de nuestro observatorio estaba encendida... Era la primera, un heraldo bermejo que anunciaba á la antigua patria aragonesa desde el formidable peñasco, la noche de San Juan.

Como si sólo aguardasen aquella señal para hacer su presentación, comenzaron á brillar en todo el extenso horizonte puntos luminosos. Primeramente aparecieron en distintos puntos del Monserrat; á seguida festonearon la llanura; brillaron después en los montes próximos; más tarde, en los lejanos... en todas partes á la vez.

Eran como faros inmóviles, señalando pueblos y montañas, eminencias y llanos, campos y ríos, inaccesibles cumbres tapizadas de nieve, vergeles interminables cubiertos de verdura, los comienzos del mar, los remates del Pirineo... toda la espléndida tierra franca, aragonesa y catalana, convertida por aquel ejército de luces en cielo nuevo, en semental de estrellas aún no clasificadas por los astrónomos.

Un cielo, sí, un cielo parecía entonces la tierra, vista desde las alturas de San Juan; un cielo tachonado de luminares que se ostentaban puros, resplandecientes, sin mancha alguna, con limpidez igual á la de los astros que resplandecían arriba, en el cielo de siempre.

Pocas veces he sentido impresión más honda que la sentida entonces cuando contemplé, desde mi observatorio los dos espectáculos: el de la tierra y el del cielo; no, dije mal, el de los dos cielos, que se ofrecían á mis ojos.

Dos cielos en su competencia de puntos brilladores y de impenetrables negruras. En el de arriba parecían las nubes montañas y las estrellas sobre aquellas nubes erguidas faros guadores del caminante entre el oleaje de sombras que salpicaba lo infinito; las nebulosas, culebreando por el espacio con sus lechosos resplandores, aparentaban ríos prisioneros de sus cauces que los conducían al mar. En el de abajo remedaban las montañas nubes, las hogueras sobre las montañas encendidas estrellas anunciadoras de otros mundos y de otros seres, la llanura en tinieblas nocturnas superficie celeste, el mar confuso girón de niebla agitado en el espacio por el viento y el Llobregat, próximo á

nosotros, y los arroyos que en Llobregat vierten sus aguas, nebulosas perdidas en una bóveda sin límites. Los ojos, turbados por la analogía de estos paisajes no acertaban á comprender donde empezaba el uno y donde concluía el otro; una estrella brillando al término del horizonte, confundía sus reflejos con los de una hoguera que los caprichos de la distancia colocaron al lado suyo y la imaginación, siempre fácil para forjar alhagüenas mentiras, terminaba por crear cielo tan permanente y sublime como el cielo de siempre, el cielo de ocasión en que había convertido la tierra la hermosa noche de San Juan.

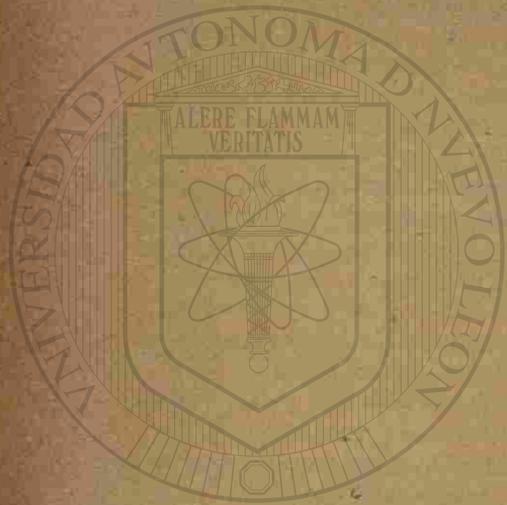
Si no cabía duda, dos cielos eran; de no ser dos cielos resultaría forzoso declarar á la atmósfera espejo interminable, donde se contemplaba vanidosamente el infinito.

¡Dos cielos! Dos cielos, entre los cuales flotaba Monserrat como atrevido bajel, ansioso de explorarlos.

No es para descrita, para contemplada es la escena tal como la ví yo cuando todas las hogueras ardían á un tiempo y todos los astros fulguraban á un tiempo también en prodigioso torneo de llamas.

La lucha fué breve; los alardes orgullosos de la tierra quedaron vencidos. Algunas ho-

gueras empezaron á apagarse... Luego comenzó el extingüimiento total, que fué verificándose poco á poco, con lentitud siniestra, como una dolorosa agonía: las cumbres tapizadas de nieve desaparecieron en la sombra; los campos cubiertos de verdura, se ocultaron entre tinieblas; desvaneciéronse los reflejos del río; se disiparon uno á uno los faros naturales que alumbraban pueblos, cortijos, masías, casas de pescadores...; un velo negro se extendió por todas partes á la vez; la hoguera que iluminaba el pico de San Juan estremeciósese con una última llamarada azul y esparció sus brasas el viento; Monserrat se ocultó; la última estrella del improvisado cielo terrestre apagóse con impotente chisporroteo, y en el cielo de arriba continuaron luciendo, como arrogantes triunfadores, los astros divinos, los hijos eternos de la luz.



UANL

Malva-Rosa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

### Malva-Rosa

Acabábamos de visitar la *Gruta de la Virgen*; y, luego de internarnos por una senda que á la derecha de ella *stuerce*, seguimos monté abajo, deseosos de contemplar lo más cerca posible, el valle encantador que *Llobregat* riega con su aguas color de acero.

Extiéndese el valle como inmenso tapiz donde el río hace oficios de festón bordado con hilillos de plata. Reúnense para tejer ese tapiz y colorearlo con ricos matices, grandes extensiones de viña que prolongan hasta las faldas de la sierra el verde claro de sus pámpanos, para mezclarlo con el verde oscuro de los olivos que se escalonan y trepan mon-

te arriba como un ejército conquistador. Bordean las vides y se abren junto á los olivos manchas incultas, sobre las cuales brotan matojos negros y se yerguen pinos silvestres: los requemados maizales semejan golpes de oro, esparcidos sobre aquella alfombra pulimentada por el sol; los pueblecillos del llano calados y refruncidos almohadones que aguardan inmóviles la presencia del hada que ha de reclinarse contra ellos. El humo de las fábricas sube al espacio como tropel de lágrimas vaporizadas por el sufrimiento; lágrimas que se reúnen á las nubes para caer nuevamente en la tierra hechas lluvia fecundadora... ¡Hermoso paisaje al que sirven de marco las estribaciones del Pirineo!

Contemplándolo íbamos cuando, al volver un recodo de la salvaje ruta, ofrecióse á nuestras miradas un cuadro, tan imprevisto como encantador.

En la superficie de una meseta, adosada al monte por argamasas de granito, alzábase una, entre casa y choza, construída con piedras, barro y troncos de encina. Una ventana estrecha y una puerta tan estrecha como la ventana, eran los sólo huecos que permitían al aire deslizarse en aquella vivienda de hombres. Junto á la choza había un corral, que transformaba al firmamento en coberti-

zo. Por las paredes de este corral subía una parra, cerniendo los rayos del sol sobre el cernedor de sus hojas, salpicadas con menudísimos agraces.

Bordeaba la meseta una espantosa cortadura que se unía al resto del monte por fuerfísima trabazón de peñotes escalonados. Media docena de cabras pacían sobre los temerosos riscos. La más ágil de ellas, inclinada hacia el despeñadero, casi suspendida en el aire, nos miraba con sus ojos dulces y nos enseñaba los blanquísimos dientes, como si hiciera burla de nuestra atención y nos desafiase á escalar su inexpugnable fortaleza.

Al pie de los peñascos, según iba dándose vuelta en rededor suyo, descubriábase un huertecillo sembrado de escarolas y coles, una higuera, un macizo de claveles y un plantel rústico de malva-rosas.

Las últimas estaban en flor. Habíalas de todos colores: encarnadas, amarillas, blancas, té, rosa pálido... Sus vivas entonaciones contrastaban artísticamente con el uniforme tono verde-gris del paisaje; y, por si la belleza de tal contraste no bastara á cautivar nuestra admiración, una moza de catorce abríles, sujetando con sus manos curtidas los tallos de las malva-rosas, y abriéndolos, para que dejasen espacio libre á su deliciosa figu-

ra, aparecía por entre las flores, como otra flor, como una malva-rosa más.

¡Hechicera imagen la suya!..

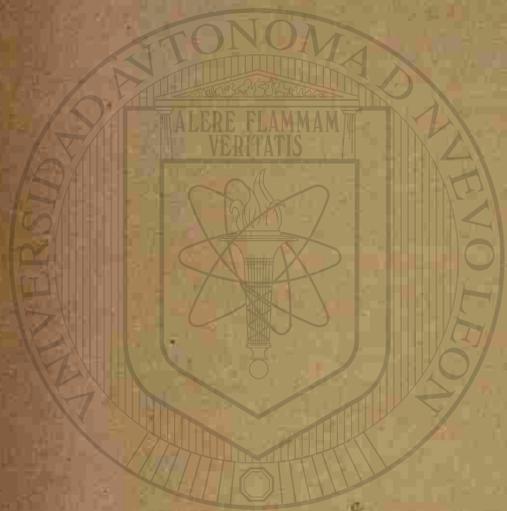
Encontrada, como la encontramos nosotros, surgida de pronto, inesperadamente, ante nuestras absortas pupilas, resultaba una criatura incalificable, un ser extraño, mezcla de mujer y de planta. Era la hija de la montaña, engendrada por ésta en su eterna boda con el sol.

Era la hija de la montaña. Y la montaña, madre vanidosa y amante, había derramado sobre su criatura todos sus espléndidos dones.

A su cutis moreno dió los tonos limpios y acerados de la piedra que la recubre; á su espesa cabellera rubia, el oro de las desechaduras heridas por el sol; á sus ojos de un verde oscuro, el color de las encinas y de las carrascas; á sus dientes blancos, los pétalos de las margaritas; á sus labios bermejos las hojas de las amapolas; á su talle la flexibilidad de las lianas; á su voz que entonaba entonces un canto de estrambótico ritmo, el eco dulce de los céfiros montaraces; á su conjunto, á su expresión, algo que resultaba, como la montaña, fuerte y hermoso, atrayente y temible á la vez.

Sí, era la hija de la montaña; la visión poética del Monserrat, la mujer flor, parida por

las salvajes germinaciones de roca; la malva-rosa humana, que reinaba despóticamente sobre sus compañeras y que se apareció un momento á nosotros, para deslumbrarnos con su hermosura, para descubrirnos la puerta de su mágico y encantado palacio, construído con capullos de madreselvas, de violetas, de claveles, de margaritas y de amapolas; la piedra, hecha carne por la potencia vivificadora del sol; la criatura del granito que tuvo el capricho de mostrarse breves segundos á los hombres, para perderse después como una niebla, como un fantasma, como un sueño, entre los espesos matorrales que se erizan sobre el abismo....



UANL

San Jerónimo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO



### San Jerónimo

Es el punto culminante de la montaña; el cimborrio de la monstruosa catedral.

Allí ha establecido Peret, un *payés* robusto y simpático, hijo de los dueños de la fonda de Collbató, cómodo y apetitoso merendero, inquisición permanente de conejos y pollos, saludable fonda al aire libre, mirador poético que domina todas las alturas del Monserat.

A San Jerónimo dirigí mis pasos, es decir, los pasos de mi burro, que hacía competencia en mansedumbre y *burria de bien* al asno sobre cuyos lomos cabalgaba Odón de Buen, mi amigo de la infancia, el sabio catedrático de la barcelonesa Universidad.

El viento fresco y apacible de la mañana nos metía por el olfato el salvaje perfume de los campestres esencieros, que á uno y á otro lado del camino se obstentan, matizándolo con manojo de flores azules, amarillas, blancas, moradas, rojas, grises; menudas, casi imperceptibles unas, grandes las otras, humildes y sencillas éstas, aquéllas orgullosas y dobles; todas bellas, todas pleróricas de perfume y color. Odón iba clasificándolas, yo respirándolas, los burros comiéndolas y los guías contemplándolas con el indiferente aburrimiento con que deben contemplar los sultanes á las esclavas ya poseídas del harén.

El viaje á San Jerónimo es largo, duro, en ocasiones peligroso. Las cabalgaduras tantean cuidadosamente el terreno antes de pisar firme; los guías las llevan sujetas por el rabo, convirtiéndolo en freno de alarma y en timón. Hay veces en que se camina por estrechos fillos de granito, á uno de cuyos lados se alzan puntiagudas y martirizadoras salientes, mientras al otro se desploma un abismo, cuya incalculable profundidad pone espanto en los ojos y escalofríos en la médula.

Luego ensancha la vía, se hace más fácil el camino y continúa el desfile de florestas, de peñascos, de picos y derrumbaderos. Estos descubren en su fondo lechos, mejor, po-

tros de piedra, donde los troncos de los árboles se retuercen como condenados en tortura; aquéllos adquieren formas extrañas, contornos fantásticos de hombres, de bestias, de seres antes vivos, ahora petrificados por desconocida catástrofe. Tan pronto remedan un grupo de frailes, puestos en oración, como un titán, levantando con sus brazos rocas formidables para combatir á los dioses, ó una gigantesca mujer que duerme tirada contra la montaña, dando al sol sus pechos robustos y su garganta poderosa; ya semejan un figre, recogiendo sus músculos para intentar el salto asesino; ya un elefante, que eleva hacia arriba su formidable trompa, queriendo sorberse el espacio; ya un potro, que, con la grupa vuelta á Monistrol, se dispone á emprender fantástico y terrible galope por aquel hipódromo de rocas. Los peñascos parecen prontos á desplomarse sobre los viajeros: las cortaduras simulan bocas insaciables, dispuestas á engullirse toda una humanidad; las florestas, rincones, que el alma trágica de la montaña creó para satisfacer sus momentáneos idilios.

Las florestas monserrateñas son encantadoras.

Hay una, llamada «Plazuela de los Pájaros», que parece oasis, donde los ruiseñores

entonan melodías, y las hojas de los árboles se entrecruzan mimosamente y las hierbas salivean rocío y los capullos se entrebren á modo de labios preparándose al beso. De ella se sale para entrar en el «Camino de los Enamorados», senda angosta, encauzada por paredes de flores y cubierta de espesa bóveda, que el sol, más que penetrar filtra con sus rayos, los cuales adquieren, al filtrarla, pálidas entonaciones de lámpara nupcial. La senda tiene recodos incontables, como si comprendiese que á sus oficios corresponde ocultar unas parejas de otras; de trecho en trecho muestran las murallas de flores nichos de hierba, camarines vegetales; hacia ellos avanzan ramas entretejidas que oscilan, siguiendo los impulsos del viento, como puertas á medio, entornar... Al término de aquella senda se descubre una ermita, y á los pocos pasos de la ermita tropieza el caminante con el pico soberano de la montaña: con San Jerónimo.

¡Qué grandioso espectáculo!... ¡Qué inmedible extensión de horizonte dominan los ojos desde allí!... Las montañas, los valles, el mar; los bosques, guarida de fieras; los pueblos, habitaciones de hombres; picos eternamente cubiertos de nieve; llanos nunca provistos de vegetación; ríos, que, luego de

fertilizar los campos, buscan el camino del mar para contarle los esplendores de la tierra!...

Al lado izquierdo, Canigó el monte cantado por Verdaguer; en su cima flota aún el manto argentino de *Flor de Nieve*, quien por el disfrute de amores extrahumanos costara vida y honra al enamorado gentil, á la derecha: las montañas de Huesca, ciclópea mano de hielo que une á Cataluña con Aragón y á Francia con España; al frente, las estribaciones de la costa, donde se recuesta Barcelona, la ciudad engrandecida por el obrero y gozada por el patrono; abajo, á un lado y otro, arrancando de la base misma del Montserrat y extendiéndose por la llanura como polladas en escarbo, pueblos y más pueblos, de los cuales pregonan la vida columnillas de humo que se dirigen á la altura; intercalándose entre las aldeas, y describiendo ondulaciones caprichosas aparece el campo, con todos los heraldos de la existencia vegetal: pinares esbeltos, viñedos alegres, olivares sombríos, huertos verdes, trigos y maizales áureos, y, en último término, por un tajo que Llobregat penetra y salpica de espuma, descúbrese el Mediterráneo, imperceptible franja azul, á cuyo limite se alza, como un brote negruzco, la isla de Mallorca.

Este es el espectáculo que se descubre desde las alturas de San Jerónimo. Espectáculo incomparable que le hace á uno gritar: ¡Sublime! ¡Sublime!... Voz que los ecos de la montaña, claros y hibrantes allí, repiten una vez y otra y otra, como si comprendieran que la palabra SUBLIME, aun siendo tan grande, necesita decirse seis ó siete veces para dar idea de lo que es San Jerónimo.

¡Eco divino, que yo repetía mentalmente mucho tiempo después de extinguirse, mientras una pareja de enamorados lanzaba á los aires con toda la fuerza de sus pulmones las palabras ¡Amor eterno!..., palabras repetidas por los ecos, con fuerza al principio, con menos fuerza luego, con menos más tarde, hasta que últimamente se desvanecían en los abismos de la sierra, sonando á queja, á cruel y desengañado sollozo!...

Don Alvaro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



Don Alvaro

Echando á mano izquierda por el camino de San Jerónimo, topa uno con extensa planicie, donde ni crecen árboles, ni gorgean pájaros, ni brota hierba, ni se impregna el aire de perfumes. Allí solamente brotan musgos que, adhiriéndose á las rocas, las convierten en pustuleada piel de leproso. Al centro de aquella planicie se alza, solitario, hosco, amenazador, un inmenso peñasco que adopta forma de cigüeña posada en tierra, con el cuello erguido y el pico estirado hacia Oriente.

Cuando llegué al sitio de que hago referen-

cia, declinaba la tarde. Las campanas del monasterio traían á mi oído sonos de oración; el rumor lejano de la multitud inundaba el espacio con dejes de lamento; el valle, apenas alumbrado ya por el sol, parecía un paisaje inconcluso, cubierto de difuminaciones grises; los montes eran sombras en la parte baja, en la alta incendio; el astro del día agonizaba entre nubes color violeta y la ermita de San Jerónimo recortaba sobre el horizonte su ascético perfil.

La melancolía del crepúsculo, penetrando mi ser, me hizo apartar de la senda común en busca de sitios donde la tristeza y la soledad tuviesen apropiado hospedaje.

En la planicie solitaria hallé la tristeza. No pude hallar la soledad.

Media docena de franciscanos rodeaban el peñasco enorme, presenciando la más atrevida acción que mis ojos han tenido lugar de ver en este mi cortísimo viaje.

Otro fraile franciscano, que, á lo sumo, contaría veinticinco años, escalaba con destreza felina la superficie gris del peñote; el tal peñote tiene por base un abismo de setecientos metros.

Lapa gigante adherida á la roca semejaba el fraile durante su ascensión; ascensión que, los allí presentes contemplábamos con los

nervios tirantes y la carne estremecida por el miedo.

Era inconcebible temeridad la del religioso. La peña, alta como sesenta metros, pulimentada por las lluvias, resbaladiza por influencia de los brotes musgosos que la salpicaban, apenas si muestra hueco ó quebradura donde poner los pies y engarfiar las manos. Dijérase, contemplándola desde veinte varas atrás, que un tigre rompería sus uñas contra ella antes de subir á la cumbre; que un mono resbalaría, para estrellarse contra el abismo, en la mitad del viaje; que solo un águila ó un reptil, lo que se arrastra ó lo que vuela, eran potentes á coronar el bravío peñasco y extender la cabeza hacia aquella cima, abierta á pico por un hachazo geológico.

Y eso á un tiempo, reptil y águila, fué el franciscano durante su empresa. Águila, cuando el viento sacudía las faldas de su hábito extendiéndolas como olas enormes que se abrían sobre el espacio, disponiéndose á emprender el vuelo; reptil, cuando aplastándose contra el granito, empotrado el cuello en la capucha, desaparecidos manos y piés entre los pliegues del ropaje, convertíase en viscoso mónstruo, en serpiente negruzca, que rastreaba los pulimentos de la peña...

Segundo á segundo, riesgo á riesgo, iba yo siguiendo el avance del fraile. De pronto sus músculos se contrajeron. Vióse á las manos apretar el borde de la roca, á los brazos replegarse violentamente, á las piernas distenderse con hercúlea precisión para empujar el cuerpo hacia arriba... La figura del franciscano se balanceó un momento en los aires; los pies se afirmaron sobre la piedra; irguióse el cuerpo con erguimiento triunfador y un grito victorioso hizo vibrar la atmósfera.

El fraile estaba en la cúspide de la roca.

El espectáculo era hermoso y siniestro.

Aquel joven ágil, robusto, de complexión atlética, ojos negros y vivos, pronunciadas facciones y fiera actitud, recordóme en tales momentos, cuando, afirmado sobre la roca, é inclinándose hacia el abismo con los brazos abiertos, la mirada desafiadora y el hábito flotante, prorrumpía en voces ininteligibles, cuando sus compañeros le contemplaban silenciosamente y las campanas del monasterio tañían la oración y el sol se despedía de Monserrat enviándole el beso postrero de su luz, recordóme, repito, la trágica imagen de Don Alvaro, la grandiosa escena en que la víctima sublime del destino, viendo inútiles sus sacrificios y su conversión, mirando muerto á manos suyas al hermano de la mu-

jer querida y á ella muerta también en sus brazos, deja caer la inerte y adorada prenda, escala las altísimas rocas del monte, desafía desde sus cúspides al firmamento y á la tierra, á los hombres y á Dios, y se dispone á lanzarse al abismo para hundir en él su irredimible desventura...

Eso parecióme el fraile, Don Alvaro maldiciendo de todas las universales potencias, á tiempo que los frailes del convento inmediato envían á los pies del Altísimo la palabra ¡Misericordia!...

Hubo un segundo, en que, dominado por el recuerdo de la sugestiva leyenda, creía ver al fraile dar un salto gigante y arrojarse contra el abismo.

No; era que empezaba el descenso, más peligroso aun que la subida.

Cuando el joven, llegó frente á mí, le pregunté, temblando todavía de espanto, cuáles eran los móviles de su acto, por qué motivo arriesgó su existencia millares de veces en una hora.

—Muy sencillo—repuso.—Un dominico ha trepado á lo alto de esa peña. Donde llegue un dominico, llegará siempre un franciscano.

Y sonreía satisfecho. Sus compañeros sonreían satisfechos también.

Tenían razón para sonreír. Era aquello un triunfo de su colectiva vanidad; otro éxito en la lucha de rivalidades y orgullos que mantienen siempre, entre sí, las diversas órdenes monásticas, creadas para la humildad y la mansedumbre.



UANL

En las Cuevas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tenían razón para sonreír. Era aquello un triunfo de su colectiva vanidad; otro éxito en la lucha de rivalidades y orgullos que mantienen siempre, entre sí, las diversas órdenes monásticas, creadas para la humildad y la mansedumbre.

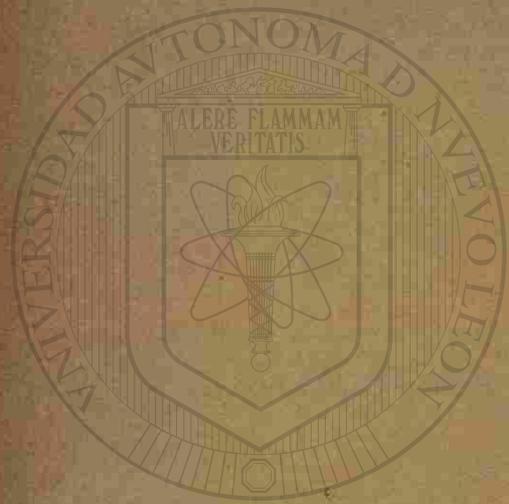


UANL

En las Cuevas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

---

### En las Cuevas

Estar de inquilino en el *hostal* de Collbató y negarse á visitar *Las cuevas*, hubiera sido darle un puñetazo á la costumbre y hacer un *desaire* á mis huéspedes, que reiteradamente me invitaban á emprender la excursión.

No comprendían ellos como yo prefería á realizarla perderme entre los espesos pinares de ningún viajero favorecidos, pasearme en los huertos y sembrados próximos, trepar por las sendas que conducen á la montaña ó internarme en las revueltas y pendientes calles del pueblo, el cual pueblo, merced á la arquitectura de sus edificios parece mahometano aduar y gracias al vestir de sus habitantes atávica tribu protegida contra la

civilización por los arrogantes picachos del Bruch.

Recuerdo que en una de mis expediciones á ese Bruch histórico apedrearon nuestra tartana. Conviene advertir que mis compañeros y yo vestíamos trajes blancos, calzábamos bota-polainas y cubríamos nuestros cráneos con gorras de amplísima visera apendizadas con cogoterías de piqué.

Debieron tomarnos por los invasores. A cuatro ó cinco damas que nos acompañaban trajeadas de colorines y sombreroes incommensurables las tomaron indudablemente—espejismos de la distancia—por los pendones del invasor ejército.

Digo esto en disculpa de los indígenas. Aún no me explico como alguno de ellos recordando las tradicionales consejas no puso en práctica, parodiándola la aventura heroica del tambor.

Preciso fué rendirse á las intancias de *Pesret*; y una mañana echamos monte arriba en busca de *Las cuevas*, cuya entrada se dibuja sobre el plano gris de una roca como gigantesca calavera donde hacen oficio de órbitas las dos oquedades que conducen á las entrañas del Monserrat.

El camino de *Las cuevas*, es pintoresco; en ocasiones arriesgado.

A sus comienzos el valle extiende su hermosura ante el viajero, como hembra fácil hacia quien basta alargar la mano para conseguirla. Los árboles parecen llamarnos con el balanceo de las ramas al fresco disfrute de sus sombras; los bosquecillos se abren como alcobas, las hierbas se tienden como lechos; el aire huele á fruta, las sendas se dibujan entre canastillos de flores...

De pronto, al revolver de una cerca, el camino cambia; se torna agrio, duro, temible.

Senderos angostos que se deslizan sobre abismos; escalones abiertos á pico en la roca; escaleras de tramos inseguros; rampas donde resbala el pie y los ojos vacilan; arriba las salientes de Monserrat remedando pillos de acero; abajo el valle ofreciéndose, no como hembra fácil, como cortesana caprichosa y cruel que ha puesto su lecho en el fondo trágico de un abismo al que es necesario lanzarse para poseerla; enfrente la calavera blanca, la entrada principal de la gruta, destacándose como un heraldo de la muerte sobre el plano gris de la roca. He aquí la segunda etapa del viaje.

Una vez arriba, se toma asiento en cualquiera de los bancos rústicos que se alzan junto á los dinteles de la cueva; descansa uno cuanto le viene en gana apurando una ga-

seosa ó media copa de aguardiente; empuja el guía una verja de hierro, baja seguido por el visitante cuatro ó seis escaleras, enciende una tea, y el curioso se tropieza con las cuevas de Collbató.

Declaro que las tales cuevas producirán á quien no haya visto otras en su vida una medianeja impresión; á quien conozca otras, se la producirá, no diré nula, pero sí insignificante, de esas impresiones que nos hacen encojer los hombros y murmurar con desencanto. ¡Bah!... No valía la pena de venir.

Aquel boquete, aquellas enormes cánulas metidas en la carne de Monserrat para estudiarle interiormente no favorece la reputación del titán. A no ser por la historia triste y heroica de un hombre que primero buscó nido en ellas para ocultarse de los franceses á quienes combatía en defensa de Fernando VII, y más tarde hizo refugio de ellas para evitar las persecuciones de Fernando VII, cuyos adoradores tuvieron la honra de fusilar por negro al inocente patriota, no tendrían las cuevas atractivos de ninguna especie.

Yo mirándolas, invocaba el recuerdo de semejantes expediciones más el espectáculo de otras cuevas visitadas por mí y á modo de mujer hermosa traída á la memoria por la vista de un mal retrato aparecíame ante

los ojos de mi imaginación las famosas cuevas del Drach, tesoro de belleza que cubre con su manto azul el mar de Mallorca.

Pocas veces he experimentado impresión tan honda como la que me produjo aquella visita.

Al salir de la cueva, la luz del sol que se hundía en el mar cubriéndolo de tintas violáceas y reverberaciones rojizas me hizo guiñar los ojos. Tenía aplastado el cerebro. La contemplación de aquella belleza desconocida, nueva absolutamente para mí, me produjo el efecto de un puñetazo en el cráneo; las ideas saltaban dentro de él dislocadas, confusas, atropellándose las unas á las otras, sucediéndose vertiginosamente, sin orden, sin disciplina, sin concierto, como un ejército que se desbanda. Un mundo de impresiones se alzaba en mi imaginación, pero un mundo no hecho aún, mundo donde todo andaba revuelto, en pleno caos.

Si alguien me hubiese preguntado entonces: «¿qué le parecen á usted las cuevas del Drach?», le hubiese respondido: «No sé.» Recuerdo que Manuel Paso, mi compañero de excursiones, me dirigió algunas palabras... yo le respondí: Déjame, no me hables; no puedo hablar; tengo el pensamiento rendido.

Así era en efecto; acababa de recibir una

violenta sacudida. La naturaleza, la hembra sublime, siempre desflorada y siempre virgen, se había entregado á mi una vez más, y yo, luego de gozarla, de hacerla mía, de sentir en toda su intensidad brutal el espasmo nervioso del deleite, experimentaba ese cansancio, esa laxitud, ese amodorramiento, ese desplome absoluto del organismo que sigue al placer de la posesión.

¡Las cuevas del Drach!... Un mundo pequeño construido en las entrañas de la tierra por una gota de agua. Mundo silencioso, sombrío, mudo, ciego; *in pace* gigantesco donde la voz humana es un insulto y la luz del guía un desacato. Mundo que vive en lenta y perpetua gestación, en crecimiento imperdurable, en labor constante, en remozamiento continuo, que tiene bosques y campos y montañas y ciudades y calles y edificios y templos, sin que á su creación haya contribuido más que un artífice, la gota de agua; gota de agua que resbala dulce y pausadamente por la superficie de la estalactita y queda suspendida de ella como una lágrima, para caer luego con ruido de beso juvenil en las aguas dormidas de aquellos lagos siempre inmóviles, faltos de luz que los colore y de viento que los sacuda.

Este mundo formidable y siniestro, her-

moso y temible, se nos entregaba de un modo fantástico. Tan pronto surgía enfrente de nosotros, iluminado por las torcidas de manganeso, que el guía quemaba sin avisar á nadie, como se ocultaba en la sombra para resurgir á los pocos segundos y volver á ocultarse después... Era la suya una visión intermitente, un paso brusco del deslumbramiento á la ceguera, un espectáculo sólo comparable al que ofrece la costa cercana vista desde las bordas del buque en una noche de tempestad, cuando se avanza entre tinieblas, sin ver nada, y un relámpago, abriendo impensadamente las nubes, nos lo muestra todo de golpe, el mar, el cielo, los montes, las llanuras, el dibujo caprichoso del caserío, el perfil granítico de las iglesias... todo, sólo que todo se borra también de golpe, todo desaparece de súbito, todo se hunde en el abismo de la noche negra, haciéndole á uno preguntar e con asombro y con miedo: «¿He visto lo que he visto, ó no?». Y una duda y vacila, y acabaría por decir, «no, no he visto nada», si el faro del puerto brillando en la obscuridad como un grito de luz, no nos dijera: «Has visto bien; esta es la costa. Aquí la tienes».

Tampoco hubiéramos creído, cuando nos envolvía la sombra, en la realidad de aquella

estupenda visión subterránea, á no brillar delante de nosotros el farol del guía como una esperanza que nos gritaba: «¡Un poco de paciencia! ¡Aguardad y veréis más, mucho más y más bello que lo que lleváis visto!»

Y veíamos más... ¡siempre más!... ¿Qué veíamos? Una maravilla ¡Trabajo portentoso el realizado por las gotas de agua en el subsuelo de nuestra vivienda común!... Esta galería era una calle inmensa, donde se alineaban edificios enormes, en cada uno de los cuales había dejado su huella y su fórmula una arquitectura religiosa distinta... Aquí un templo griego medio arruinado, con sus esbeltas columnatas, con su elegante pórtico, con su gallardo peristilo; al lado suyo, una fachada gótica, con sus ventanas ojivales, con sus arcadas severas, con su afán perpetuo de elevarse á la altura y de convertir la piedra en oración; junto á ella un trozo de idolatría mejicana, confundiendo las líneas de su dibujo semisalvaje con el de la vivienda jeroglífica de un sacerdote egipcio, á la que se unían los fragmentos colosales de una pagoda india despanzurrada. Enfrente una capilla del Renacimiento; donde estalacitas y estalacmitas se burlaban de los artistas de la época, combinándose con las más elegantes y airosas combinaciones geométricas que

imaginarse puedan; cerca un apunte de iglesia románica; más lejos el esbozo de una catedral bizantina; más lejos aún espeso bosque de arcos semicirculares, sostenidos por columnas bajas y caladas, que evocaban las mezquitas donde sueñan los árabes con su paraíso lascivo y carnal; y al término de la galería, al desembocar en ancha plazuela, aparecía la arquitectura romana, sola, con sus templos, con sus palacios, con sus acueductos, con su circo, desde cuyas gradas el pueblo reverenciaba al César, al Dios hecho carne de la religión del despotismo... Sola estaba como si el orgullo del pueblo que la dió vida, que dominó la tierra, hubiese llegado debajo de la tierra también á pedir un puesto de honor, en el que reinase como soberana única, sin rivales, ni copartícipes. Era aquello que yo veía algo así como un juicio apocalíptico de la madre naturaleza, que había llevado á la barra á todas las religiones para encerrarlas y confundirlas por sus desaciertos en una mazmorra, donde tuvieran que mirarse y combatirse los dioses cara á cara.

Las mismas arquitecturas, más en pequeño, se esbozaban entre los huecos libres de la vía monumental, formando callejas retorcidas que se perdían en la sombra. Una

ciudad entera cuyos límites se desvanecían en el fondo siniestro de negruras inexploradas.

Y tras de la ciudad el campo con sus montañas esqueletoideas y sus abismos amenazadores, con sus bosques donde todos los árboles se mezclaban constituyendo una flora loca, en cuya formación hicieron las gotas de agua el papel de sembradores borrachos, arrojando al azar y brotasen como brotasen, las simientes de todos los climas. Los pinos se enroscaban con las palmeras, las palmeras con los sauces, los sauces con los olivos, los olivos con los plátanos, las encinas con los bambúes, el roble con el sándalo, el naranjo con el ébano, el espino con el cañaverál... ¡Promiscuidad inaudita y sublime!

Al término del bosque aparecía la llanura con su espléndida vegetación. Tan pronto era ésta un grupo de estalactitas que se extendían en multitud finísima como brotes de hierbas jugosas, como un cuadro extenso de verdura, ó un campo de trigo con sus tallos flexibles y sus espigas repretadas, ó un viñedo con sus sarmientos retorcidos, ó un maizal con sus apopléticas mazorcas... Sólo que por un fenómeno rarísimo, por una nueva extravagancia de los sembradores borrachos, la vegetación estaba invertida: no bro-

taba del suelo sino del techo resquebrajado de la cueva.

La visión no terminaba aún; seguía hacia adelante variando siempre. Y cuando se perdió la ciudad en la sombra, cuando los montes desaparecieron y los bosques se achicaron en la lejanía, y las vegetaciones de los valles fueron haciéndose más raras hasta convertir la cueva en un erial... cuando creíamos que el espectáculo terminaba, cuando envueltos de repente por la obscuridad pensábamos en la vuelta, oímos la voz del guía que gritaba: ¡Atención, señores!...

La luz intensa del manganeso ofreció á nuestros ojos el espectáculo de un mar dormido, silencioso, sin olas, inmóvil, transparente, pero de una inmovilidad perfecta, de una transparencia vaporosa; mar diáfano, apenas coloreado por una ligera tinta verde, de un verde pálido, moribundo, anémico, imposible de describir. Si el color muriera y pudieran apoderarse de él las palideces de la muerte, entonces sí, entonces podrían describirse las tonalidades de este mar, diciendo que el color verde había muerto, y con las palideces de su cadáver se había teñido aquel cristal clarísimo formado en el transcurso de los siglos con gotas de agua espiritualizadas por la constancia y por el trabajo, limpias

de toda impureza, cernidas antes de caer allí por el cernedor implacable de la estalactita.

Allí, descubriéndonos su fondo con franqueza de virgen, estaba el mar del mundo que habíamos visitado: mundo al que no faltaba nada, ni habitantes siquiera, que su pacienzudo creador le había dotado de ellos, colocando en la ciudad figuras borrosas de hombres y mujeres sentados á la puerta de los edificios, plantados en medio de las calles, acostados entre las verduras de la campiña; de animales salvajes que dormían en medio del bosque, de aves desconocidas que se aferraban á las ramas de los árboles ó aparecían por entre las hojas; de insectos suspendidos sobre las espigas ó sobre las flores de los campos sembrados en la bóveda irregular de la cueva... No; nada faltaba en aquel mundo, hecho á semejanza del nuestro, sólo que todo estaba como momificado, viviendo dentro de una tumba.

Tan soberano desbordamiento de paisajes de piedra, era contemplado por nosotros ó con mudo asombro ó con frases de admiración. Y con nuestro respeto, con nuestro profundo acatamiento, con nuestra actitud reverente y humilde, formaba contraste de-

licioso el despreocupado ir y venir del guía, su charla franca, el chispeante regocijo de su alegre carácter, más alegre entonces gracias á algunas copas de rom que le habíamos hecho beber. Como Pedro por su casa andaba el *payés* mallorquín por aquellas crujías de sombra, mofándose de todo, poniendo á cada cosa un mote, tratando tú por tú á las estalactitas y á nosotros también; que en más de una ocasión dijo al más próximo: «¡Oye, aquí tú pagas y yo mando!» ó gritó al más apartado de la senda: «Ven aquí, *pijotero*, que desde aquí lo verás mejor!» Era la nota cómica en aquel drama de la naturaleza, la risa de aquellas tinieblas, el bufón de aquel palacio de la sombra, cuyas bellezas nos enseñaba con verdadero instinto de artista iluminando los sitios más notables y los lugares más hermosos, pero manoseándolos con familiaridad extrema, con la familiaridad de la costumbre. Trataba á las estalactitas y á las estalacmitas de su cueva como trata el sacristán á las imágenes de su iglesia, sin ningún respeto, pero con mucha gracia y poniéndolas en condiciones de llamar la atención de los fieles y sostener los rendimientos materiales y morales del culto.

Mientras llegaban á mis oídos las palabras del guía, como una música retozona, daba

yo vueltas en el interior de mi cerebro al espectáculo grandioso que había presenciado; y antojóseme que aquel mundo sombrío vivió en tiempos remotos la vida tumultuosa que nosotros vivimos hoy; que tuvo sus fiebres, sus entusiasmos, sus enervamientos, sus luchas, sus ambiciones, sus amores, sus odios...; que llevó al último extremo las vibraciones de su espíritu y las sacudidas de su materia...; que dominado al fin por esta última, cayó en el más asqueroso embrutecimiento y que vino un día en que toda aquella naturaleza pecó sin tasa contra los mandatos de su Dios: los hombres, las fieras, los insectos, los árboles, las plantas, las llanuras, las montañas, el mar; que habían llegado al límite del egoísmo, de la brutalidad en el desenfreno, que eran delincuentes, monstruosos, sin redención posible, y que Dios, queriendo castigar sus infamias con el más horrendo de los castigos, les privó de la luz para siempre.

Así veía yo aquel mundo, así me explicaba su actual situación, así el aspecto que ante mis ojos ofrecía. El castigo vino de pronto; la luz del sol se apagó de repente á un soplo de la divinidad; un crepúsculo vago brevísimo, formado por los rayos dispersos de luz que habían descendido á la

tierra alumbró por cortos instantes el terror general; luego vino la sombra, la catástrofe..., y aquel mundo, enloquecido por el terror, comenzó á andar á tientas, tratando de escaparse, de huir, hasta que comprendió lo inevitable de su desgracia, lo imposible de su salvación. Al comprenderlo, un pánico general se apoderó de todos. Los árboles se apretaron los unos contra los otros; las hojas quedaron inmóviles; las hierbas se reunieron en haces espantados; el mar encalmó su oleaje; los edificios se tambalearon cayendo sin concierto los unos encima de los otros; las fieras del bosque se arrojaron al suelo, entumecidas por el espanto; las aves permanecieron mudas sobre las ramas que las sostenían, con las alas abiertas y sin atreverse á volar, los insectos se agarraron al tallo de los vegetales con abrazo epiléctico; los hombres quisieron gritar y no encontraron eco donde resonara su voz; andar, y no supieron dónde poner el pie, y sobrecogidos por un espasmo nervioso, agarrotados por el más horrible de los estupores, quedaron, donde les sorprendió la hecatombe, con la boca abierta, el cuerpo contraído y las manos tendidas hacia adelante en ademán de súplica... El viento se ocultó con susurro cobarde en el último rincón de la cueva, y la sombra,

la sombra eterna cayó sobre aquel mundo como la tapa de un ataúd sobre un cadáver.

Y allí está, quieto, inmóvil, mudo, convertido en piedra de puro contraer sus organismos todos, abandonado de Dios, sin que ningún ruido turbe el silencio pavoroso de su cárcel más que el de la gota de agua que cae sobre el lago, profiriendo un *chist* solemne, mandato imperativo de silencio perpétuo... ¡Allí está ese mundo siglos y siglos, purgando su culpa, esperando inútilmente el rayo de luz que ha de redimirlo...!

—¿Cómo le han gustado?— me preguntó Peret.

—Mucho—le respondí.

Hasta el *hostal* de Collbató estuve creyendo que Peret, era el *payés* mallorquin de las cuevas del Drach.

UN INFIERNO

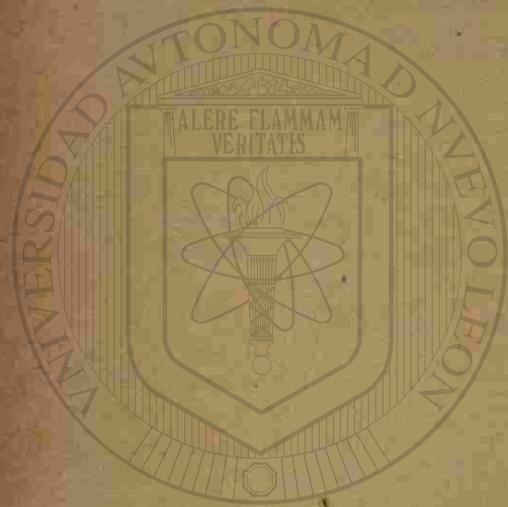
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

12  
1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL



### Un infierno

Aire puro y vivificante de la montaña, atmósfera limpia donde Monserrat se sumerge como en un baño de salud, ¡cuánta falta hacéis en aquel hoyo que Llobregat lame con sus aguas y el viento no refresca y el sol convierte en rescoldo negruzco, á cuyo contacto se calcina los pies!

Allí hacéis más falta que en parte alguna, generosos hijos del cielo. Sólo que allí no podríais vivir. El ambiente que á tales parajes envuelve, no está hecho para huéspedes como vosotros.

Para vosotros, acostumbrados á cubrir horizontes amplísimos, á orear bosques, á besar florestas, á embellecer alturas, fuera asesino

viaje dirigiros hacia aquel desfiladero de piteras y de guijarros, internaros por el camino infértil que la arena recubre al igual de los desiertos de Africa y revolver la terrible curva donde la tierra se transforma de polvo en ceniza, los guijarros de amarillos en negros, y las piteras de verde esmeralda en verde cobre.

No; vosotros no podriais visitar tales sitios. Os produciria bascas mortales proseguir la ruta y desembocar en una plazolela carbonizada, al término de la cual, arrojando humo por múltiples bocas de ladrillo, vomitando fuego por cráteres de mampostería, despidiendo por todas sus rendijas asfixiante y pegajoso vaho, descúbrese un hacinamiento de piedras, algo mezcla de castillo feudal y ara de holocaustos inícuos, algo que, visto desde la lejanía, parece infierno hecho para que los malditos de un Dios purguen sus crímenes y achicharren sus almas, y visto de cerca es fábrica construida para que los trabajadores de un Amo prensen sus carnes y destruyan sus músculos.

Fábrica-infierno, moderna inquisición de seres humanos, entre cuyas paredes, que los rayos del sol abrasan por fuera y el combustible de los hornos por dentro, trabajan y se agotan y se embrutece centenares de cria-

turas, con los cerebros petrificados por la ignorancia, la carne roída por la miseria, la sangre envenenada por la anemia, los músculos prisioneros de la ruda labor, el estómago víctima del hambre, el espíritu de la servidumbre y el corazón de la angustia ó del odio.

Allí están doce horas seguidas, hacinándose nerviosamente como animales en acoso, respirando dentro de los reducidos talleres una atmósfera enrarecida que para cien personas sería enfermiza y para quinientas es mortal. Allí están ellos, hombres, mujeres, niños: viejos que, por su edad, necesitarían descanso y por su penuria solicitan faena; mujeres casadas, que para nutrir las codicias de su patrono con los productos del telar, dejan de nutrir con su pecho y con sus caricias el corazón y el estómago de sus hijos; mozuclas que envuelven con velos de clorosis sus virginidades, antes de perderlas contra una saca de algodón; hombres de cuarenta años, á los cuales extienden las privaciones y la fatiga cédula de sesenta; mozos pálidos, á quienes el amor sólo concede segundos, porque las horas de tarea y las horas de sueño llenan casi por completo su día; niños, criaturas de diez y doce años que sufren la esclavitud de la fábrica, mientras

otros niños, más felices que ellos, saborean la libertad entre bocanadas de aire puro y mimoserías tibias del sol; chiquillas, en cuyos cuerpos se grabaron los signos crueles de la explotación antes que las líneas graciosas de la pubertad...; un enjambre humano que zumba y se retuerce y palpita y se afana, haciendo producir á la inmensa colmena de la que otros, y no sus fecundadores, extraerán la miel; un ejército de siervos que gimen bajo el látigo de la servidumbre y se consideran felices si durante la media hora de descanso que se les concede, tienen un cacho de pan y una rebanada de tomate que llevar á la boca, y si cuando llegan á sus casas, con las ropas empapadas en sudor y el alma en tristezas, hallan un camastro donde caer, donde quedar inmóviles, quietos, con soportar cadavérico de máquina de carne, á la que se ha acabado la cuerda.

Visitando aquel edificio, aquella boca insaciable en su apetito de tragar hombres, modificarían mucho sus ideas los indiferentes, los que más por ignorancia de los hechos que por mala fe, llaman declamaciones á las quejas de los obreros, demagogos á sus defensores y padres del trabajador á los que le explotan.

¡Declamaciones!... ¡Buenos declamadores

están aquellos hombres inclinados sobre los hornos donde se fabrica el carburo, para revolver la masa candente con las abrasantes tenazas, y arrojarla, goteando llamas, en el molde, y volcar el pan de fuego bajo una atmósfera de cincuenta y sesenta grados de calor! ¡Buenos declamadores son aquellos rostros, convertidos en pergamino por las caricias de la lumbre; aquellas pieles rojizas, marcadas de costurones, de firmas, con que la llama certificó el paso de sus dolorosas caricias! ¡Buenos declamadores, aquellas frentes sudorosas, aquellos ojos que, por exceso de luz en los hornos van perdiendo poco á poco la propia; aquellos músculos retorcidos como manojos de sarmientos á medio quemar; aquellos seres mixtos de salamandra y trabajador!

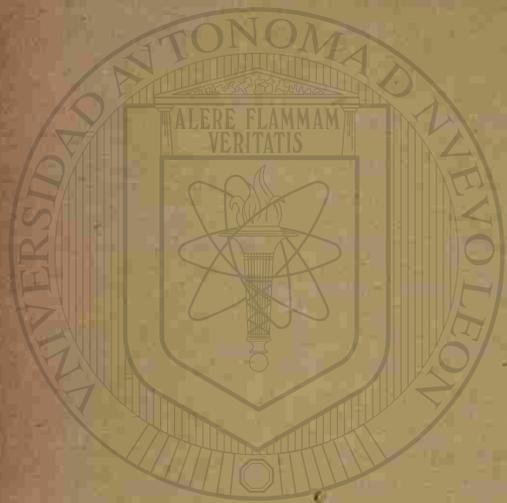
¡Declamadores! Preguntad si son declamadores el fogonero, convertido en maniquí de ébano por el carbón; el maquinista esclavo de la máquina; los secadores, que reciben durante doce horas una lluvia de vapor asfixiante; los obreros y las obreras de los talleres, que respiran pelusas de algodón en vez de aire puro; los chiquillos y chiquillas, que manejan peligrosísimos aparatos, y parecen jugar con ellos, cuando es la muerte quien juega con sus inocentes

vidas en agraz! Preguntádselo. Que ellos respondan.

Y si no queréis preguntárselo, visitad la fábrica, ved á los obreros durante la faena, contemplad su incesante labor, respirad la atmósfera asesina que respiran ellos, seguid el movimiento mecánico de sus personas que, en fuerza de servir de máquinas, pierden la inteligencia y no disciernen la honradez; fijáos en los semblantes pálidos, en los cuerpos anémicos, en las almas amordazadas; examinad á los trabajadores cuando, con mano temblorosa, con ansias de bestia famélica, llevan á sus bocas, contraídas por el hambre, los mendrugos de pan, las ruínas piltrafas que constituyen su alimento; seguidlos á lo largo de la carretera, cuando vuelven á sus hogares con las cabezas caídas sobre el pecho y el andar premioso como recua vencida por ímproba jornada, y llamadles declamadores porque se quejan, y salvajes porque algunas veces traducen en hechos su desesperación!...

No se lo llamárais, y menos se lo llamárais aún si junto á la fábrica, y adosados á ella, contempláis el hermoso jardín y el hotel espléndido donde el patrono reside y obsequia á los visitantes de su finca, mientras los trabajadores se ahogan en los talleres, y las

chimeneas vomitan humo, y los panes de carburo relucen en la obscuridad como ojos vengativos y tenaces que aguardan su hora...



UANL

MONTE ABAJO

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



### Monte abajo

¡Poético y oculto retiro de Collbató, es preciso despedirse de tí!

Con llanto de pena en el corazón ya que no en los ojos — quién sabe si en los ojos también — te doy mi adiós último, enterrando en tus humildísimos límites una realidad vivida; inscribiendo en el trístisimo registro de mi memoria un recuerdo más.

Adiós, acaso para siempre, modesto cuartito al que venía á despertarme taza de chocolate en mano y lenguaje catalán en boca la joven y robusta payesa quien, no digo hablando catalán, siendo muda, haciase entender de cualquiera con el alegre y picares-

co hablar de sus ojos; adiós blanca azotea donde me asomé multitud de veces para contemplar el primer desperezo del sol y me recosté cientos de ellas contemplando el romántico pasear de la luna; adiós árboles que me brindábais con vuestras ramas inclinadas hacia tierra por el peso del fruto manjares y sombra; adiós pinares silenciosos entre los cuales se oxigenaban mis pulmones y se deleitaba mi espíritu; adiós fértiles montecillos que anunciáis como pajes trajeados de verde la presencia augusta de Monserrat; adiós miradores de piedra que presentan el Llobregat como una cinta y Monistrol como un juguete; adiós sitios y personas y días representantes para el hombre que se despide de vosotros de una época de placer y de calma; adiós para siempre!... Ahí quedáis. Que otros os posean y os gocen.

¡Adiós!, exclamo por última vez; y tomo el camino de la montaña con pasiva firmeza de soldado que obedeciendo la imperiosa voz de su jefe se echa el fusil al hombro y abandona el alojamiento en que descansó del último combate, y sigue avanzando sin saber donde le espera el enemigo, ignorando donde le tocará morir!...

A mi derecha quedan *Las cuevas*, dibujándose como enorme calavera blanca sobre el

plano gris de la roca; á mi izquierda está Collbató remedando sobre los peñascos un nido de halcones.

Los matorrales que bordean nuestro camino acaban por ocultar á mis ojos uno y otro espectáculo. Collbató se ha desvanecido; sólo queda de él mi guía, embajador con alpargatas y con blusa que viene á dejarme en las fronteras de su reino.

Poco á poco van apareciendo ante mí las grandezas todas de Monserrat: San Jerónimo con su cresta dominadora enseñoreándose de la montaña; San Juan con el almenado irregular de sus picachos; las plazuelas alfombradas con flores azules, rojas y amarillas; las espantables cortaduras que provocan á buscar la muerte; los misteriosos bosquecillos que invitan á perpetuar la vida; alturas inmensas cuyo fin tropieza en el cielo; abismos insondables hacia los cuales ruedan los pedruscos produciendo ecos sordos, cada vez más apagados y más tristes; angosturas graníticas donde el hombre, mejor que andar, tiene que deslizarse con aplastamientos de reptil; planicies calvas que el sol transforma en desierto africano; vegetaciones de manigua; paisajes infinitos entre los cuales y dominándolos á todos, surge como una excrecencia de la roca, como un pólipo adhe-

rido á la carne dura de la montaña, el Monasterio.

No me detengo en él; no curioso en los grupos que ocupan plazas; ni siquiera dirijo una mirada última á la cueva donde Garín el asceta fauno fué llevado, por excesos de castidad á excesos de bestia...

El ferrocarril de cremallera aguarda en la estación, agarrándose á los rails con sus ruedas y sus dientes de acero; la campana anuncia la hora de marchar; los viajeros suben á los coches; yo estrecho la mano de Peret y el tren comienza á deslizarse cuesta abajo con marcha mimosa de reptil.

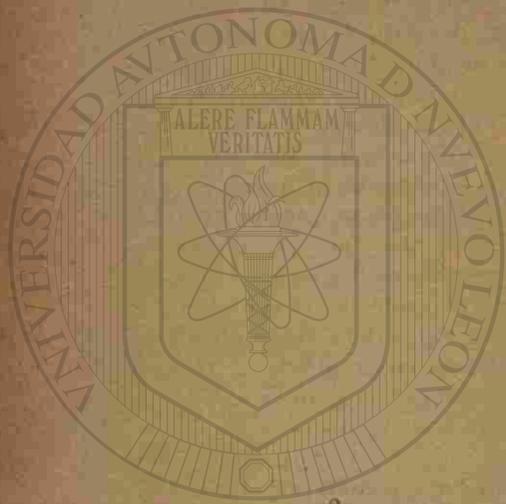
Y el sublime paisaje vuelve á ofrecerse ante mi vista, no como lo ví desde San Jerónimo, en conjunto, sino poco á poco, porción á porción, cacho á cacho.

Primero las crestas grises, las cabezotas coronadas de musgo que desafían al cielo cara á cara; luego el camino que á la gruta de la Virgen conduce; después el valle con sus plantaciones verdes, con sus pueblecillos repartidos sobre la llanura como polladas en escarbo; con su río que culebrea entre canastillos de flores... Todo aparece y desaparece y vuelve á aparecer mientras el tren continúa su marcha de reptil, hacia abajo, siempre hacia abajo, y se cruza con otro tren que

sube; y entra silvando por un túnel y se detiene en una estación y sigue su viaje hasta que se apodera del llano y entra por él, para descubrirnos de golpe, sólo que invertido, presentado de abajo arriba, el panorama que San Jerónimo ofrece desde su observatorio:

Canigó, el monte cantado por Verdaguer sobre cuya cima flota aún el manto argentino de Flor de Nieve; las montañas de Huesca, ciclópea mano que une á Cataluña con Aragón y á Francia con España; todo aparece ante el viajero; desde las cúspides del Pirineo que tocan extranjera tierra, hasta las estribaciones de la costa donde se recuesta Barcelona, la ciudad engrandecida por el obrero y gozada por el patrono...

A Barcelona voy, á confundirme de nuevo con los hombres que pelean por el porvenir, con los hermanos que luchan por conquistar su redención, á sentir con ellos, á combatir con ellos. Ellos son quienes á medida que el tren se retira de Monistrol, crecen y adquieren proporciones titánicas, mientras Monserat se desvanece en los límites del horizonte, como una niebla...



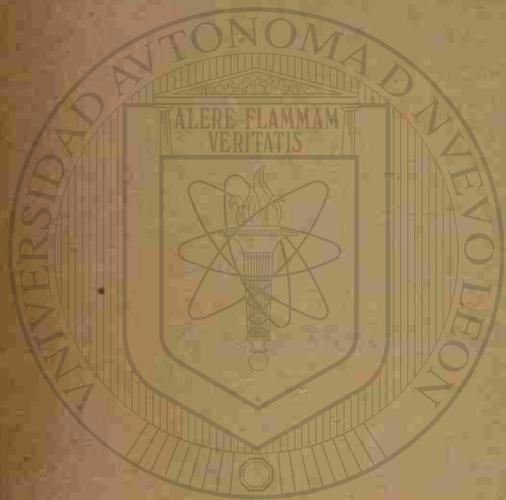
YENDO Y VINIENDO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





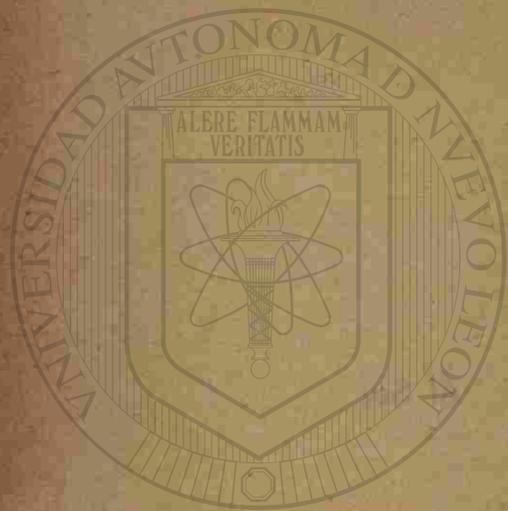
U A N L

Al Sol

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



Al Sol,

Los tres edificios se alzan en la vasta llanura, limitada por el mar y una cordillera.

El más próximo es una casa de labor. Unido á ella por los tapiales del jardín, se descubre un hotelito de paredes amarillas y persianas rojas.

El que se yergue junto á las arenas de la playa es un bodegón, anteportado con cuatro vigas puestas en pié y una caperuza de mimbres. ®

El otro edificio, el que se apoya contra la montaña, es un centro industrial. Su chimenea vomita humo gris. Otras manchas de humo, asomando entre los repliegues de la sierra, anuncian fábricas invisibles.

Estamos en un medio día de Julio. El mar parece inconcluíble plano azul; las espumas que lo salpican, repujaduras cinceladas en plata. Los trigos, ya reseco, tiéndense á lo largo de la llanura como áureo tapiz que las copas de algunos arbolillos bordan con rose-tones verdes. Pulimentos de acero son las vertientes de la sierra; tocas virginales sus cúspides, amasadas con nieve; los terrenos eriales, extendidos cerca de la fábrica, mon-tones de ceniza, restos de seres vivos, sobre quienes vuelca el sol despiadadamente los rayos de su lumbre.

El calor abrasa la atmósfera. Las aves lo esquivan guareciéndose entre las ramas de los árboles; los cuadrúpedos lo hacen debajo de las matas; los insectos, en las florestas; los reptiles, en las rajás de los pedruscos; los pe-ces, en el fondo del mar.

Ningún canto conmueve el espacio; nin-gún rumor las hierbas; ningún aleteo los surcos; ningún zumbido el aire; ningún co-letazo las aguas. La Naturaleza y los seres que de la Naturaleza dependen, sufren la modorra del medio día. El astro rey, solo en el centro del horizonte, sacude sobre la tierra el polvo dorado de su luz...

La sala del campestre hotelito, con sus ventanas entornadas, para que tamicen el

aire y no dejen pasar el sol, ofrece placidísi-ma escena.

Sentado frente á su escritorio, apila duros y escribe aritméticas cifras el dueño de la casa; de cuando en cuando interrumpe su labor con objeto de apurar un sorbo de Ver-mouth. Semicáida en una mecedora y mal envuelta por un peinador de batista, está la esposa de aquel hombre, haciéndose aire con un abanico. Una muchacha da quince años y un jóven de veinte secretean, junto á una ventana, su casorio. Dos chiquillos, desnudos de pie y brazo, se restriegan contra las baldosas; un gato zarpea en los pliegues del cortinaje, y por la puerta que cede paso al comedor, descúbrese la mesa preparada para el almuerzo.

El hombre que hace números, la señora que se abanica, los jóvenes que se enamoran y los niños que juegan, son los amos de la llanura. Cuanto ella produce les pertenece. Ricos, felices, sanos, á cubierto de las priva-ciones y del sol, aguardan la hora de comer para llenar sus estómagos y dormir la siesta.

Bajo el cobertizo del bodegón inmediato á la playa, un sujeto, que cubre su cabeza con ancho sombrero y viste americana y panta-lón de hilo, descansa en frailuno sillón, colo-cado junto á una mesa, y aguarda la comida

que humea en el horno y la siesta con que le brinda un cacho de vela, sujeto, á manera de hamaca, por los sostenes del cobertizo. También apila duros y escribe aritméticas cifras; también apura á sorbos una copa de Ginebra y un vaso de agua.

Este hombre es dueño de las lanchas que practican en aquellos límites oficios pescadores. Los peces son buenos tributarios para él; su escuadrilla no es perezosa y el mar le asegura una renta pingüe. Rico, feliz, sano, á cubierto de las privaciones y del sol, espera la vuelta de sus barcos.

En el despacho del jefe de la mina (es una mina el centro industrial adosado á la cordillera), están el director de la Empresa y el principal de sus accionistas. El segundo viene de oficio, girando una visita de inspección.

Acodados sobre la mesa de escritorio y refrescando sus carnes con auxilio de ventiladores eléctricos, los dos individuos conversan, interin les preparan su almuerzo en un lujoso comedor, donde se alinean botellas de Burdeos, de Champagne, Cognac y Jerez y esparcen sus aromas frutas recién traídas del huerto.

El accionista principal es casi amo del centro minero, y obtiene, por obra de una

industria que apenas conoce, enormes beneficios. Rico, feliz, sano, á cubierto de las privaciones y del sol, recuenta billetes, hace números y apura á sorbos una copa de ajeno, aguardando la hora de almorzar y el momento de tumbarse á la larga.

¡Minutos llenos de calma, de dulzura y de placidez los que preceden á aquel medio día!

La Naturaleza reposa; los pájaros se ocultan entre las ramas de los árboles; los cuadrúpedos bajo las matas; los insectos sobre las flores; los reptiles en las hendiduras de las peñas; los peces en el fondo del agua; los hombres en el fresco asilo del hogar. Todo es paz y recogimiento en la tierra; todo pereza en el cielo azul, no manchado por nubes.

Todo reposa... ¡Todo, no! Allí, en la llanura, entre el áureo tapiz de los trigos, agitanse, yendo y viniendo como los émbolos de una máquina, multitud de seres encorbados sobre las espigas. Son segadores, criaturas que trabajan al sol, regando con el transpirar de sus cuerpos las espigas de oro.

Aquellos seres no descansan. Mientras el amo de la heredad apila duros y suma beneficios, mientras la dueña se abanica y los jóvenes se enamoran y los niños juegan y el

gato se afila las uñas, los segadores, igual las mujeres que los hombres, los viejos que los mozos y los mozos que los chiquillos, doblan sus cuerpos hacia la tierra caldeada y esgrimen las hoces y amontonan los haces y andan y trajinan debajo del sol, amenazados por la asfixia que ronda sus pulmones y por el tabardillo que se cierne sobre sus sesos.

No; ellos no descansan, no pueden. Si cae uno con el rostro amoratado y la sangre hecha hoguera, ya habrá quien lo conduzca hasta la casa de labor; sus compañeros tienen que seguir degollando espigas. No; esos no descansan.

Tampoco descansan los tripulantes de las embarcaciones que se columpian en el mar, los que tiran las redes y suben á cubierta el cargamento vivo esperado por el hombre del sombrero ancho bajo el cobertizo del bodegón.

No; esos no descansan, no pueden. Con sol abrasante ó con lluvia heladora, con los temores de la galerna en Julio y Agosto, con los del temporal en Diciembre y Enero, realizan su tarea peligrosa y ruda.

Si un día las olas arrebatan á un hombre de la lancha y lo arrojan sobre la arena de la playa, en la playa hay mujeres que lo reco-

jan y recen por él. Los otros tienen que seguir luchando con el mar.

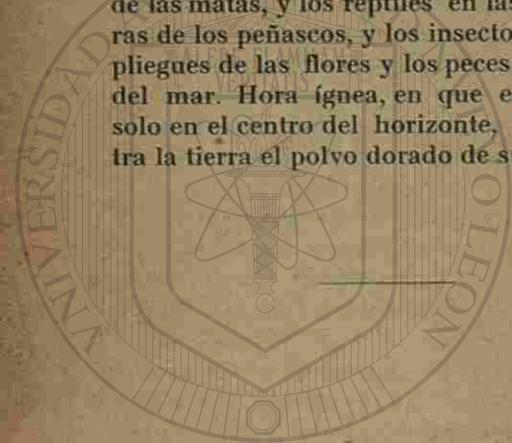
No; esos no descansan en los medio días de Julio; como no descansan los obreros que, debajo de tierra, cortan el mineral; los que lo transportan por homicidas galerías; los que lo purifican en las fundiciones; los que lo absorben en las cámaras condensadoras.

Esos no descansan tampoco; no pueden. Si un minero cae al fondo de un pozo; si se abrasa con las llamas de un horno; si se envenena en las profundidades de una cámara, mineros hay que le sustituyan. Los otros tienen que seguir asfixiándose y abrasándose y envenenándose.

No; esos hombres, á quienes no pertenece el trigo que cortan y la pesca que recogen y el mineral que extraen; esos hombres que perciben por su enorme labor míseros jornales, no descansan; no descansaban en aquel medio día de Julio; trabajaban bárbaramente, mientras sus dueños, los llamados á disfrutar el producto de tales trabajos, holgaban á la sombra, á cubierto de las privaciones y del sol, en el hotelito de persianas rojas, en las oficinas de la fábrica, bajo el cobertizo del fonducho.

Esos hombres no descansaban; trabajaban en aquel medio día de Julio á la hora en

que las bestias huyen el calor de la atmósfera, y los pájaros se guarecen entre las ramas de los árboles, y los cuadrúpedos debajo de las matas, y los reptiles en las quebraduras de los peñascos, y los insectos en los repliegues de las flores y los peces en el fondo del mar. Hora ígnea, en que el astro rey, solo en el centro del horizonte, sacude contra la tierra el polvo dorado de su luz.



Nubes

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE



## Nubes

La luz del sol, filtrada por anchos nubarrones, se une á los remolinos de polvo que fabrica el viento, para formar un cortinaje gris, con auxilio del cual, desdibuja la distancia de edificios y seres.

Tras este cortinaje aparecen el real Palacio y las reales Caballerizas; mole enorme el primero, dentro de la que podría albergarse cómodamente un barrio; cuadra inacabable la segunda, donde un centenar de brutos come bien y se resguarda del calor, mientras cientos de criaturas humanas desfilan de hambre y se ahogan respirando bocanadas de lumbre en los poblados y campiñas. Más cerca, los árboles y macizos del Campo del

Moro asoman, por entre las verjas de hierro, como cautivos á quienes sólo desde lejos se puede saludar. Más cerca aún, las primeras casas de la calle de Ferraz, las habitaciones de los ricos, los hoteles, las viviendas de construcción lujosa, muestran cerrados puertas, postigos y balcones, en prenda de que sus dueños los abandonaron libremente y fueron á otros climas en busca de estivales frescuras. Los timbres del tranvía, agitando el sueño de los obreros que duermen la siesta, me causan la impresión de despertadores; el romper del aire contra las ramas, la de quejas faltas de consuelo..

Yo marchó calle arriba, distrayéndome en seguir el vuelo de las golondrinas, que van y vienen á ras de tierra, seguras de no ser molestadas por nadie, gracias al papel de últimas aguadoras de Cristo, que la tradición, escudo de estos y otros pájaros, les concede. Los gorriones, que picotean recelosamente el estiércol, ni amparados ni santificados por la tradición, son perseguidos por los muchachos á pedrada limpia.

Calle arriba voy, pensando en un sin fin de tonterías: en la formación del nuevo ministerio; en la postdata de Sánchez Guerra, que nos hace llorar de oficio la muerte del Pontífice y reconocer el tremendo alcance

social y político de *El trueno gordo*; en la sorpresa del marqués de Portago, al enterarse de que en el Ayuntamiento madrileño puede hoy un alcalde hacer cualquiera cosa menos oponerse á los pucherazos electorales de Noviembre; en la sabiduría del gobernador de Zaragoza, quien, cerrando un Círculo de trabajadores, acaso haya imaginado contribuir á la solución del problema obrero, y ha procedido como aquel sugeto que, molestado por el chorro de vapor de una máquina, cerró todas las válvulas para que el vapor no saliese, y salió él volando por los aires; en el despacho de algunos personajes, los cuales se quejan de no merecer la gratitud pública, con la misma razón con que se quejaba de mí una excelente amiga que, al regreso de un viaje, me invitó á visitarla en su nueva casa y se dejó dentro del tintero las señas; en... ¿A qué mayores pruebas de la insignificancia de mis pensamientos? También ellos se difuminaban torpemente bajo la indecisa ola gris que lo envuelve todo.

De pronto, al volver una esquina, que transforma la decoración de calle rica en decoración de calle pobre, acaba con mis necios pensares el espectáculo de varios muebles tirados en mitad del orroyo, de una mujer que solloza junto á los muebles, de cua-

tro chiquillos que se agarran á las faldas de la mujer, y de un hombre que tan pronto mira á la mujer y los muchachos con amor y angustia, como al cielo con desesperación y con ódio.

El cuadro no puede ser más vulgar. Se hacen á diario muchas copias. Es un desahucio. Un inquilino que no puede pagar los alquileres al casero; un casero que echa mano de la ley y pone en la calle al inquilino; unos balcones con papeles y una familia sin hogar.

¡Qué remedio! El casero hace bien. No tiene él su inmueble, que le ha costado miles de duros construir y sigue costándole miles de pesetas sostener, para que lo habiten de balde. Si sus inquilinos carecen de recursos porque no hallan trabajo ó por otras causas, si no pueden satisfacerle los alquileres, que se vayan con la música á otra parte. Ni él es culpable de que ciertas cosas pasen en este mundo, ni es tampoco el llamado á ponerles remedio.

El casero ha hecho perfectamente. No pienso en él. Su imagen cruza por mi cerebro de un modo rápido. La imagen que se ha apoderado de mi cerebro, para entristecerle y sugerirle frases mudas de indignación, es la imagen ofrecida por aquellos muebles ti-

rados en mitad del arroyo, por aquella familia sin hogar, por la mujer que llora, por los niños que la contemplan, por el hombre que mira á los suyos con angustia y al cielo con ódio.

Los muebles son escasos, pobres, propios á los medios y necesidades de personas humildes. Uno á uno, poco á poco, en fuerza de penalidades y privaciones, los llevaron á su hogar la mujer y el hombre, como las aves llevan las pajas á sus nidos, para calentar con ellas el amor de los grandes y el recién vivir de los pequeños.

Allí están esos muebles ahora, en mitad del arroyo; allí está la mesa de pino, en torno de la cual tomarían padres é hijos asiento para repartirse la diaria alimentación; allí está la cama de hierro, donde dormían y soñaban y amaban y hacían planes para el porvenir la mujer y el hombre; allí las cuñas, donde fueron juntos tantas veces á recoger las sonrisas ó á enjugar las lágrimas de sus criaturas. Allí estaban las brizas, amontonadas sobre el nido que resguardaba á aquellos seres del viento y de la lluvia, de la nieve y del sol. Allí estaban, esparcidos en mitad de la calle, los pedazos del nido, que sus constructores, arrojados de él por la miseria, contemplaban desesperadamente, sin

saber cuándo ni dónde podrán rehacerlo.

Yo imagino todo el calvario sufrido por aquella familia antes de resignarse á la dolorosa y terrible expulsión. Veo á la mujer empeñar sus prendas una á una; veo al hombre ir en busca de trabajo; le veo solicitar después en clase de limosna lo que el trabajo le negaba, y veo, por fin, á los dos abrazar angustiosamente á sus hijos, bajar la escalera despacio, muy despacio, llegar á la calle y permanecer en la calle todos como estúpidos; ella sollozando, él maldiciendo y los niños agarrándose temblorosos á los vestidos de la madre.

Los veo; y pienso que es horrible que la organización social condene á los hombres á lo que la natural organización no condena á los animales: á quedarse sin nido, á no tener donde esconder su amor y donde empujar á sus crías.

Pienso en ello; y sigo marchando calle arriba, y doy vuelta á una esquina; y veo á dos guardias civiles que conducen camino de la Cárcel Modelo á un hombre esposado; y vuelvo otra esquina, y nuevamente se ofrecen á mis ojos, envueltos por una nube gris, los hoteles de la calle de Ferraz, cerrados por el veraneo de sus dueños; y los árboles y macizos del Campo del Moro asomándose

como cautivos á las verjas doradas; y el real Palacio, dentro del que podría albergarse cómodamente un barrio; y las reales Caballerizas, donde un centenar de brutos comen bien y se resguardan del calor, mientras cientos de seres humanos desfallecen de hambre y se ahogan en las campiñas y poblados respirando bocanadas de lumbre.



U A N L  
Aurora

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



### Aurora

Descompasado coro de voces humanas que tienen por acompañamiento una guitarra y un acordeón, me hace abrir antes de hora los ojos.

La música y las voces se alejan, se debilitan y se extinguen al cabo. Mi sueño, ahuyentado por ellas, no vuelve. Preciso es tirarse de la cama y dirigirse hacia los balcones, por cuyas rendijas entran resplandores lechosos.

Ya están los balcones de par en par. Un airecillo frío y húmedo alfiletorea mi carne con pinchazos de ducha; la ciudad, sumergida en la niebla, resulta masa informe de vago é impreciso contorno; la tierra despren-

de vahos fríos; el cielo apenas se descubre; sólo allá en su fondo, hacia Oriente, se dibujan dos nubecillas teñidas con purpúreas livideces y divididas por una línea color naranja. Es el desperezo del sol.

Poco á poco la entonación pálida de estas numecillas se hace carmín, la raya naranja se acentúa y se extiende; los vahos que la tierra escupe, se transparentan hasta confundirse con el aire; la ciudad surge perezosamente de su baño de niebla y destaca sobre la atmósfera los tejados y azoteas de sus edificios, cubiertos de goteante escarcha; los pájaros trinan entre las hojas de los árboles barnizadas por el rocío; los hombres pisean el lodo de las calles. El canto de los pájaros sigue la dirección del cielo; los ojos de los hombres, también.

El cielo se ilumina con poética suavidad; por detrás de la raya naranja, trazada en su Oriente, asoman puntas de oro; las puntas de oro crecen y se dilatan hasta convertirse en varillaje de un enorme abanico que, á cuenta de país, se adorna con un cacho de cielo. El varillaje se abre por completo y endosela el rostro de sol que, cabeceando sobre el horizonte, saluda el nuevo año con una esplendorosa carcajada de luz.

La ciudad toda se ofrece como hembra

enamorada á las caricias del eterno fecundador, que sacude hacia ella el polen dorado de su lumbre. Yo camino al azar, siguiendo la marcha del astro, por la población recién despierta.

¡Qué matices tan diversos adquiere, según los sitios donde toca! ¡Qué opuestas decoraciones presentan á la vista sus rayos!...

En los barrios antiguos, que recuerdan edades muertas y petrifican arquitecturas medioevales, penetra con temblorosa timidez. Parece que siente repugnancia y espanto viéndose forzado á alumbrar los restos de un mundo que vivió entre las brutalidades de la fuerza, los tormentos de la esclavitud y los horrores del fanatismo.

Apenas si en tales barrios besa el astro los remates de los edificios ó se pierde entre los dibujos de las altas ventanas. Tampoco ellos parecen gustosos de verlo. Dijérase que á su contacto se estrechan más las calles, cual si repugnaran que los solares resplandores alumbrasen su historia. Los edificios también contraen su masa granítica, y aguzan sus ojivas puntiagudas, y afirman sus cierres para impedir el paso del eterno vencedor de la sombra.

Esas casas y esos edificios no quieren nada con el sol.

«¡Vete! ¡Vete!—aparentan gritar por las des-

garradas bocas de los monstruos que los salpican—¡Vete!... ¡No entres aquí! Esto es un sepulcro, la tumba de un mundo desaparecido para siempre. Las tumbas no precisan calor. La muerte vive de frialdades. En frialdades de perpétua sombra quieren vivir mis muros grises, mis almenadas azoteas, mis torres picudas, mis ojivas ruinosas, mis artonados polvorientos. ¡Vete! No ilumines el muestrario de una época en que la humanidad gemía aplastada por la maza de armas del señor y la cruz del fraile. Tú eres vida. ¿Qué haces entre nosotros? ¡Vete!

El sol, acobardado por tan agrio recibimiento, se defiende en la cúspide de las construcciones medioevales, y soslayando las estrechas vías, ilumina sus muros grises con amarillosos fulgores de cirio.

Luego huye de ellos y se encamina hacia la ciudad nueva, hacia los barrios populosos y ricos, que se abren á la luz con sus altísimas fachadas, y sus calles anchas, y sus comercios en función, y sus aceras en trañín humano, proclamando el febril existir moderno, la brutal é incesante lucha que por el disfrute del oro libran los hombres, sacrificándolo todo á su acaparamiento, explotándose unos á otros sin escrúpulo y sin compasión para conseguirlo.

Aquella es la ciudad del mundo presente; el reino ostentoso donde la hartura cobra tributo á la miseria, y la humanidad gime aplastada entre talegos de duros y fajos de billetes de Banco.

En esos barrios entra el sol con franqueza brutal, restregándose contra las paredes de las casas, que á su contacto parecen sudar oro líquido; esmaltando el barro de las calles con reflejos color de sangre; metiéndose en el cráneo de los hombres como lluvia ardiente y metálica que tintinea dentro de los sesos con ruido de dinero contado febrilmente por las manos de un loco.

Vista á distancia esa parte de la ciudad que el sol envuelve como un vapor rojo, parece descomunal hoguera, donde todo arde para convertirse en oro fundido, hacia el cual extienden sus manos temblonas hombres y mujeres que van y vienen á los resplandores de la llama en actitud de almas en pena.

Sí, en aquellos barrios alumbrados el sol con abrumadora esplendidez; pero su luz tiene entonaciones siniestras, matices bermejos parecidos á los que tiñen la atmósfera en esos crepúsculos trágicos, durante los cuales se transforma el cielo en un mar de sangre donde naufraga angustiosamente la luz.

Sí, aquello es vida, pero vida horrible, vida

calenturienta, insana, cruel; y el sol pasa por los hermosos barrios de la ciudad nueva como los incendios, alumbrando y quemando á un tiempo; pasa por ellos y se dirige, levantando sobre el horizonte torbellinos de lumbre, hacia los barrios de la ciudad novísima, que se vé recostada contra la montaña, rodeada de huertas verdes y mecida en su sueño por los vaivenes de un aire puro y sano que transeiende á fruta y se impregna con perfumes de flores.

En aquellos barrios entra el sol risueño, alegre y satisfecho, como niño que regresa á su hogar. Se detiene en todas las fachadas; fachadas humildes, tras las cuales fabrican nidos las familias obreras y los llena de rayos, convirtiéndolas en joyeles de múltiples cambiantes; se mete por las ventanas y los balcones entreabiertos, para cubrir de besos calientes y vivificadores los cuerpos rendidos por la faena de la tarde anterior; se esparce por los minúsculos huertecillos, besándolos hoja por hoja y tallo por tallo; rastrea por los sembrados, trepa por los árboles, gatea por las quebraduras, y va y viene de puerta en puerta, despertando á todos con el cálido himno de sus rayos, y recostándose, para descansar un instante, en los picos de la montaña, encapuzados con nieve.

¡La ciudad novísima! ¡Qué hermosa está cuando el sol amanece! La vida futura; la santa vida del trabajo, surge de ella como una bendición; las puertas vomitan hombres y mujeres; que emprenden el camino de la fábrica y del taller, dando al viento sus blusas verdes y sus faldillas de percal. Esa humanidad trabajadora avanza, avanza siempre, para invadir la ciudad nueva, que el sol transforma en hoguera gigante, y la vieja ciudad que el sol ilumina con amarillosidades de cirio. Hacia ella va, trabajosa, dolorosa, rebeldemente, como va el mundo hacia el porvenir; pero va, va un día y otro, dejando á su espalda la ciudad novísima, que se yergue bajo el sol con sus fachadas llenas de luz y sus huertecillos pródigos en frescura.

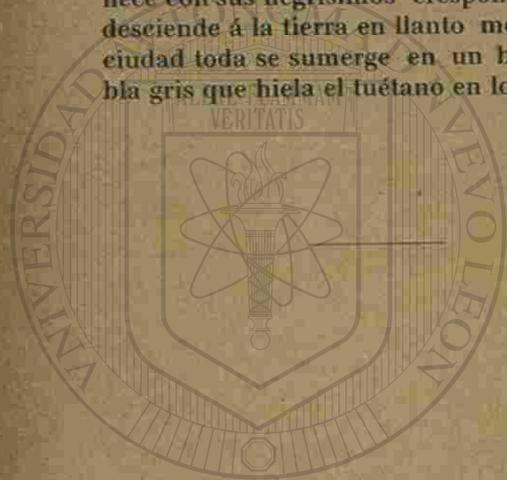
Sol y aire. Eso necesitan los hombres todos para vivir su existencia animal. Libertad y amor. Eso necesitan también todos los hombres para vivir su existencia humana.

Eso necesitan, eso tendrán. Eso parece ofrecerles el primer sol del año, convirtiendo en féretro la ciudad antigua, en hoguera la nueva ciudad y en paisaje idílico, en fraternal y caliente nido, la ciudad novísima.

Eso será. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Cuánto costará que lo sea?

Un escuadrón de nubes negras cae sobre

el sol naciente; lo oculta á los ojos, lo desvanece con sus negrísimos crespones; la lluvia descende á la tierra en llanto menudo, y la ciudad toda se sumerge en un baño de niebla gris que hiela el tuétano en los huesos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y DESARROLLO TECNOLÓGICO



## Resurrección

Venían del escenario á la sala bocanadas de aire sano y fuerte. La Tubau, estimulando sus extraordinarias condiciones de actriz al punto de trocar la ficción escénica en realidad trágica, nos presentó hecha carne viva á la Maslowa, disecada por Tolstoi en su portentosa novela.

Durante el breve espacio de tres horas desfilaron ante mí, convertidos en cuadros é imágenes de bulto que hablaban y que se movían, los principales capítulos de *Resurrección*. El público burgués oía con arisco asombro, pero con domada actitud, los piquetazos descargados contra la sociedad moderna por el piadoso é implacable anarquista

ruso, mientras la verdad, la justicia y el bien predicaban por boca de Katusca y Dimitri el evangelio del porvenir.

¡La Maslowa!... ¡Dimitri! ¡Grandiosas figuras, sublimes concreciones humanas, que se unen con un beso de amor, para separarse después y volverse á encontrar en el Palacio de Justicia, llevando ella sobre su cuerpo todas las ignominias, todos los crímenes, todas las bajezas que el abandono y el medio ambiente, donde su abandono la hizo vivir, arrojaron sobre ella; y él, todas las preeminencias y todos los respetos y todos los prestigios que su posición social le concede!

Difícil es que Katusca se libre de las miserias que mancharon su alma de sierva desamparada y de hembra perdida; difícil que Dimitri se libre de las preocupaciones y prejuicios que esclavizan su conciencia de gran señor, de hombre acaudalado y poderoso.

Difícil, muy difícil, que la Maslowa, arrojada por su amante á la prostitución y al crimen, logre regenerarse, ser otra vez la Katusca amorosa, el corazón abierto á la virtud que desfloraron y envilecieron los apetitos de Dimitri. Difícil es que éste reconozca, en su falta, el origen, la causa única del envilecimiento de Katusca y que, saltan-

do por respetos viles, por cobardes preocupaciones, sienta el grito de la verdad alzarse en su conciencia é intente y logre, redimiendo á la Maslowa, su propia redención.

Difícil, milagroso parece; y, sin embargo, el milagro ocurre. ¿Qué ha hecho falta para esto? Que Dimitri, desoyendo las mentiras sociales y acogiéndose á las naturales verdades, purifique en ellas su espíritu y luche por arrancar de la infamia á Katusca, por darle la reparación que en justicia justa le debe; que la Maslowa, envuelta por la atmósfera de justicia y bondad que trae á sus labios Dimitri, se reconvierta en la mujer parida por la Naturaleza para fundar hogares y amamantar hijos, y no sea la hembra forzada por la sociedad á vender placeres y fraguar crímenes.

El milagro ocurre; ocurre porque no es milagro, sino suceso natural. Basta que Dimitri desbroce el alma de la Maslowa y la alumbre enérgica, terca, constantemente, con resplandores de virtud, para que la Maslowa desaparezca y la Katusca resucite. Si el mal y la infamia pudieron cumplir en aquella criatura su obra de perdición, ¿por qué no han de cumplirla la justicia y el bien?

Símbolo hermoso el de la obra de Tolstoí. De un lado está Dimitri representando la hu-

manidad triunfante, egoísta, explotadora de almas y cuerpos, que al fin reconoce sus culpas y quiere lavarlas. De otro, la Maslowa, representando la humanidad envilecida, desamparada y explotada, que, aun rehuyendo aparentemente su salvación, exige salvarse. Estas dos humanidades, unidas primero por un impulso de la Naturaleza, separadas luego por un estúpido decreto social, se funden al cabo empujadas por la justicia que impulsa á la una, por el ansia de redimirse que germina en la otra, y forman una humanidad única, un solo cuerpo todo fraternidad y amor!...

«¡Salvar á quien cayó!... ¡Hacer sano lo que está ya podrido!...», exclamaban en la Princesa muchos espectadores, parodiando inconscientemente á los jueces y jurados que ocupaban la escena durante el acto segundo de *Resurrección*. ¡Eso es imposible!... ¡Bueno está para una comedia! En la vida real, imposible ¡imposible de todo punto!»

¡Imposible!... Imposible, ¿por qué? Si esta sociedad, que luego de precipitar á sus individuos en la infamia, nada hace para redimirlos y no intenta nada tampoco por convertir en atmósfera honrada y pura, la atmósfera viciosa y criminal donde aquellos seres se agitan; si esta sociedad aplicase á la

redención, á la regeneración, á la dignificación moral de esos individuos las fuerzas que acumula para perderlos; si al egoísmo y la indiferencia de unos contra otros sustituyesen el amor de todos para todos y el cuidado de todos para todos, no imposible, fácil sería convertir en realidad augusta la fábula tolstoiana.

Cuando los hombres nacen, no nacen malvados ni justos, nacen hombres, materia dispuesta á producir el bien y el mal; todo consiste en el abono que reciben, en el ambiente que respiran, en la herencia fisiológica y moral que recogen. Con mayor ó menor esfuerzo, pero siempre según quién y cómo les empuja, pueden ir á la virtud ó al crimen, y pueden siempre, siempre, mientras quede en ellos un átomo de juicio y una partícula de conciencia, volver al bien, aunque el mal los tenga sujetos á su yugo. ◦

No son palabras, no son comedias, no; son hechos reales.

Hace poco tiempo hablaba con nosotros el director de la Cárcel Modelo, y refiriéndonos con el gráfico y pintoresco estilo que avalora su conversación algunos casos notables presenciados por él, nos contó un suceso hace pocos días acaecido en una de las celdas que Millán Astray, en cumplimiento de su deber, visita á diario.

Ocupa esa celda uno de los *Arroperos*, de los criminales que, por la codicia miserable de un montón de plata, asesinaron á un prójimo suyo.

Aquel hombre—hoy condenado á muerte—esgrimió el puñal contra otro hombre indefenso, se cebó en él, rasgando cien veces su carne estremecida por el miedo; no tuvo piedad antes del crimen, remordimiento después de ejecutarlo; con las manos llenas de sangre contó la parte de dinero que en el robo le correspondía. Por su ferocidad idiotesca por lo salvaje é inicuo del delito, parece uno de aquellos seres que hemos dado en el gusto de ceder como irredimibles.

Pues bien; este hombre, este asesino, entretiene las horas de su cautiverio en domesticar á dos pájaros, con quienes guarda todo género de afectuosas consideraciones y emplea las más dulces palabras.

Con ellos parte el pan que recibe en su celda; con ellos, las tristezas de la prisión y los temores del patíbulo; son sus amigos únicos, los solos seres que le consuelan y distraen.

El otro día entró el director en la celda. El *Arropero* contemplaba á uno de sus pájaros. El otro pájaro no estaba allí.

—¡Cómo! ¿No tienes más que un pájaro?—preguntó el director.

—Señor Millán...—repuso el preso con acento turbado—es...

Y se detuvo, bajando la vista.

—¿Qué es?—le contestó el director.—¿Se ha muerto el pájaro?

—No, señor.

—¿Te lo han matado?

—No, señor.

—¿Te lo ha robado alguien?

—No, señor.

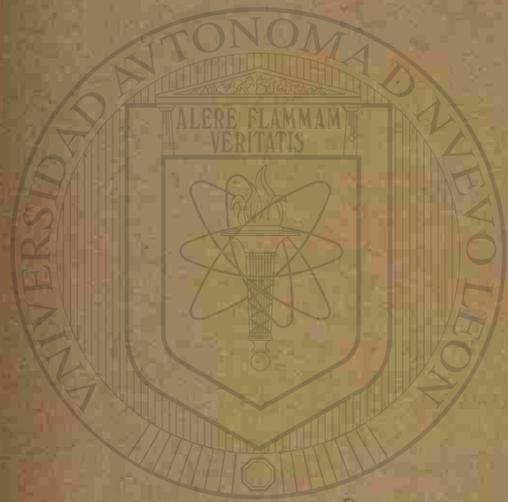
—¿Entonces?...

—Entonces... No se enfade usía conmigo... Ya sé que hice mal; sin permiso... pero...

—¡Vamos!... Acaba.

—Pues... El preso de la celda de junto está muy triste; se pasa todo el día llorando... No le visita nadie... Hoy ha llorado más que nunca... ¡Daba lástima oírle! Y yo... Pues le he prestado uno de los pájaros *pa* que se distrajese unas *miajas*. Perdone usía.

¿Tan imposible es matar en ese *Arropero* el hombre del puñal y resucitar el hombre del pájaro?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



### Cosas rotas

El aire tormentoso que se encauzaba por la calle, levantando remolinos de polvo, recogió del suelo un cacho de papel, lo cernió un segundo en la atmósfera, y empujándolo después fuertemente me golpeó con él la cara. Extendí la mano é, hice al embarrado papelucho cautivo de mis dedos.

Era un trozo de carta, escrito por mano de mujer. Sólo contenía un párrafo, largo como el dolor que lo provocara; á igual suyo, tal vez, con principio y sin fin. La conclusión estaría en otro pedazo de carta que el viento arrastró, cualquiera sabe dónde, con el girar loco de sus ondas.

Leí el párrafo roto. Su autora andaba tan mal de ortografía como bien de amarguras.

«Mira—decía—(Lo copio textualmente.) Mira, á mí pues dejarme si lla no meresco que ta cuardes de mí pa na que tanto te quiero. A las probéticas Criaturas no pues dejas son tullas las as echo tu que eres su padre. Llo no pueo buscarles mantencion ni maestros que las enseñen de letra. Si pudiera tampoco te pediría na. Pero con el uno agarrao al pecho y los otros que no puen manejase solos toavía, llo no pueo menearme ni hechar mano á la frábica y buscarme un par de pesetas pa ponerles un gisao y conprarles una livreta. Te lo pido pa eyos pa mí lla sabes que no te pediría en jamás. Enantes muerta. No seas malino acuerdate de que son ijos tullos y de que tu ties posibles y de que llo no tengo na y que serias pior que un demonio si los desanparas. Pa ti dos pesetas no son na, pa eyos la gloria. Acuerdate de eyos te lo pio otra ves y es la ultima y si no contestas seras un malo y Dios...»

Aquí se interrumpía el párrafo, escrito sobre el cacho de papel que trajo á mis manos el viento, el triste sollozo de mujer y de madre, desgarrado por la desesperación y esparcido hacia los cuatro puntos del espacio por la tempestad.

Era capítulo de una vulgarísima historia. Los hombres tiramos diariamente de ella

miles de ejemplares. Yo lo he leído multitud de veces, no en letras de molde, en rostros amarilleados por el sufrimiento, en párpados enrojecidos por las lágrimas, en manos temblorosas que se levantaban al cielo implorando justicia, en cuerpos que se inclinaban hacia la tierra para suplicarle un hoyo cualquiera, un estuche definitivo, entre cuyo broché de piedra quedara triturado el dolor.

La he leído, la he oído deletrear en numerosas ocasiones, y he pasado junto á ella, sin que los propios pesares me diesen tiempo de compadecer los extraños.

Pero aquella tarde, la tristeza del horizonte, enlutado con nubes que lloraban sobre la tierra, el son angustioso del aire al penetrar las angosturas de la calle y romper contra las salientes de los edificios, el húmedo contacto del papel que parecía derramar lágrimas entre las prisiones de mis dedos y el espectáculo de una criatura infeliz, jóven por los años, envejecida por la miseria, que vino á mí pidiendo limosna para dos chiquitines «que no tenían padre», influyeron á una sobre mi espíritu, llenándole de ternura y de compasión.

¡Hijos sin padre!... Frase dolorosa cuando la muerte deja las crías de hombres sin el amparo vigoroso del macho que las engen-

dró. Frase horrible y cruel, cuando el macho vive y abandona la cría á los débiles cuidados de la hembra que partiera con él los goces supremos de la reproducción, la dicha inmensa de perpetuar su carne, la tarea sublime de contribuir, con deleitosísimo tributo, á la inmortalidad humana.

¡Hijos sin padre, teniendo el padre vivo!  
¿Puede haber nada tan bárbaro como esto?

Un hombre enamora, requiebra á una mujer que la casualidad arroja á su paso; legal ó ilegalmente, esto es lo menos—siempre será naturalmente—la hace suya; un hijo es consecuencia de aquel ayuntamiento: el hombre se cansa de su compañera y la abandona; vaya en gracia: afecto mudable y tornadizo es el amor entre las mujeres y los hombres; pero abandona también al hijo, á quien, por ser obra común de los dos, los dos están obligados á ayudar, á sostener cada uno de un brazo para que emprenda su viaje por la vida.

Esto, el abandono material ó moral, hipócrita ó franco, de sus criaturas por el padre que las engendró, es lo que yo hallaba, leyendo el trozo de papel, iba á decir propio de fieras, pero no quiero ofender á las fieras, cruel, inicuo, criminal: esto es lo que, destacándose sobre el párrafo inconcluído de la

carta traída á mis manos por el viento, provocaba mi piedad hacia la hembra desamparada «que pedía por sus ijos, por eyos» y mi indignación contra el hombre que, «teniendo posibles», dejaba á esos hijos «sin mantención y maestros que les enseñasen de letra».

Que un amante se aparte de otro, que lo deje por otro, será amargo; pero debe ser lógico para quienes, agraviados hoy, pueden volverse mañana agraviadores. Lo que el cielo impone á las especies animales de orden inferior, donde muerto un individuo de la pareja el superviviente le busca sustituto, lo imponen en la especie humana, á más de la muerte, desengaños, equivocaciones, incompatibilidades de carácter, falsías... mil y mil circunstancias que transforman en ser muerto para el cariño á quien aún existe en la vida. Materiales ó morales, á esos muertos hay que enterrarlos. Tan ley natural es en el pájaro sustituir con otro al compañero que se pudre encima del surco, como en la humana criatura sustituir con amores nuevos los viejos amores que se pudren dentro del corazón.

Pero abandonar, de un modo ú otro—tanto abandona quien se aleja como quien, estando presente, vuelve la espalda—abando

nar los hijos del amor antiguo porque un nuevo amor nos solicite; irse en busca de carne ajena que gozar, dejando á la propia sufrir, eso no es una ley de Naturaleza: es una ley de infamia.

Las fieras en el fondo de sus guaridas, los pájaros sobre las ramas de los árboles, los brutos montaraces entre peñas y hierbas, los insectos encima de las matas, los reptiles debajo de las peñas, los peces en el fondo del mar, cuantos seres animados se agitan en la Naturaleza, velan, cuidan, protejen sus crias hasta que éstas se hallan en condiciones de vivir por su cuenta y riesgo.

Y el hombre, el superior de las especies animales, ¿es quien abandona á sus hijos, á las delicadísima crias humanas, á los hombres en formación, que no sólo necesitan alimento para sus estómagos, sino enseñanzas para sus cerebros, ejemplo para sus conciencias, para sus sentimientos guja, para sus pasiones piloto? ¿Es el hombre quien se abroga el triste y repugnante privilegio de entregar la carne fabricada por él á todos los peligros, al hambre que destruye el cuerpo, á la ignorancia que asesina la inteligencia, al desamparo que quebranta la voluntad, á la miseria que prostituye la honradez y pare el crimen? ¿Es el hombre quien hace eso, quien

permite eso? No; los que así proceden no pueden, no deben ser, no son hombres. Hay que decirlo en desagravio de la especie.

Sí; hombres son; hombres que, pervertidos, desnaturalizados por los egoísmos, por las ruindades, *por las consideraciones y respetos y conveniencias* de la vida social, olvidan las leyes naturales y hacen llamar hijos sin padre á desdichadas criaturas que tienen el padre y la madre vivos sobre la tierra.

Así pensaba yo relejendo el trozo de papel y contemplando á la mendiga que se alejaba, con dos chiquillos de la mano, por la angosta calleja; así pensaba; pensaba también que aquella sinventura podía haber escrito el párrafo que oprimían mis dedos; y, pensando así, hubiera querido ser un Dios, un hacedor omnipotente de supremas justicias, para buscar al hombre que, «teniendo posibles», dejaba huérfanos á sus hijos, á todos los hombres á él semejantes, y, haciéndole caer de rodillas ante sus criaturas, gritarle con voz exenta de misericordia:

«No creáis que si tuvisteis derecho para gozar á una mujer, para hacerla madre, lo tenéis igualmente para, una vez satisfechos vuestros apetitos, prescindir, no de ella, de los pedazos humanos que dísteis al mundo entre los dos.

No; los hijos no se pueden abandonar. Gozad la hembra, ya que os regalé con ese goce; pero cumplid con las obligaciones que el goce disfrutado os exige. Si queréis, renegad como compañeros de vuestras amantes; pero no reneguéis como engendrados de vuestras crías.

Sed... Vaya, vaya, ¿dónde iba ahora yo?...

Ni soy un Dios ni es cosa de llenar con las impresiones que me produce un pedazo de papel roto, traído á mis manos por el viento, cachos de papel que también serán rotos y también el viento ha de llevarse...

¿Me conoces? Te conozco

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



¿Me conoces? Te conozco

Punto menos que desierto estaba el *foyer* cuando tomé asiento en uno de sus rojos divanes. Varias parejas que se recostaban en otros, cuchicheando con las caras muy juntas, eran, no estorbo, favorecedores de mi soledad. A buen seguro que ninguna de ellas pondría su atención en mí. Tampoco yo turbaría la soledad suya con estúpidos curiosos.

Las puertas del salón, estrujadas por el entrar y salir de la gente, mandaban á mis oídos y á mis ojos vibraciones musicales y relámpagos luminosos. Envuelto con ellos salía también un jadear sordo y caliente; era el alentar de la multitud.

Espectáculo hermoso el del salón, convertido por los focos eléctricos en un enorme baño de luz.

Dentro de él flotaban como navíos empavesados con terciopelo y oro, los palcos, rehosantes de mujeres con antifaces y de hombres con frac. Todos se inclinaban en confusión gallarda de líneas y sexos hacia el fondo de aquel mar transparente donde se sumergían y braceaban, convertidas en buzos pescadores de dichas, cientos y cientos de encapuchadas criaturas. Eran las notas musicales rumor de las diáfanas ondas, y eran los papelillos rojos, azules, morados, amarillos, naranja, violeta y verdes que de las alturas caían, algo así como si el arco iris hubiese tenido el capricho de convertirse en lluvia. La voz de las mujeres, aflautada por el fingimiento, sonaba á cantares de pájaro, la de los hombres, enardecida por el deseo, á suspiro de amor. El aire rompía contra la techumbre en nubecillas blancas; el gran foco central parecía, más que sol, luna poética de un mundo loco y fantástico, que, al igual de las visiones descriptas por los trovadores, estaba llamada á morir cuando naciese el amanecer.

Hermoso, muy hermoso era el espectáculo del salón. No obstante, yo acababa de aban-

donarlo. ¿En obsequio de la misantropía? ¿del hastio?, ¿del desdén con que se trajean quienes se llaman hombres superiores? Libreme la suerte de ser cursi. Estoy á punto de ser viejo y aún echo mano de la poca juventud que me va quedando por gastar para derrocharla. Salí al *foyer* con la exclusiva finalidad de fumarme un cigarro.

Fumándolo estaba, cuando una máscara— una mujer, naturalmente —sobre cuyo cuerpo garboso caía á pliegues anchos un capuchón que sólo descubría las puntas de sus pies y los remates de sus manos, se acercó á mí con andares de sombra; tan suave era el deslizamiento de los pasos. Alcé mi vista buscando la cara de aquel cuerpo. Una careta, tan cumplida como el capuchón, la ocultaba, permitiendo únicamente ver dos ojos claros puestos en mí con inexpresiva fijeza.

—¿Me conoces?—dijo la máscara, sentándose descuidadamente á mi lado.

—No—respondí, luego de mirarla con atención.

—¿No? ¡Parece mentira!.. Yo sí te conozco.

—Es natural. No vengo tan disfrazado como tú.

—Déjate de chistes. Te conozco, entiendo-

me bien; te conozco en la verdadera y completa acepción que tiene esta palabra.

—¡Ah!

—Sí; te conozco, como tú mismo.

—¡Como yo!... Entonces no hables de acepciones completas. Si me conoces como yo, vives en el más completo desconocimiento de mi humilde persona.

—¡Eh!

—¡Qué más quisiera yo sino conocerme, hija mía! Ocasiones hubo en que llegué á creerlo también. Así soy—he exclamado para mis adentros.—Así. Y al otro día un rayo más de sol, una palabra más de cariño, un gesto más de odio puesto en el espacio ó en los hombres, han sido bastantes á convertirme en criatura tan distinta, tan contraria de la otra, que he tenido que tentarme, que ponerme enfrente de un espejo, para convenirme de que era el mismo individuo carnal de la noche anterior. ¡Conocerme! Si me conociese, no cometería los disparates á que me conduce el falso conocimiento de mí propio; no estaría forzado á pasarme la existencia rectificando y enmendando mis más insignificantes acciones.

¡Conocerme!—seguí.—¡Ay, si yo estuviese cierto de que me conocías tú, cogíeraste por esa mano y, de grado ó por fuerza, te obliga-

ría á no abandonarme jamás, á ser perpétuo espejo de mí propio! ¡De seguida te soltaba yo! Joven ó vieja, hermosa ú horrible, hiciérate la compañera inseparable de mi vida. Conociéndome yo ó conociéndome tú bien, fuera yo todo un hombre, porque tendría la medida exacta de mi ser. Teniendo esa medida exacta, terminaron las equivocaciones constantes y los arrepentimientos diarios y el llegar en mis ambiciones al ridículo, y el tocar con mis derrotas en la cobardía, y el ser juguete de las criaturas y maniquí de las ideas y *pim, pam, pum* donde mujeres y hombres ejercitasen su crueldad. ¡Conocerme! No seas niña. Ni tú me conoces, ni yo tampoco me conozco; y perdona esta filosofía de *foyer*.

—Sí; te conozco—repuso la máscara.—Te conozco como tú me conoces á mí.

—¡Yo!

—Mírame.

¡Tú!

—Niega ahora que te conozco y que me conoces. ®

—Ahora más que nunca. Nos acercó el deseo, el deseo es un ciego; nos tuvo unidos la pasión, otra ciega, y nos separó el odio, más ciego aún que el deseo y que la pasión. ¿Cómo vamos á conocernos? Ni tú á mí, ni yo á

ti, ni nosotros á nosotros mismos. Créelo. Fuente de bondades y grandezas fuimos el uno para el otro en las horas de confianza y de mentiras y de amor. Monstruos, en las horas de perfidia y de penas y de aborrecimiento. Seres vulgares seremos el uno para el otro dentro de algunos meses.

¿Eramos tan buenos y tan grandes al comienzo de nuestros amores? ¿Fuimos tan ruines y malvados al final? No. Ni nos conocíamos antes, ni nos conocemos ahora, ni nos conoceremos tampoco después. Con careta ó sin ella, el *¿Me conoces?* y el *Te conozco* son, en el baile y en la existencia, preguntas y contestaciones que se hacen y se dan al tun, tun, por seguir la broma.

Ella se puso la careta, yo tiré el cigarro y cada uno por una puerta entramos en el salón de baile, en el inmenso baño de luz donde hombres y mujeres se decían *¿Me conoces?*... y *Te conozco* entre el caer incesante de los papeillos arco iris.

Niños en vitrina

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

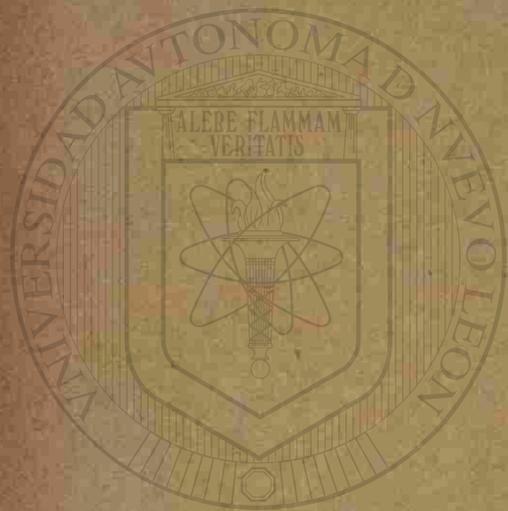
ti, ni nosotros á nosotros mismos. Créelo. Fuente de bondades y grandezas fuimos el uno para el otro en las horas de confianza y de mentiras y de amor. Monstruos, en las horas de perfidia y de penas y de aborrecimiento. Seres vulgares seremos el uno para el otro dentro de algunos meses.

¿Eramos tan buenos y tan grandes al comienzo de nuestros amores? ¿Fuimos tan ruines y malvados al final? No. Ni nos conocíamos antes, ni nos conocemos ahora, ni nos conoceremos tampoco después. Con careta ó sin ella, el *¿Me conoces?* y el *Te conozco* son, en el baile y en la existencia, preguntas y contestaciones que se hacen y se dan al tun, tun, por seguir la broma.

Ella se puso la careta, yo tiré el cigarro y cada uno por una puerta entramos en el salón de baile, en el inmenso baño de luz donde hombres y mujeres se decían *¿Me conoces?... y Te conozco* entre el caer incesante de los papeillos arco iris.

Niños en vitrina

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



### Niños en vitrina

Aurelio Estremera es un médico notable y un excelente amigo. Conste que no le nombro por reclamo ni por gratitud á servicios de su carrera. La especialidad de Estremera son los partos; y yo, hasta la fecha, sólo he parido artículos y dramas defectuosos, más necesitados de la benevolencia del público que de los oficios del comadrón.

Pero á Estremera debo la visita origen de esta crónica, y sería injusticia grande dejarle de nombrar.

—¿Dónde bueno?—le dije.

—Pues al Centro de maternidad artificial que hemos establecido en esta misma calle.

—¡Maternidad artificial!

—Sí, amigo mío; una fundación debida á los generosos esfuerzos de persona que desea ocultar su nombre; un Centro facultativo donde, á falta de hermanas de la caridad, tenemos enfermeras semejantes á las del Instituto Rubio; donde hay un cuerpo de médicos prontos, como la casa, á servir gratis á los pobres, y donde, si no se hacen artificialmente niños, se rehacen y componen los construidos de mala manera, los echados fuera de su molde antes de encontrarse en perfecta sazón.

— ¡Ah!... Creí que, al igual de lo que sucede con los pollos, había descubierto la ciencia médica incubadoras para producir niños artificiales, y, francamente, iba á darles á ustedes el pésame, seguro como estoy de que el novísimo sistema prosperaría poco entre la especie humana.

—Tranquílcese usted. Algo hay de incubadoras; pero ellas sólo tienen por objeto terminar y perfeccionar la obra de la Naturaleza cuando ésta se descuida. ¿Quiere usted ver la instalación? Suba. Está á dos pasos, en esta casa vieja que hemos remozado por dentro, y es comienzo humilde de planes que esperamos ver satisfactoriamente cumplidos en breve.

Tengo, entre otros, el vicio de la curiosi-

dad; y cogiéndome al brazo del médico subí por la escalera arriba, atravesé alcobas, laboratorio, despacho, si modestos, útiles á sus fines, y me encontré frente por frente á lo que yo, en mi ignorancia de los términos técnicos, me permito llamar taller de compostura y remate para confecciones humanas.

Allí, defendidos por unas balaustradas de hierro, alzábanse dos aparatos parecidos á esas vitrinas donde los amantes de antigüedades y objetos curiosos guardan ejemplares raros que tienen sus principales méritos en la ancianidad ó en la escasez.

¡Escasez! ¡Vejez! A estos dos consonantes puestos en acción, se deben hechos que, sin ellos, nadie explicaría. La lamprea es un manjar delicioso porque anda escaso; la sardina, un alimento cursi porque abunda; si no fuera por los méritos de la vejez, no comprendería uno muchos personajes que andan por ahí.

Aquellas vitrinas, apoyadas en pies de acero, mostraban por los cuatro frentes de su limpia cristalería un fondo de terciopelo rojo, bordado entonces por un rayo de sol que se había introducido en la incubadora, tal vez con el propósito de aguardar y recibir con un beso de luz al primer recién nacido que

entrarse en ella; una microscópica cuna, vestida con tela color de rosa, parecía guardar también el peso de un niño. Todo reía y hablaba de despertares infantiles en los coquetones aparatos descritos por el médico con minuciosos y claros detalles que ahora no recuerdo, pero que significaba la existencia de mecanismos destinados á proseguir y consolidar el desarrollo de los seres á quienes la Naturaleza, por torpe ó por estar con prisas, echara al mundo antes de tiempo.

¡Qué diferencia entre las vitrinas donde se conserva lo viejo para recomponer el pasado, y estas vitrinas donde se rectifican las imperfecciones de lo nuevo para restar los menos hombres posibles al futuro!...

La ciencia, no satisfecha con sus conquistas en beneficio de los hombres nacidos ya, quiere extenderlas hacia los hombres por nacer; y á tal objeto ha inventado esas incubadoras, donde los niños nacidos, uno, dos, ignoro cuantos meses antes de su hora, encuentran lo que el claustro materno, contra la voluntad de su madre, les niega: alimento y vida, fortaleza y calor.

La ciencia médica, en su afán nobilísimo de que la carne humana sufra lo menos posible y sea lo más robusta posible también, no se da punto de reposo; fisiólogos, bacte-

riólogos, higienistas y químicos, trabajan sin descanso en esta grande obra; por virtud suya, muchas enfermedades, antes mortales, curan; muchas heridas, en otros tiempos incerrables, se cicatrizan; muchos gérmenes, ayer déspotas de la humanidad, son hoy esclavos del microscopio y del soplete; por mérito suyo igualmente, las incubadoras humanas, las vitrinas de rehacer niños, logran que criaturas destinadas á morir, ó á llevar vida llena de impotencia y de sufrimiento, pisen la tierra con las venas repletas de sangre roja, los nervios de electricidad y los músculos de poderío.

¡Labor grandiosa la de esos sabios; labor que, para producir hombres completos, necesita de otra, que con lentitud, pero con tesón, realizan otros sabios también, procurando crear organismos redentores donde el hombre y el niño fortalezcan sus inteligencias y sus conciencias, por obra de libres y francas enseñanzas.

Estas enseñanzas los presentarán al mundo social limpios de fanatismos, de egoísmos, de orgullos necios, de creencias estúpidas, de pensamientos ruines, para que en el mundo se abracen como hermanos y marchen juntos á la conquista de una existencia nueva, en que no habrá verdugos y víctimas,

explotadores y explotados, hartos y hambrientos, sinó hombres dignos de este título, hoy prostituido por la ignorancia y por la injusticia.

¡Día hermoso aquél en que, así como los médicos quieren arrancar hoy víctimas á la muerte, protegiendo el alborear de la infancia con sus vitrinas incubadoras, y hacer hombres fisiológicos, robustos y llenos de salud, pueda ser el maestro médico de entendimientos y conciencias, y la escuela enorme vitrina en que se recreen hombres sociales robustos de corazón y juicio, sedientos de justicia y útiles para el bien de la humanidad y para el ensanche del porvenir!

Mirando un mapa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



### Mirando un mapa

Tengo un amigo, corresponsal de la *Gaceta de Francfort*, un alemán tan amante de la española literatura como son despreciadores de ella algunos supergeocios, venidos hace pocos años *al mundo del arte* con la noble y útil misión de no hallar cosa buena y de no hacer cosa buena tampoco. Este amigo mío, este alemán inteligentísimo y simpático, me regaló ayer el curioso mapa que tengo á la vista.

Es el mapa entero de Alemania, dividido exactamente igual que todos los mapas del imperio germánico; pero coloreado y subcoloreado en cada una de sus regiones y provincias—llamémoslas así—según el partido

ó partidos políticos que en ellas tienen preponderancia, significada por representaciones dentro del Reichstag.

Manchas de azul fuerte y manchas de azul más pálido, señalan los distritos agrarios conservadores é imperialistas; verdes son las que se destinan á los liberales nacionales; moradonegruzcas, las de los católicos; rosa y mahón, respectivamente, las de progresistas y demócratas; amarillas, las de polacos, al-sacianos, etc....

Hay unas manchas que tienen color de cieno, desleído en bilis. Representan el anti-semitismo.

Los distritos, regiones enteras, conquistadas por los socialistas, se hallan marcados con carmín, color vivo, de sangre joven, arterial, bien oxigenada, útil para la salud y la vida.

Estas manchas carmín, esa coloración de sangre jóven, arterial, bien oxigenada, útil para la salud y la vida, que se reserva en el mapa á los socialistas, á quienes—prescindiendo de divisiones y subdivisiones, de matices y escuelas, de mayores ó menores radicalismos en el procedimiento—representaron en el siglo anterior y siguen hoy representando generosas falanges de pensadores y combatientes, resueltos á lograr por todos los medios la redención humana, han traído á mi

cerebro sentimientos é ideas, tras las cuales se dibuja, como aurora entre nubes, la santa visión del porvenir.

Tal vez sean lirismos; pero, ¡qué demonio!, alguna vez hemos de permitirnos excesos los autores de crónicas, siquiera incurramos en las censuras de ciertos dómínes Cabra del pensar, los cuales sólo consideran asuntos cronicables los que ellos adoban, vertiendo sobre roeduras hechas en ajenas ideas, el caldo insulso de su estilo.

Serán lirismos; pero yo, leyendo la estadística que el mapa luce sobre uno de sus ángulos; viendo en el espacio de treinta y dos años—los comprendidos entre 1871 y 1903—las representaciones socialistas han crecido, dentro del Reichstag y fuera del Reichstag, en proporciones de 1 á 81; mirando esa estadística, alzando más tarde mis ojos de los números, y poniéndolos en las manchas carmín, que van ganando y coloreando el mapa alemán, como inyección de sangre pura hecha á un cuerpo roído por la escrófula y por la anemia, he visto en ellas el heraldo de una victoria indudable y pronta para los ideales nuevos.

Sí; esa irrigación carminosa, ese chorro de sangre fresca, que invade por todas partes á la vez las restantes coloraciones del grabado,

representa el triunfo próximo de quienes, atacando con terca bravura egoismos, rutinas, explotaciones, acaparamientos y crímenes sociales, quieren convertir este mundo de verdugos y víctimas, de amos y esclavos, de señores y siervos, en hogar de hermanos donde el trabajo sea ley, la libertad madre y la justicia religión.

Como evocación redentora veía yo dibujarse frente á mis ojos, no el minúsculo mapa del imperio germano, toda la tierra concedida por la Naturaleza á los hombres para que de ella por igual disfrutasen; tierra de todos, hecha pronto esclava de algunos, que, más astutos ó más fuertes ó más criminales, arrebataron á sus hermanos su parte en la herencia común; veía al mayor número de los despojados resignarse á la expoliación, doblegarse bajo la amenaza de los poderosos, como las bestias bajo el látigo del arriero; veía á otros pocos protestar contra las iniquidades de que eran objeto, y veía también cómo se ahogaban sus clamores y sus quejas en sangre: quejas y clamores que resbalaban sin hallar eco sobre oídos tapiados y conciencias sordas; sangre generosa que brillaba un momento para desaparecer pronto empapada por la tierra gris.

Pero las quejas y los clamores inspirados

en ansias de justicia, no se pierden; junto á los oídos tapiados y las conciencias sordas, nacen oídos abiertos y conciencias vibrantes; la sangre que parece desvanecerse, absorbida por la tierra gris, es riego fecundador, polen plétórico de gérmenes.

Y llegó un día en que los clamores y las quejas se condensaron para hacerse estandarte de una multitud; en que los gérmenes depositados dentro de la tierra rompieron la dura superficie, poblándola con seres humanos hambrientos de justicia.

Y volvieron á oírse quejas y clamores; y volvió á correr sangre. Sólo que las quejas y los clamores salían á un tiempo por las gargantas de explotadores y explotados; solo que la tierra empapaba igualmente sangre de señores y siervos.

Ya no fué aquella ejecución que mostraba de un lado la protesta de la víctima y de otro el hacha del verdugo; fué lucha cara á cara, terrible combate, al término del cual apareció sobre el camino del porvenir un arco de triunfo y sobre la historia de la humanidad una fecha.

Pero 1789 no bastaba á la redención de todos los hombres.

La victoria alcanzada por todos sirvió únicamente al beneficio de unos cuantos. La

explotación del hombre por el hombre continuó siendo ley; el señorío de los menos sobre el trabajo de los más, representado antes por unos cuarteles de nobleza, fué representado ahora por unos sacos de oro.

Y, mientras la sociedad cambiaba de amos, en el fondo de los talleres, en los cuarteles de las fábricas, en las extensiones del mar, en la superficie de los campos, en las entrañas de la tierra, en las buhardillas, donde la miseria fabrica mendigos, en el arroyo, donde el desamparo hace criminales; en las grandes ciudades, donde el abandono moldea machos sin conciencia y hembras sin honra; en los pueblecillos, donde la ignorancia pare bestias en lugar de hombres, volvieron á oírse gritos de protesta, voces que reclamaban el derecho de todas las criaturas al trabajo y al pan, á la libertad y á la vida.

Y tornaron á escucharse también quejas y clamores; y tornó también á correr sangre; sólo que después de 1789, las quejas no podían ahogarse; la sangre no podía ser absorbida tranquilamente por la tierra.

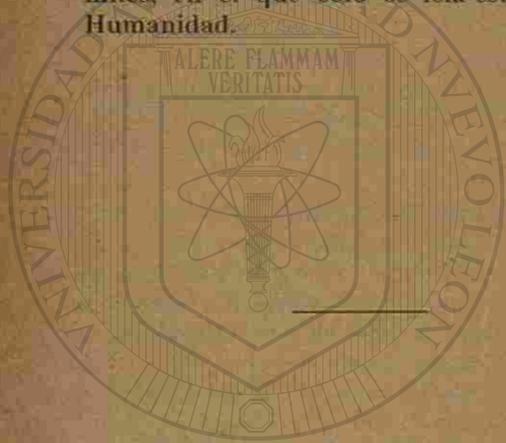
Hubo labios y cerebros que formularon con energía apuellas quejas y clamores; hubo vasos que recogieron aquella sangre para convertirla en ideas. Hoy esa sangre, hecha ideas, reclama la redención de los oprimidos,

de los esclavizados, de los siervos faltos de libertad, de los trabajadores faltos de sustento; la reclama imperiosamente con todos los tonos y con todas las voces; y ya no puede ser borrada, ya no se pierde en la tierra gris; se extiende sobre ella más y más cada vez, no como gangrenoso coágulo, como inyección de sangre joven y bien oxigenada, hecha al podrido cuerpo social para devolverle la salud.

Esa corriente color carmín, esa ola de sangre fresca y sana, irá poco á poco regenerando el mundo; yo ayer, contemplando el mapa alemán, viendo cómo las nuevas ideas iban dominando en él con sus enérgicas coloraciones las coloraciones que representan ideas antiguas, pensaba que en fecha, acaso no lejána, los oprimidos de hoy, los opresores de hoy, si no hartos de veñanzas y luchas, dominados por el invencible poderío de la verdad, depondrán sus odios y sus egoísmos, sus brutales codicias y sus espantosos desquites, para reconocer el derecho, el deber de todos á ser hermanos, á constituir un hogar común, donde el trabajo sea ley, la libertad madre y la justicia religión.

Pensaba eso y veía al minúsculo mapa alemán, teñido de coloraciones carmín, aumentar de tamaño, unificarse de color y se-

guir extendiéndose, siempre extendiéndose, hasta que, abarcando la tierra toda, formaba un mapa inmenso; mapa sin fronteras y límites, en el que sólo se leía esta palabra: Humanidad.

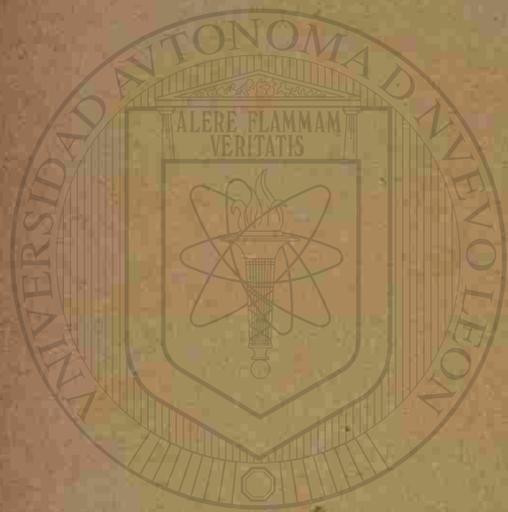


U A N L

No queremos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



### No queremos

Refiere un periódico que, en el matadero de la Mandchuria, un grupo de trescientos ó cuatrocientos soldados rusos se presentó, se entregó prisionero á los japoneses, voluntariamente, sin combatir.

Añade el periódico de donde tomo la noticia que un jefe alemán, agregado al ejército japonés, presenció la entrega de los rusos y les increpó duramente, gritándoles al término de la catilinaria: ¡Cobardes!

Un soldado ruso, un joven de veinte años, con más trazas de estudiante que de campesino, alzó la cabeza ante el insulto, y, sacudiendo sus cabellos rubios con desdeñosa sacudida, dijo al guerrero teutón:

«¿Por qué nos llamas tú cobardes? ¿Porque no queremos ser máquinas? ¿Porque libres de conciencia y de juicio, condenamos la guerra sostenida por Nicolás II? ¿Porque nos negamos á ayudar como combatientes en Asia á quien nos apalea como esclavos en Rusia? ¿Por eso nos llamas tú cobardes?»

«Cobardes!... La firmeza de convicciones es el valor más grande de todos. El valor del soldado que cierra los ojos y pelea inconscientemente á la voz de mando, es el valor estúpido del toro que embiste azuzado por el hierro del mayoral. El valor de quien, como nosotros, sigue, aunque le escarnezcan y le insulten, las resoluciones de su entendimiento y las pragmáticas de su voluntad, es el verdadero valor y la verdadera victoria, porque hace al hombre dueño de sí mismo.

«Nos entregamos, porque no queremos luchar por un monarca-pontífice, que es nuestro verdugo, y por una Rusia oficial, que es nuestra inquisición.

«Cobardes!... Llámanoslo, si tal es tu gusto. La mayor prueba de que no lo somos la tienes en que despreciamos tus ofensas; y la tendrías en que si, por despreciarlas, nos fusilasen, moriríamos sin pestañear.»

Tal fué, poco más ó menos, la respuesta

dada por el joven eslavo al coronel alemán agregado á los japoneses.

Si yo calentase ahora mi imaginación con el febril y entusiasta calor que se desprende de las palabras Patria, Honor militar, Disciplina, Heroísmo..., también llamaría cobardes á los soldados rusos que se entregaron sin combatir; tendría también para con ellos el duro lenguaje y las desdeñosas actitudes que tuvo el guerrero germano.

Pero la imaginación mía no está ahora puesta en esas palabras, por obra de las cuales han ido los hombres á degollarse durante siglos los unos á los otros con sublime inconsciencia. Es la imaginación mía moza libre é indisciplinada, que, sin contar conmigo, echa por donde se le antoja y pone los ojos en quien buenamente le place.

Ahora los ha puesto en el joven eslavo de cabellos rubios que alzó la cabeza ante los insultos del alemán; los ha puesto en los compañeros del ruso, en aquellos hombres que, aun vistiendo militares arreos, sudaban por sus rostros pálidos el hambre de la estepa y encorvaban sus cuerpos como si sintieran sobre sus espaldas el restallido feroz del knut.

En ellos estaba puesta la imaginación mía; y por frente á ellos, evocada por ellos, surgía

la Rusia que amordaza la conciencia y el pensamiento, la que, erigiendo el despotismo en ley, la crueldad en dogma, tiene, para quienes sueñan en libertades y derechos, hermanos, cárceles que son tumbas, hielos que son *in paces*: un verdugo en cada lugar y una horca en cada esquina. Pasaba la Rusia petrificada en los tiempos medios, con sus *popes* que hacen del cielo una esperanza, y sus grandes señores que hacen de la tierra esclava un infierno.

Pasaba la Rusia de las deportaciones en montón, de los martirios en conjunto, de los ajusticiamientos en haz: una Rusia muda, sangrienta, estupefacta y dolorida, de la que salía un ¡ay! de angustia y de protesta.

Junta á esa Rusia pasaba la otra, sobre cuyos áridos terrenos desfilaban los campesinos estremeciéndose de frío y de cansancio, moviendo tercamente los brazos para que la tierra produjese oro que el fisco se cuidaba de recoger; pasaba la Rusia de las contribuciones cobradas á tiros, de los impuestos repartidos á sablazos, de la esclavitud disfrazada de propiedad irrenunciable; una Rusia ignorante, andrajosa, trémula, de la cual salía un ¡ay! de hambre y de servidumbre.

Pasaban estas dos Rusias como dos espectros; y, entre las dos, se alzaba otra Rusia,

llena de bordados de oro, de cruces de brillantes, de palacios espléndidos donde vibraban las músicas y transcendían los festines y antineaban los rublos: una Rusia aparte, inmodosa y tiránica, sobre la cual erguíase Nicolás II, rodeado de sus nobles, de sus generales y de sus curas. Esta Rusia era todo garras y boca. Las garras tiraban bárbaramente de las otras dos Rusias. La boca iba tragándose las poco á poco.

Esta Rusia, la Rusia oficial, la Rusia todo garras y dientes, la devoradora de la Rusia intelectual y geográfica, era la que no querían defender el joven de los cabellos rubios y los campesinos de las espaldas encorvadas.

No querían defenderla, porque nadie defiende la cárcel donde sufre, y el potro donde le torturan, y la horca que le espera, y el verdugo pronto á encañarse sobre sus hombros y á dar su garganta á la cuerda y su cuerpo al viento.

No querían defenderla, pensando tal vez en que la Rusia por la que iban á pelear, no era la Rusia del pensamiento y del trabajo, sino la Rusia de la esclavitud y del martirio.

Tal vez por eso, porque creían llegada la hora de que los hombres dejaran de ser cuevas alucinadas con espejuelos y conducidas

entre arres y varazos, la hora de convertirlos en criaturas con voluntad y con conciencia, alzaba su cabeza pálida, coronada de cabellos rubios el estudiante eslavo, y encogían tercamente sus hombros los campesinos de las estepas rusas, para cruzarse de brazos y decir lo que dijeron al irritado guerrero teutón:

«No queremos.»

— ÍNDICE —

	<i>Página.</i>
PRÓLOGO. . . . .	3
PIEDRA.	
Corriendo estaciones . . . . .	14
El amanecer . . . . .	23
Por el claústro . . . . .	31
El río de los muertos . . . . .	41
Siesta . . . . .	51
Turbia . . . . .	59
Beso de fuego . . . . .	65
Nidos huérfanos . . . . .	73
La cruz de Gayarre . . . . .	81
Crepúsculo . . . . .	89
1902 — 1903 . . . . .	99
MONSERRAT	
Camino del monte . . . . .	113
El Monasterio. . . . .	123
Entre dos cielos . . . . .	133
Malva-Rosa. . . . .	143

entre arres y varazos, la hora de convertirlos en criaturas con voluntad y con conciencia, alzaba su cabeza pálida, coronada de cabellos rubios el estudiante eslavo, y encogían tercamente sus hombros los campesinos de las estepas rusas, para cruzarse de brazos y decir lo que dijeron al irritado guerrero teutón:

«No queremos.»

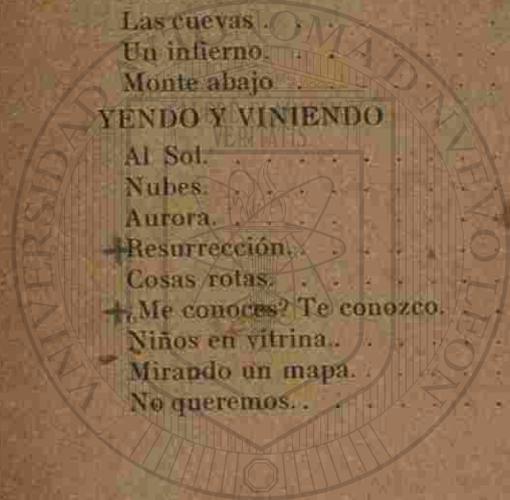
— ÍNDICE —

	<i>Página.</i>
PRÓLOGO. . . . .	3
PIEDRA.	
Corriendo estaciones . . . . .	14
El amanecer . . . . .	23
Por el claústro . . . . .	31
El río de los muertos . . . . .	41
Siesta . . . . .	51
Turbia . . . . .	59
Beso de fuego . . . . .	65
Nidos huérfanos . . . . .	73
La cruz de Gayarre . . . . .	81
Crepúsculo . . . . .	89
1902 — 1903 . . . . .	99
MONSERRAT	
Camino del monte . . . . .	113
El Monasterio. . . . .	123
Entre dos cielos . . . . .	133
Malva-Rosa. . . . .	143

	<u>Página</u>
San Jerónimo . . . . .	151
Don Alvaro . . . . .	159
Las cuevas . . . . .	167
Un infierno . . . . .	185
Monte abajo . . . . .	195
<b>YENDO Y VINIENDO</b>	
Al Sol . . . . .	203
Nubes . . . . .	213
Aurora . . . . .	223
✦ Resurrección . . . . .	231
Cosas rotas . . . . .	235
✦ Me conoces? Te conozco . . . . .	249
Niños en vitrina . . . . .	257
Mirando un mapa . . . . .	265
No queremos . . . . .	275

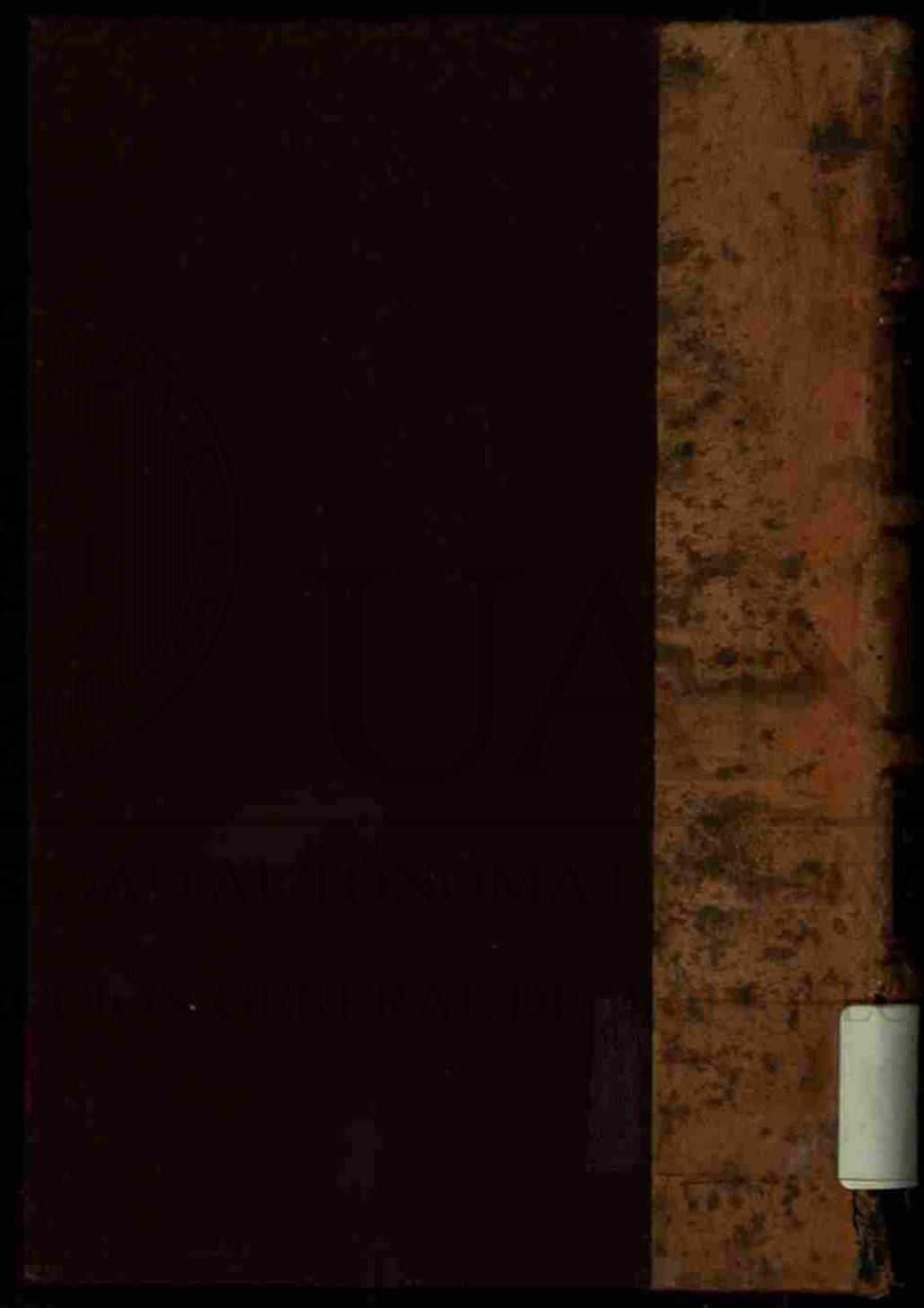
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL





7